ZOMBI (Mediterráneo)

ZOMBILANDIA

Capítulo 1Estoy acorralado ¡Joder!

No creo que dure mucho más tiempo si no consigo salir de aquí.

He cogido de la mochila que le quité a un soldado caído, un bolígrafo y esta libreta, donde quiero plasmar mis últimos momentos.
Ya que por lo que veo es irremediable que este jodido mundo se vaya a la mierda, al menos, si alguien encuentra estos apuntes en un futuro podrá tener constancia de cuáles fueron mis últimas y agotadoras horas sobre la tierra.

Mi nombre es Jaime Escudero y tengo treinta y tres años, es muy posible que ya no quede nadie vivo de mi familia, aparte de mí, al menos de la más cercana.
No sé nada de mis dos hermanos mayores, ni de mi hermana pequeña Estefanía desde ayer, ya no responden a las llamadas que les hago desde mi teléfono móvil, lo último que supe por boca de mi hermano Toni, es que estaban de camino a un "punto seguro" y después de eso nada, no he podido contactar más con ellos.

Ahora que desde esta privilegiada posición puedo ver en lo que se está convirtiendo mí amada ciudad, tengo que reconocer que me alegra que mis padres no estén aquí para presenciarlo.

Hace tres años, debido a un accidente de tráfico, dejaron este mundo por la vía rápida, fue visto y no visto, no se dieron ni cuenta. Como si eso cambiara lo sucedido y tuviera que alegrarme, pensé, cuando el capitán de la guardia civil de tráfico me informaba de lo sucedido. Aunque ahora lo veo un poco diferente, fue

rápido… Todo lo contrario de lo que a mí me espera de no poder largarme lejos de esta ciudad.

Al igual que en el accidente de mis padres, todo ha pasado muy deprisa, demasiado deprisa. Hace solo unas pocas semanas creía que el telediario estaba nuevamente con otra farsa como la de la gripe-A, otro saca dineros y engaña bobos y una semana después lucho minuto a minuto por salvar mi vida, ¿Cómo hemos llegado a esta situación?. Joder…

Hace días que la ciudad se empezó a volver un poco loca, no sabíamos exactamente qué pasaba, llegaban noticias confusas que hablaban de un virus que se contagiaba de una manera que aun no sabían concretar, aunque aseguraban que todo estaba bajo control y que podíamos seguir con nuestras vidas cotidianas, aun así los informes decían que si veíamos a alguien con comportamiento errático, agresivo o herido… avisáramos a las autoridades y que bajo ningún concepto nos acercáramos a ellos, aunque fueran conocidos o familiares, pues por lo visto, ese virus les hacía altamente agresivos. ¿Pero qué cojones?

La gente aunque nerviosa, al principio seguía haciendo su vida normal. Los días pasaron y en las noticias los políticos seguían asegurando que todo estaba bajo control, pero claramente ya se apreciaban cambios que dejaban de manifiesto que las cosas no marchaban bien. Sirenas de policía, bomberos y ambulancias sonaban muchísimo más que de costumbre por todas partes y camiones cargados de militares armados, imagino que provenientes de nuestro cuartel de Rabasa, pasaban a toda velocidad y en todas direcciones, lo cual no es precisamente algo que

transmita confianza…

En esos momentos, algunos pensaban que estábamos en guerra, pero que el gobierno lo estaba ocultando, un ataque químico, bacteriológico, quien sabe…

-¡Los Marroquíes!, seguro que son los moros los que están detrás de todo esto…- Escuché decir a un ignorante hombre de unos cincuenta años, regordete y bigotudo muy convencido, mientras se tomaba un coñac mañanero en la barra del bar en el que yo solía desayunar mientras miraba las noticias de tele5.

Estaba claro que en esos momentos nadie tenía ni puta idea de lo que se nos venía encima y menos el borrachín del mostacho, que seguro ni sabría situar Marruecos en el mapa.

Las noticias cada vez llegaban más fragmentadas y eran más contradictorias, lo cual no ayudaba más que a crear confusión y a que la gente sacara conclusiones de lo más dispares.

Pese a toda la contradicción que reinaba entre unos informativos y otros, todos coincidían en una cosa, en que el problema había surgido una semana y media atrás y que se había originado en Rusia, en un lugar llamado Kubinka, a sesenta y tres kilómetros de Moscú. El “virus” de ahí había saltado a varios puntos del planeta a una velocidad vertiginosa y sin ningún control aparente por parte de las autoridades competentes, que se veían desbordadas una vez la pandemia tocaba a sus puertas.

Todas las medidas que los diferentes gobiernos habían tomado no parecían tener ningún efecto en la

propagación de la enfermedad y cada día se informaba de la aparición de nuevos brotes en diferentes puntos del planeta, aunque jamás se televisaron imágenes de dichos países donde se suponía que la plaga estaba azotando, precisamente eso era una de las cosas que más me hacían dudar de la verdadera gravedad que suponía el virus.

De momento, en Alicante no parecía que se hubiese dado ningún caso grave por aquellos días y si ya los había no se informó de ello a la población, pero a pesar de eso se habían limitado los viajes entre comunidades autónomas a la mínima expresión, incluso no se podían realizar trayectos entre poblaciones cercanas, pues a no ser que te dirigieras a tu vivienda habitual y pudieras demostrarlo, lo más probable es que algún control policial te obligara a regresar por donde habías venido. Todo esto eran medidas de "cuarentena" con las que el gobierno intentaba controlar la propagación de la pandemia. Todos los países adoptaban estrategias muy similares una vez aparecían los primeros casos, pero no parecían estar funcionándoles a ninguno de ellos.

Capítulo 2Toda mi vida cambió hace dos días. Esa mañana tenía mi despertador preparado para que sonara a las seis y media, como casi cada mañana desde hacía tres años, me tenía que despertar para poder ir a abrir mi kiosco de prensa, un pequeño negocio familiar situado junto al Corte Inglés, que tras el fallecimiento de mis padres tomé la decisión de dirigir.

Pero esa fría mañana de lunes, cuando sonó el despertador, dudé…

No tenía claro si ir o quedarme tapado hasta las orejas, había estado enfermo desde el viernes y me pasé metido tres días en la cama sin hacer caso a nada ni a nadie, la fiebre que comenzó a subirme el jueves anterior de madrugada me había mantenido en cama, solo me levanté para hacerme alguna sopa de sobre o un vaso de leche con Cola Cao caliente, esos días los había pasado como en una nube debido a la fiebre y dormí profundamente entre sudores casi en la totalidad de los tres días, menos él sábado, cuando varias veces ruidos como de petardos lejanos me habían despertado durante la noche en al menos dos ocasiones, también el domingo por la noche alguien tocó varias veces a mi timbre, pero ni me molesté en abrir.

Pero ese lunes ya me encontraba mejor, siempre caigo enfermo por las mismas fechas, la garganta se me inflama y me sube mucho la fiebre, en unos días se me pasa y hasta el año siguiente gozo de una salud de hierro, es como un ritual por el que tengo que pasar cada comienzo de temporada, además quedándome en casa, solo podía hacer una cosa, ver la tele y las pésimas noticias que habían emitido hasta el jueves una y otra vez no aclaraban nada y solo me parecía que

tenían por objeto, causar alarma social.

Soy extremadamente reticente a creer nada relacionado con pandemias. Todas hasta la fecha habían resultado ser una soberana mentira, ya fueran ideadas por empresas farmacéuticas o por otro tipo de entidades, siempre hay intereses económicos tras ellas y aunque esta vez todo parecía un poco diferente, yo pensaba que solo era cuestión de tiempo que dijeran que todo había sido un error y que el peligro había pasado, además, siempre podía leer en la prensa un resumen cuando llegara a mi negocio.

La mañana transcurrió como la de cualquier otro día, me di una ducha rápida, afeité con la maquinilla eléctrica mi oscura barba de cuatro días, lavé mis dientes y me coloqué la ropa que había preparado antes de meterme en la bañera, una camisa negra de manga larga, unos vaqueros azules, mis cómodos zapatos negros 24h y para resguardarme del fresco que hace en Enero en Alicante, me puse mi chaqueta de cuero, color crema estilo americana y una bufanda gris de lana anudada a mi cuello aun convaleciente. Luego fui a la cocina y me senté a tomarme un café con leche bien cargado, mientras sorbía la caliente bebida me pareció escuchar cómo el sábado, ruido de fuegos artificiales en la distancia, la gente en Alicante siempre tiene cosas que celebrar y en la Comunidad Valenciana tiramos petardos por cualquier cosa, pero tirar fuegos artificiales a esas horas y con la que estaba cayendo en el planeta me pareció bochornoso. La curiosidad me pudo y me asomé a la ventana de la cocina, pero no vi nada que me llamara la atención exceptuando a un grupo de tres vecinos cargados con maletas que corrían junto a la piscina en dirección a una de las salidas de la urbanización, supuse que llegarían tarde a alguna

parte, quizá ya se pudiera viajar otra vez, eso me pareció buena señal. Pude escuchar en la distancia más detonaciones, pero enseguida cesaron y cerré la ventana.

Dejé la taza en el fregadero, cogí las llaves de casa y del coche del recibidor y las metí en el bolsillo de mi pantalón. Me marché cuando aun no serian las siete.

No suelo coger el coche para ir a mi trabajo, porque estoy a menos de un kilómetro de mi negocio.

Casi siempre paso más tiempo intentando encontrar aparcamiento, que en lo que tardo en llegar dando un paseo, pero en los últimos dos días que fui a trabajar no me había sentido seguro caminando por las calles, la gente estaba muy nerviosa, paseaban con mascarillas de papel puestas en la cara y un simple resfriado como el que yo había pasado era suficiente para que te trataran como a un apestado, eso me ponía nervioso. Daba la sensación de que en cualquier momento esa situación pudiera estallar de alguna manera inesperada y no me hacía gracia imaginarme en pleno centro de Alicante, sin un medio de transporte cerca, en el que poder regresar a casa cagando leches si la cosa se salía de madre. Ya había leído en la prensa que en algunas ciudades se habían producido disturbios y en algunos lugares aislados algún saqueo, por lo que prefería dar algunas vueltas en coche a tener que caminar.

Esa mañana entré en el ascensor con la intención de bajar al garaje y sacar mi todo terreno de paseo, un Toyota rav4 de color negro, para ir con él al trabajo. Metí la pequeña llave en la cerradura de la botonera que hacía las veces de tecla de la planta del sótano, una medida de seguridad que siempre he visto

estúpida, ya que se puede bajar perfectamente por la escalera hasta ese piso en la urbanización donde yo vivo.

El ascensor tardó muy poco en bajar las cinco plantas.

Cuando las puertas se abren en ese nivel, casi no ves nada, solo la tenue luz que salía del ascensor me permitía percibir la leve silueta del interruptor un metro más adelante incrustado en la blanca pared de hormigón, así que como siempre salí y palpando con la mano derecha la pared y fui acercándola en la dirección del interruptor, hasta que lo tuve bajo mis dedos, pulsé y con un leve ¡clic! todo se iluminó.

¡La luz…! qué extraña seguridad causa en las personas y sobre todo en mí mismo.

Siempre he tenido una mala relación con la oscuridad, un miedo irracional, lo sé.

De pequeño me producían pavor los lugares completamente oscuros, ahora de adulto, podría dejarlo en que me dan mucho respeto y ese parking hasta que la luz se enciende no es una excepción.

Salí de la zona del ascensor y giré a la izquierda avanzando por el amplio pasillo del parking escasamente iluminado para mi gusto en dirección a mi coche.

Mi plaza de aparcamiento no estaba lejos de las plateadas puertas del elevador, la quinta plaza por la fila de la izquierda.

Cuando aun no estaba a la altura del primera

aparcamiento me pareció ver moverse algo por el rabillo del ojo, al final de un pasillo que empezaba en el lado contrario en el que yo estaba, creí distinguir fugazmente la silueta de una persona, ese corredor estrecho y muy largo tenía un interruptor propio para iluminarlo, pero estaba completamente oscuro, en él están ubicados los trasteros, filas de pequeñas puertas de aluminio se extienden a ambos lados de las paredes, terminando en un callejón sin salida. Esos trasteros pertenecen a la segunda escalera de mi edificio, el mío está en la parte opuesta del garaje.

Al ver la sombra lo primero que pensé es en que sería un vecino intentando entrar en su trastero, pero…

-¿Qué coño hacía en ese angosto lugar casi completamente a oscuras? ¿Estará estropeada la iluminación en esa área?- Pensé.

En ese instante no le di demasiada importancia, no detuve el paso, pero dos metros más adelante algo me hizo que me detuviera en seco, Un golpe hueco, seguido de la alarma de un coche sonando detrás mía, me dio tal susto que el corazón casi se me sale del pecho.

Di la vuelta rápidamente y miré en la dirección de la procedencia del estridente sonido, un BMW 320 plateado. Emitía unos potentes bocinazos al mismo compás con el que todas sus luces intermitentes destellaban a la vez. Algo había activado la alarma, era el primer coche de la fila de la derecha, el que estaba justo alado del principio del oscuro pasillo de los trasteros. Deduje lo que podía haber sucedido… La persona que me había parecido ver, sería el dueño de ese coche, por alguna razón lo ha golpeado y a saltado

la alarma… ¿Pero por qué no la paraba?, seguía sonando y sonando y no me parecía ver a nadie, al menos al principio, un minuto después de la zona del maletero vi aparecer una sombra, casi no veía nada, pero el oscuro bulto poco a poco siguió la línea del vehículo hasta llegar al capó y ahí pude verle con más claridad. Aunque esa zona está oscura, ya que ahí, justamente, no hay ningún tubo fluorescente que alumbre directamente, el escandaloso BMW le iluminó la cara con sus ráfagas intermitentes de color anaranjado. Le reconocí rápidamente, era un vecino al que solo conocía de vista, el típico vecino imbécil, el tipo al que le saludas y contesta cuando le apetece, unas veces sí y otras veces no, según le diera y al que yo, directamente, ya no le decía nada para ahorrarme la mala leche de que me negara el saludo a su antojo desde hacía meses.

Era un tipo más alto que yo, me sacaba una cabeza por lo menos y yo no soy bajito, mido un metro setenta y seis, de ojos azules y de unos noventa y cinco kilos de peso, amplio vientre y con la cabeza completamente afeitada como un balón de futbol, en su día, cuando tenía pelo, debió de ser pelirrojo o eso daban a entender sus rojizas y pobladas cejas y su oronda cara repleta de pecas. Creo recordar que era Alemán al igual que su mujer, que por cierto estaba tremendamente buena, una chica alta y voluptuosa, de larga melena rubia y con unos pechos de escándalo, en verano los ocultaba bajo diminutos bikinis que no dejaban demasiado a la imaginación y le encantaba lucirlos en la piscina de la urbanización, para deleite de los vecinos de género masculino y envidia de las esposas de estos.

Nunca entendí como esa pedazo de hembra podía ser la pareja de semejante individuo, no pegaban ni con

pegamento esos dos, misterios de la vida…

No recuerdo el nombre del tipo con exactitud, aunque sé que era algo así como Eberhard o algo por el estilo…

-¿Pero qué le pasa a este tipo?- pensé.

Me miraba fijamente con ojos abiertos como platos. Avanzó tambaleante siguiendo la estilizada línea del vehículo hasta que desapareció detrás de la columna que delimitaba la plaza de aparcamiento que ocupaba el BMW, pocos segundos después le vi reaparecer por detrás del pilar de hormigón e irrumpir en el pasillo del parking en el que yo me encontraba, estaba a cuatro plazas de mi, pero en la fila de coches contraria y avanzando directamente en mi dirección. Estaba seguro de que algo no marchaba bien en ese hombre, su andar era lento, renqueante pero continuo, el color de su piel me pareció muy amarillento y quizá de algunos colores más que no distinguía aun en la distancia, distancia que a cada paso se acortaba entre nosotros.

Primero supuse que mis ojos me gastaban una mala pasada por culpa de los destellos naranja de los intermitentes que me tenían un poco deslumbrado en la penumbra del garaje, pero cuando lo tenía tres metros más cerca, pude verlo con más claridad, su piel… toda su piel tenía un tono difícilmente descriptible, entre amarillo y naranja, podía ver su sistema de venas marcado en tonos amoratados y oscuros que parecían trazar extrañas formas sobre todo su cuerpo. Los ojos tenían la córnea amarillenta, me recordaron a los ojos de un pez pasado de fecha y el color azul claro de sus ojos, ahora era tan solo un recuerdo, un color grisáceo cubría su iris.

De repente, el tipo abrió la boca y un espeluznante sonido salió de la oscuridad que aguardaba tras sus dientes, indescriptible, gutural, eso me puso los pelos de punta. Justo después se apagó la alarma del BMW, me pareció que hasta el coche estaba acojonado ante tal y desagradable sonido. La adrenalina se disparó en mí y sentí que estaba en peligro.

Con la sorpresa no había recaído en la indumentaria del fulano hasta entonces, era ridícula. Tenía puesta una bata de baño de color azul turquesa que parecía que le venía muy pequeña y debajo lo que me parecieron unos calzoncillos, nada más. Algo en sus calzones me llamó la atención, la prenda que en su día debió de ser blanca, estaba sucia, repugnantemente sucia, en la zona de los genitales un oscuro manchurrón de color morado, cubría la tela casi por completo y ese mismo líquido le chorreaba por entre las piernas llegando casi a los tobillos. No pude evitar que se me viniera a la cabeza el nombre de Lorena Bobbitt, ¿Estaría herido? - ¡No…! ¡Qué narices herido!- Me dije a mí mismo.

Las noticias de los últimos días no dejaban lugar a dudas. ¡Joder, todo era verdad esta vez…! errático, desorientado, irracional, herido… ¡Era un puto infectado! ¡Uno de verdad!

Capítulo 3Las piernas me flaquearon un momento, pero enseguida reaccioné dando dos pasos hacia atrás mientras rápidamente metía la mano en el bolsillo de mi pantalón. Buscaba la llave del todo terreno.

En ese instante recordé lo que decían en las últimas noticias que había escuchado, "¡No acercarse a ellos…!" -¡Pero coño! ¿Y si vienen ellos solitos? ¿Qué se hace?- Me pregunté.

Tenía que salir de ese parking y avisar a las autoridades, era lo que decían en la tele. Giré sobre mí mismo y corrí hacia el coche aún con la mano metida en el bolsillo, pero justo cuando estaba en la puerta del conductor y tenía la llave en la mano la pesadilla se cernió sobre mí.

Todas las luces se apagaron, me quedé completamente bloqueado de miedo, no me da vergüenza decirlo, si no hubiera entrado unos minutos antes al aseo me abría meado encima sin lugar a dudas.

Yo permanecía de pie entre mi coche y el de la plaza de al lado, no veía nada, escuchaba los pasos renqueantes de cabeza bola cada vez más cerca. Me sentía acartonado por el miedo, con lo que me costaba moverme. Podía sentir los acelerados latidos de mi corazón bombeando en todas y cada una de las partes de mi cuerpo. Haciendo un gran esfuerzo, puse la llave entre las dos manos y palpando con las yemas de los dedos, busqué el botón de apertura de las puertas, pero debido a los nervios y a lo sudadas que las tenía, la coordinación de mis dedos falló y se me resbalaron cayendo al suelo.

-Estoy completamente jodido- Pensé. No veía nada de

nada, la llave podía estar en cualquier parte, ¿Qué intentaría hacer ese mastodonte sanguinolento si me cogía? Era algo que desconocía, pero que no tenía intención de comprobar. Aparte de esto, no tenía ni puta idea de cómo se contagiaba la enfermedad.

¡Dios! Estaba delante de mí. Escuché su última pisada justo enfrente del capó de mi Rav4. Yo retrocedí lentamente andando de espaldas, pasando la mano por encima de mi coche para orientarme, pronto mi hombro chocó con la pared. Sabía que no tendría manera de pasar por detrás de mi coche, porque siempre aparco muy pegado a la pared. Así que di un paso a la izquierda y posé la mano sobre el maletero del Opel Astra estacionado en el lado contiguo, solo para descubrir que mi vecino de aparcamiento también compartía conmigo la manía de pegar su coche al ras del muro.

Si quería salir de ahí, tendría que hacerlo por encima de uno de los dos vehículos, el problema es que haría mucho ruido y ese cabrón sabría donde estaba yo exactamente, eso si no saltaba la alarma de uno de ellos. Ahora mismo lo que menos necesitaba era que se encendieran las luces de alguno de los dos turismos descubriéndole mi posición al enorme Alemán. Qué curioso, ahora mi tan temida oscuridad era la única que podía ayudarme a salir de esa.

Un ruido procedente de la oscuridad, me heló la sangre, otra vez ese gemido, pero esta vez tan cerca que tuve la sensación de que podía oler su aliento…

-¿Por qué coño hace eso?- Pensé. Esa vez me pareció más furioso o ansioso que la anterior. El sonido de varios golpes a apenas dos metros de mí retumbó en

mis oídos, aporreaba el capó de mi coche y se estaba acercando. No dudé un momento y rápidamente me lancé por debajo de mi todo terreno. Nada más aterrizar en el suelo, un dolor agudo en el costado me hizo ahogar un gemido de dolor, me había clavado algo duro en el costillar, deslicé mi mano derecha por debajo del pecho para ver qué era lo que me estaba hincando.- ¡Qué suerte!- Pensé, había encontrado la llave de mi coche, Ahora tenía el modo de escapar, pero había un gran problema, ese cabrón ya estaba entre los dos vehículos, justo a la altura de la puerta del conductor. No podía entrar por ella y si abría los seguros con el mando, para colarme en el todo terreno por la puerta del copiloto, debido al cierre centralizado, dejaría abierta por unos instantes la contraria, brindándole la oportunidad a mi gordo vecino de entrar también conmigo al vehículo.

- Ni loco voy a correr el riesgo de verme encerrado dentro de mi coche con ese tarado, Tengo que hallar otra solución- Pensé, mientras intentaba hacer acopio de valor. Tenía que hacer algo y rápido. Era posible que simplemente por estar tan cerca del, ya pudiera estar en riesgo de infectarme, tenía que escapar a toda prisa de esa ratonera…

Afiné el oído para mantener localizado a mi perseguidor. Mi vecino seguía avanzando, supongo que pensaba que yo estaría al fondo, pues siguió andando hasta llegar a la pared, solo para darse cuenta de que yo no estaba ahí, se puso como un loco, gemía y golpeaba ambos vehículos a ciegas, podía escuchar perfectamente los impactos de su cuerpo contra los cristales. Las alarmas de estos vehículos no eran tan sensibles como la del BMW y por unos minutos que parecieron horas no saltaron, pero en el momento que

escuché romperse el cristal del Opel, la alarma se activó.

De nuevo comenzaron a parpadear luces naranjas en el aparcamiento que me permitieron ver miles de cristales rotos diseminados por el suelo, ya no estaba protegido por la oscuridad. Pude ver a menos de medio metro los pies de mi vecino dando pasos vacilantes con sus pies descalzos sobre los vidrios sin inmutarse. Claramente estaba confuso, por lo visto debía de estar convencido de que yo me encontraría ahí y mi desaparición al más puro estilo de David Copperfield le desconcertó.

Dio varias vueltas buscando algún rastro de mi con la mirada, pero a pesar de que no podía verme de alguna manera pareció intuir donde podía encontrarme. Poco a poco los dedos de sus pies fueron señalando en dirección a mi cara. Vi como sus pies se flexionaban, hasta me pareció escuchar crujir sus rodillas, el cabrón se estaba agachando y en pocos segundos lo tendría cara a cara y yo tumbado bajo el coche no tenía posibilidad alguna de defensa.

Al ver que se me venía encima intenté deslizarme y salir por el otro lado del vehículo pero enseguida noté que algo no marchaba como yo quería, no podía moverme, mi gruesa chaqueta de cuero estaba enganchada con algún saliente de los bajos del 4x4 y me impedía llegar hasta el otro extremo, estaba atrapado.

Capítulo 4Todo pasó muy deprisa y no tuve casi tiempo para reaccionar. Un fuerte tirón en mi brazo izquierdo hizo que me olvidara de mis esfuerzos por deshacerme de aquello que me mantenía prisionero bajo mi coche.

Cabeza bola, tumbado completamente en el suelo, había cogido firmemente mi brazo con su mano derecha e intentaba sacarme. Podía escuchar entre bocinazo y bocinazo un desagradable sonido que me puso los pelos como escarpias. Su mandíbula subía y bajaba a toda velocidad y sus dientes chocaban unos contra otros, dando la impresión de que pudieran llegar a quebrarse con cada impacto. Intenté liberarme tirando de mi brazo en la dirección contraria, pero el resultado fue funesto para mí. Estando atrapado, mi cuerpo ejercía mas resistencia que el de mi vecino, que permanecía tumbado sobre el liso suelo del parking, así que lo que sucedió fue inevitable. Al intentar escapar y no poder lograrlo, lo único que conseguí fue deslizarle un palmo y medio acercándole aún más a mí. Estando tan cerca el Alemán no perdió la oportunidad y lanzó su otra garra, haciendo también presa en la manga de mi chaqueta. Así que la resistencia que tenía que oponer ahora aumentó al doble. Aunque en esa posición él no podía hacer uso de la ventaja que su enorme peso le brindaba, tiraba con dos brazos y yo solo disponía de uno para resistir. Intentaba desesperadamente llevarse mi brazo a su boca…Quería morderme. En ese momento de terror le grité a la desesperada…

-¡Suéltame hijo de la gran puta!- Al tiempo que forcejeé para que me soltara, una vez más fue inútil, nada frenaba a ese tío en su intención de hacer presa de mi brazo. El bíceps izquierdo me ardía debido al enorme esfuerzo que estaba haciendo por mantener mi miembro flexionado y lejos del alcance de las

dentelladas de mi obstinado atacante, pero poco a poco el ángulo cedía acercándolo peligrosamente a su boca.

Justo cuando creía que ya no podía aguantar un envite mas, algo sucedió, los tirones cesaron y mis músculos pudieron relajarse por unos instantes. Mi brazo seguía firmemente sujeto, pero ya no intentaba sacarme fuera. Desgraciadamente pronto descubrí cual era su nuevo plan. Supongo que al ver que no le resultaba fácil arrancarme de mi madriguera, mi atacante había pasado a utilizar la técnica del hurón, él entraría a buscarme. Empujaba frenéticamente para meterse debajo del Rav4 conmigo, incluso apoyando los pies en el coche de al lado para hacer más fuerza.

La situación se había complicado mucho. De estar intentando evitar que me arrastrara fuera, ahora yo tenía que impedir que él entrara. Si lo conseguía estaría realmente jodido. Intenté una vez más liberarme de lo que me mantenía sujeto bajo mi vehículo para poder defenderme, pero ya era demasiado tarde. Antes de que pudiera cambiar mi estrategia para oponer resistencia al nuevo tipo de ataque, él ya había metido su cabeza bajo el coche y sus dientes hicieron presa en mi antebrazo, un dolor punzante recorrió toda mi extremidad, después de este vino otro y otro. Yo instintivamente tiré fuertemente, lo cual solo complicó mas las cosas, pues con cada esfuerzo por liberar mi brazo, solo le atraía más y más a mí.

¡Joder! ¡Su cara! era terrorífica, me recordó desconcertantemente a la de una persona dormida, inexpresiva, con la diferencia de que en esa cara unos desorbitados ojos buscaban frenéticamente mi cuello.

Sus dientes no me daban tregua y continuaban

cerrándose una y otra vez en mi antebrazo sin piedad, lo cual me producía un ya insoportable dolor, estaba haciéndome carne picada la extremidad. En un último esfuerzo por escapar de aquella angustiosa locura, conseguí apoyar mis pies en uno de los neumáticos y empujé con todas mis fuerzas al tiempo que forcé al máximo los músculos de mi dolorido brazo. Supongo que el subidón de adrenalina era tal que mi fuerza era mayor que la de costumbre, ya que con el enorme esfuerzo conseguí no solo liberarme de mi atacante, sino también de lo que me mantenía sujeto bajo el vehículo.

Capítulo 5De un salto me puse en pie, giré a la izquierda y sin dilación corrí hasta una columna cercana en la que estaba uno de los interruptores de la luz y lo pulsé, las luces se encendieron y fue como si el arcángel san Gabriel bajara con todo el coro de ángeles celestiales en mi ayuda. Sentí como el valor despertaba en mí. Rápidamente volví a los vehículos y busqué a mi vecino con la mirada, el cabrón seguía con la cabeza metida bajo el coche hasta los hombros.

Al parecer el tipo no pensaba con claridad, quizá debido al golpe que le había propinado, pues en vez de salir por donde se había metido, intentaba seguir mi camino de huida por debajo del Toyota.

Tenía su ridícula bata ladeada, lo que me dejaba una despejada vista panorámica de sus nalgas, encima, sus calzoncillos, al intentar meterse debajo del coche, se le habían bajado, dejando su orondo culo al aire, pude ver que su parte trasera estaba igual de sanguinolenta que la delantera y que había dejado grandes rastros de oscura sangre impregnando el suelo en las zonas donde se había restregado en sus intentos por atraparme.

La situación, en otras circunstancias podría haberme parecido incluso cómica, ahí con el trasero al aire, intentando deslizarse bajo el coche, pero sentí repulsión, todo en el me producía rechazo ya antes de infectarse, ahora chorreante en sangre, con ese color de piel y mostrándome sus venosas nalgas, me producía verdadero asco.

Noté correr algo caliente por mi muñeca izquierda, al mirar vi como un hilo de sangre fluía generosamente y ponía perdido mi pantalón, examiné la zona de mi antebrazo buscando el origen de la hemorragia, pero no

pude ver nada. Mi chaqueta fabricada en recia piel de vaca, me había protegido del daño directo de los dientes de ese cretino, aunque la fuerte y repetida presión de sus dientes sin duda había producido lesiones en mi carne, tanto como para hacerme sangrar abundantemente.

El brazo me dolía a horrores, pero también las costillas, la llave que me había clavado al lanzarme apresuradamente al suelo, me tenía que haber causado un severo hematoma.

-¡La llave!, gracias a dios…- Susurré, al abrir mi mano derecha y comprobar que aun seguía ahí. En toda la refriega la había apretado tan fuertemente que se me había marcado el símbolo de Toyota en la palma de la mano.

No he sido jamás una persona agresiva, pero en aquellos momentos el miedo había dejado paso a la ira y me vi cegado, el sentirme en una posición ventajosa frente al ahora mi enemigo cabeza bola infló mi valor y por supuesto mi estupidez. Ya no pensaba en infecciones ni virus, solo quería vengarme, ahora era yo quien tenía la sartén por el mango y por impulso me lancé al ataque.

Todo sucedía como en una película en la que yo era el héroe de acción buscando venganza. Penetré a toda prisa entre los dos coches y sin dudarlo lancé una fuerte patada sobre las costillas de mi vecino que aun pataleaba intentando reptar bajo el Toyota, un golpe que habría partido el costillar a más de uno, si es que no fue así… después otra y otra.

-¡¿Qué?! ¡Hijo de la gran puta! ¡¿Quieres más?!- Le

grité mientras seguía golpeando su costado sin cesar.

Cuanto más ostias le metía, mas asombrado me quedaba. Los impactos que yo pensaba que le dejarían fuera de combate, no solo no parecían hacerle nada, también terminaron confirmándome que no tenía nada que hacer contra ese tipo usando la fuerza bruta y de que las cosas, al menos en esa ocasión, no sucederían como en las películas. Mis golpes lejos de noquearle, solo consiguieron llamar su atención, Ahora se esforzaba por reptar marcha atrás e intentaba salir por donde había entrado. Sabía perfectamente que haría en cuanto quedara libre, regresar al ataque.

Capítulo 6-¿Cómo puede ser que no se haya inmutado con la paliza que le he dado? Debería estar para el arrastre…- pensé, sin dar aún crédito a lo que estaba sucediendo.

Descargué dos fuertes puntapiés más en su costado, con el mismo inocuo resultado. Mis últimos restos de valor y estupidez, se fueron con esos dos golpes, era la señal que me indicaba que el espectáculo había terminado y… En fin, Elvis tenía que abandonar el edificio.

Supongo que el dicho es cierto "a situaciones desesperadas, medidas desesperadas". Salté sobre los riñones de cabeza bola y un desagradable "crack" sonó bajo mis pies. Lo había visto claro, estando sobre él, le costaría más salir de su comprometida situación, ya que mí peso le aplastaría, haciendo que sus manos resbalaran en el pulido y ensangrentado suelo impidiéndole reptar, con lo que si la suerte me sonreía, ganaría el tiempo suficiente para escapar. Durante un instante me pareció estar practicando un macabro surf en el que la tabla tenía piernas y brazos.

Sin perder un segundo, pulsé en la llave el botón de apertura de las puertas y un "bip, bip" me indicó que estaban abiertas, sin bajarme de cabeza bola, agarré la maneta y abrí la puerta dando un fuerte tirón. De un brinco me introduje en el Rav4 y cerré tras de mí dando un portazo.

La cabeza me funcionaba a mil por hora, fue como tener conectado una especie de piloto automático. Cerré las puertas por dentro, metí la llave en la cerradura todo lo rápido que me permitió mi temblorosa mano y arranqué el coche. Todo fue tan

rápido, que no le di tiempo a ese condenado a salir de debajo de mi pesado vehículo antes de pisar el acelerador.

Mi rueda trasera estaba pasando sobre una persona, pero en esos momentos no pensé en ello, solo quería escapar de ahí fuera como fuera.

Giré el volante a la izquierda en dirección a la rampa de salida del garaje, que estaba a apenas cincuenta metros de mi plaza, pero una vez las ruedas tocaron la rejilla de drenaje que indicaba el comienzo de la cuesta me detuve.

-¿Estará muerto…? ¡Joder!, le he pasado con el 4x4 sobre el melón. ¡No! estará mal herido, seguro que solo está herido, ¡jodidamente herido! -Dije en voz alta como para convencerme a mí mismo de que lo que decía tenía que ser verdad. Abrí la puerta del coche y bajé sin apagar el motor. Di unos pasos vacilantes hasta una columna de hormigón cercana donde había un interruptor de la luz y lo pulsé. No tenía ninguna intención de quedarme a oscuras de nuevo. No avancé mas, solo me quedé de pie junto al interruptor. Desde mi posición veía claramente el Opel Astra al que mi vecino Alemán había roto el cristal, sus intermitentes seguían parpadeando, pero ya no sonaban bocinazos, desde mi ángulo no podía ver a cabeza bola, pero tampoco me atrevía a acercarme a ver en qué estado se encontraba.

Capítulo 7Justo en ese instante de incertidumbre escuché voces, alguien estaba hablando en el garaje, la voz de una mujer joven rebotó en las paredes y altos techos del lugar y había alguien más con ella. Durante un breve espacio de tiempo me quedé helado hasta que una mujer y un chiquillo de unos seis años cogido de su mano, aparecieron al fondo de la calzada. Debían de haber salido del mismo ascensor que minutos antes yo había usado para bajar a coger mi coche e ir al trabajo. Caminaban en dirección a alguna plaza de aparcamiento cercana a la mía.

No sabía qué hacer exactamente. Una sensación extraña y extremadamente desagradable me invadió. Por mi mente pasaron imágenes de mi mismo saliendo del parking esposado. Noté como mis pelotas se reducían al tamaño de canicas al ser consciente en ese instante de que seguramente había asesinado a un hombre a sangre fría. La cabeza me daba vueltas y noté como un sudor helado brotaba por los poros de mi piel.

Dudé entre escapar del lugar o hablar con ella. Una cosa era aplastar con el coche en caliente a un tipo que quiere matarte y otra muy distinta es ver después y ya en frío, cómo van a descubrir que eres un homicida en vivo y en directo.

Mi subconsciente me decía que saliera de ahí a toda prisa, pero el sentido común me empujaba a advertirla del riesgo. Ese tipo estaba infectado y yo no sabía cómo se contagiaba esa maldita enfermedad, además estaba ese pequeño.

-¿Y si me hago el sorprendido? ¿Qué hay un tipo aplastado ahí? ¡No me diga…! ¡Qué narices! ¡Déjate de

gilipolleces!- Me ordené mentalmente. El crío no podía ver esa grotesca escena, esos regueros de sangre podían ser un peligro para ellos, tenían que retroceder.

Dejé a un lado mis remordimientos y avancé en su dirección unos pasos sin dejar de prestar atención al hueco vacío de mi plaza de aparcamiento.

La chica que me vio andar hacia ellos se frenó en seco, miró las luces intermitentes del coche de los cristales rotos y al ver que la salida estaba bloqueada por mi todo terreno negro dio un paso atrás. Estaba confusa. Su mirada se clavó en mí y me analizó de arriba abajo en silencio.

Yo sin saber bien que decirle, me dirigí a ella con lo primero que se me pasó por la cabeza -Señorita, quédese donde está, no avance más, junto a ese coche rojo, hay un infectado, creo que está muerto- le dije empleando la voz más calmada que pude sacar de mi boca, mientras le señalaba con mi dedo índice el coche al que me refería.

No conocía a esa muchacha de nada, quizá fuera nueva en la urbanización, era una chica de unos veinticinco años, de larga melena negra y de alrededor de un metro sesenta y cinco de altura, no podía distinguir bien su cara a esa distancia, pero me pareció muy guapa, vestía con unos ajustados pantalones color beige y en su parte superior tenía puesta una fina blusa blanca, la cual cubría con una ceñida chaquetilla negra que realzaba su busto, en sus pies calzaba unos bonitos zapatos negros de tacón no muy alto, que combinaban a la perfección con el resto del conjunto, estaba claro que tenía buen gusto para elegir la ropa.

El niño que estaba junto a ella si me resultaba familiar, pero no sabía con exactitud donde lo había visto antes, su cabello era del mismo color que el de la muchacha, tenía puesto un pequeño mono vaquero y bajo los tirantes un gordito jersey verde, en su mano libre colgaba de un asa una pequeña mochilita de colegio azul, adornada con un dibujo de un famoso personaje de anime.

La chica que seguía inmóvil me observó en silencio un instante más y después miró el hueco vacío que antes ocupaba el Rav4. Desde su posición, no le era posible ver el cuerpo de cabeza bola, ya que los vehículos aparcados a la izquierda de mi plaza de aparcamiento le ocultaban.

No sé si le transmití el mensaje de la manera apropiada, aunque… ¿Cómo coño se cuenta algo así correctamente? Lo cierto es que seguidamente su mirada se desvió a la derecha en dirección a un Volkswagen escarabajo amarillo aparcado dos plazas más a delante de la mía, pero en la fila contraria, aunque no se movió y enseguida fijó sus enormes ojos en mi de nuevo. Había ganado unos segundos de su tiempo...

-¿Como que hay un muerto ahí? ¿Un infectado?- Preguntó la joven con tono dudoso y desconfiado.

- No se asuste, por favor, me llamo Jaime y vivo en el quinto de la escalera cuatro, este lugar no es seguro, regrese a su casa, no sé si está vivo o no, ni sé cómo se transmite esa enfermedad de la que hablan en la tele. Ese tipo me atacó y yo… pues le he atropellado, ha pasado todo muy deprisa…- Le dije intentando justificarme mientras avanzaba lentamente en su

dirección.

-¡Quédese donde está!- Dijo la chica, más nerviosa que antes -¿Está usted herido? Tiene su mano izquierda empapada en sangre- La muchacha retrocedió dos pasos claramente alarmada.

Miré mi mano ensangrentada, estaba seguro que esa sangre la ponía muy nerviosa por alguna razón, pero no entendía el por qué.

-¿Esto?, no es nada, ese hombre consiguió morderme en el antebrazo, pero no es grave- le dije, mientras movía el brazo de arriba abajo para que viera que no era nada serio… "Sé que es una reacción estúpida, pero no se me ocurrió nada mejor en ese momento."

La chica al escuchar esto, ahora estoy seguro de que palideció.

-Por favor, aparte su coche de la salida, si ese hombre le ha mordido usted está también infectado, ¿Es que no ve las noticias?, un ataque como ese le ha contagiado, déjeme salir de aquí, se lo ruego, tengo que llevar a mi hermano pequeño al punto seguro que han establecido en la zona del puerto marítimo- dijo la chica con un tono tan convincente que me estremeció.

-¡Joder! ¿Qué ha pasado en estos dos últimos días? ¿Qué me he perdido? -Le pregunté acojonado mientras miraba mi brazo con los ojos abiertos como platos. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, cuando me imaginé comportándome igual que mi vecino el alemán, paseándome en bata de baño e intentando morder al personal.

-Mire yo no le conozco- Dijo la chica, haciendo un gran esfuerzo por mantener la calma.- Pero ya que me da la impresión de que ha estado encerrado en una cueva estos últimos tres días, le informaré de lo que yo sé, pero le ruego que después nos deje marchar- Yo asentí con la cabeza sin articular una sola palabra y ella prosiguió.

-El sábado el ejército y la policía comenzaron a evacuar a los ciudadanos de sus casas, los aeropuertos del país están cerrados, ya no hay cuarentenas, pero las autopistas y autovías principales permanecen bloqueadas debido a los accidentes que ya nadie atiende, así que escapar de Alicante por carretera es prácticamente imposible, el virus está completamente fuera de control y lamento decirle que una de las formas de contagio es por recibir una mordedura de un infectado, la saliva lo contagia, su sangre, incluso un simple arañazo puede ser suficiente.

Desde el domingo se está informando a la población, que no pudo ser evacuada en un principio, de cómo tienen que trasladarse a los puntos seguros por ellos mismos, ya que las autoridades están desbordadas. Fuera de esas zonas seguras ya no pueden garantizar nuestra seguridad. Mis padres fueron a buscar a mi hermana Cristina a su casa ayer, pero no ha regresado, la están esperando porque no tienen manera de contactar con ella telefónicamente y quieren estar ahí cuando regrese. Esta mañana he intentado hablar con ellos, pero no responden al teléfono, así que voy a buscarlos para que luego podamos ir al punto seguro todos juntos.-

Al escuchar toda esa información el alma se me cayó a los pies. La situación era mucho peor de lo que yo

pudiera imaginar, era como estar viviendo una pesadilla.

La mirada de la muchacha volvió a buscar el escarabajo amarillo, sin duda mi mano ensangrentada le causaba terror, ella creía que yo estaba infectado, pero si el riesgo era la saliva y a pesar de estar herido, yo no me había podido contagiar.

Pegó un suave tirón de la mano del pequeño y le susurró algo que no pude entender en la distancia. Metió su mano derecha en un pequeño bolso de charol negro, en el que yo, hasta ahora no había recaído y que colgaba de su hombro derecho, después reemprendió a paso ligero su camino en dirección al vehículo, apartándose todo lo que pudo a la derecha, para alejarse lo máximo posible del peligro del que la había prevenido. Mientras caminaba rebuscaba apresuradamente en el interior de su bolso y enseguida sacó en su mano cerrada unas llaves. Estaba clara cuál era su intención, quería salir a toda costa y lo más rápidamente posible de ese subterráneo, de nada había servido el haberle contado lo que en mi plaza de aparcamiento y ya solo un poco más adelante de ella reposaba sobre el suelo.

Las pequeñas piernas del niño se esforzaban por mantener el paso de su hermana sin éxito, haciendo que se viera forzado a quedarse un poco rezagado y teniendo que ser prácticamente remolcado por ella.

-¡De verdad, no lo haga!- Le grité al ver que ya estaba casi a la altura donde descansaba el cuerpo de nuestro vecino.-No he estado en contacto con la saliva, ¡Mi chaqueta! él no la ha atravesado con los dientes- Me apresuré a decirle intentando evitar por todos los

medios que pasaran tan cerca del lugar donde tan dantesco espectáculo les aguardaba.

-¡Aparte su coche de la salida del garaje, por favor!- me voceó ella, ya con tono irritado y sin detenerse ni por un instante. Ya no tenía intención de pararse más a charlar, eso estaba claro. Por su tono de voz me di cuenta de que si no quitaba yo mismo el Rav4, ella sería capaz de envestirlo con su pequeño vehículo para abrirse camino si fuera necesario.

¡Pero vamos a ver! ¡¿Eres sorda?! ¡¿Te he dicho que está Mickey Mouse ahí?! ¡No! Te he dicho que hay un infectado posiblemente muerto ¡Joder! ¡Retrocede! ¡Coño! –Le grité haciendo un último y desesperado esfuerzo por que entendiera que estaba en peligro. Pero ella hizo caso omiso nuevamente y continuó con la carrera apretando aun más el paso.

Cuando la joven y su pequeño hermano estaban casi a la altura de mi plaza de aparcamiento, se desató el desastre. Mi vecino al que yo creía difunto les salió al encuentro, ella al ver que el enorme Alemán se les venía encima, se quedó petrificada. En ese momento imagino que se dio cuenta de que yo no era la verdadera amenaza y de que en todo momento mi única intención era la de protegerles, pero ya era demasiado tarde para rectificaciones. La chica me miró y a pesar de que su rostro reflejaba puro terror y de que de sus labios no salieron palabras, con su mirada me pidió perdón.

Capítulo 8El cabrón de cabeza bola, no solo no estaba muerto, si no que parecía estar más activo y agresivo que antes. El hecho de tener delante de él a dos nuevas presas, en principio mucho más indefensas que yo pareció estimularle sobremanera.

De su boca chorreaba un gran reguero de sangre oscura que le bajaba por el cuello hasta derramarse por su vientre, supuse que debido al puntapié que le había propinado hacía apenas diez minutos durante mi escapada de los bajos del vehículo, aunque... ¿quién coño lo sabe?, le había pasado por encima con el coche ¡Joder! podía proceder de cualquier parte de su interior. En su cuello y hombros una gran franja negruzca dejaba constancia de la trayectoria que había dibujado mi neumático sobre él, pero estaba como si nada.

A pesar de que ella y el niño se habían alejado todo lo posible, El jodido energúmeno les alcanzó y sin perder un segundo, se abalanzó sobre ella. La agarró con las dos manos de su blusa a la altura del pecho, ella al recibir el impacto del enorme Alemán soltó bruscamente la mano del niño y salió despedida hacia atrás medio metro yendo a estamparse con un Peugeot gris oscuro que estaba aparcado detrás de ella, en el que se golpeó fuertemente la cabeza. La blusa y el sujetador se le habían rasgado y una parte considerable de tejidos quedaron colgando de las manos de mi infectado vecino, el cual los tiró con furia al suelo. La chica resbaló por la parte trasera del coche, después cayó de bruces en el suelo notablemente conmocionada y con sus dos pechos prácticamente al aire. Durante unos instantes que a mí me parecieron horas permaneció inmóvil.

Su hermano que ahora estaba solo ante el peligro y

solamente un poco más atrás que su atacante rompió a llorar asustado. Los llantos hicieron reaccionar a la chica que ayudándose de sus manos se incorporó con dificultad, quedando medio sentada en el suelo.

En ese momento cabeza bola que había girado sobre sí mismo atraído por los llantos del pequeño avanzó dos pasos en dirección al niño. El pequeño salió corriendo en mi dirección un par de metros, pero cabeza bola estiró sus dos brazos y bruscamente agarró al chiquillo por los tirantes de su mono y lo levantó en peso. Sin dar tiempo a nada lanzó su ensangrentada boca a la yugular del niño. El pequeño intentó defenderse valientemente golpeando con su mochilita al enorme mastodonte. Cuando los dientes penetraron en la tierna carne de la pobre criatura, un ahogado yanto inundó todos los rincones del garaje.

Fue una de las peores experiencias que he vivido. El niño pataleó un poco, pero enseguida sus piernas quedaron estáticas y vi como su bolsa caía a cámara lenta sobre el liso suelo cuando sus dedos inertes soltaron el asa.

Un enorme río de sangre manaba de su cuello en la zona donde los dientes de cabeza bola habían penetrado, el alemán que parecía haber entrado en éxtasis dio varios pasos con el niño fundido a él en un mortal abrazo y se alejó unos metros de la chica, después se dejó caer en el suelo sobre el pequeño. Lanzó varias dentelladas más, arrancándole sin duda la tráquea y tragándola de un bocado. Sé lo estaba comiendo. La hermana que aun aturdida lo había presenciado todo en silencio, claramente había entrado en estado de shock, ella estaba tan indefensa como el pequeño, al que acababan de arrebatarle la vida

delante de mis ojos y yo no había podido hacer absolutamente nada por evitarlo.

-¿Qué cojones de virus hace que un hombre devore a un niño pequeño vivo? –

-¿Por qué sigue en pie después de haberle apaleado y pasado con mi coche por encima?-

-¿Por qué tiene ese aspecto tan repugnante?-

Las preguntas se agolpaban en mi cabeza y solo una respuesta de locura me venía a la mente, era incomprensible, pero era algo que yo ya había visto en las películas, ese hombre se comportaba como un zombi, un muerto viviente de verdad.

Estaba muy claro que aquello no podía deberse a un simple virus y eso solo podía querer decir una cosa, lo que estaba sucediendo en el mundo era mucho más grave que una gripe-A o una epidemia de cólera, esto podía ser el Armagedón y yo hasta hoy sin enterarme de nada ¡joder!

Me sentía el hombre más estúpido sobre la faz de la tierra, si lo hubiera sabido, si solo hubiera mirado las noticias una vez durante el fin de semana, le podría haber aplastado con mi rueda hasta hacerle picadillo y ese crío ahora estaría vivo. No había podido ayudarle a él, pero tenía que hacer algo por aquella chica, tenía que intentar rescatarla de ese mal nacido, se lo bebía.

La muchacha que miraba con ojos aterrorizados como el Alemán que le daba la espalda seguía devorando a su pequeño hermano, se puso en pie de manera insegura y se tapó instintivamente los pechos con las dos

manos. En una de ellas aun sostenía las llaves del coche que tendría que haberles llevado hasta el punto seguro, un trayecto que quizá podían haber completado de no haberles interrumpido yo.

En un principio pensé que se disponía a hacer alguna locura, como intentar atacar a cabeza bola, pero no fue así, la chica se alejó del dantesco espectáculo retrocediendo varios pasos hacia atrás en silencio, hasta que su espalda chocó con una columna. Una vez ahí se dejó deslizar por ella hasta quedar de nuevo sentada en el suelo con los brazos cruzados. En ese instante toda la tensión acumulada en tan corto lapso de tiempo estalló en su interior, comenzó a chillar de puro terror, hasta ese momento creo que no había sido consciente de la situación. No puedo hacerme a la idea de cómo debió sentirse en ese momento de pura impotencia.

Mi maldito vecino al escucharla giró la cabeza y depositó de nuevo toda su atención en la indefensa muchacha que seguía gritando.

Cuando vi que cabeza bola intentaba incorporarse le chillé a la chica -¡levántate! ¡Ven aquí! ¡Corree! Ella al escucharme enmudeció y me miró, pero no reaccionó, solo se quedó sentada e inmóvil envuelta en un tembloroso silencio.

Mi vecino ya de pie, comenzó a avanzar hacia ella…No sabía cómo hacerlo, pero tenía que llamar la atención de ese mal nacido de alguna manera. Apreté los puños y me lancé a la carrera sin ningún plan en mente de cómo lo haría para salir de esa. Le di un puñetazo a un interruptor de la luz cuando pasé junto a él y me detuve a apenas dos metros de cabeza bola, que ya

estaba muy cerca de ella.

-¡He, cabronazo! ¿Te acuerdas de mí?- Le grité, mientras hacía aspavientos con los brazos intentando llamar su atención.

El enorme Alemán al escucharme se frenó en seco y se giró en mi dirección,- ¡genial!- pensé. Ya tenía lo que quería, ella estaba de momento fuera de peligro, ¿pero ahora que leches podía hacer yo contra ese mastodonte? Su boca aun masticaba un trozo de la carne del pequeño, el cual descansaba en una postura imposible sobre el suelo del garaje rodeado de un enorme charco de sangre.

Cabeza bola dio varios pasos en mi dirección con los brazos extendidos apuntando a mi cuello, yo retrocedí intentando mantenerme fuera del alcance del infanticida. Al cuarto paso el capullo terminó perdiendo los ensangrentados calzoncillos que segundos antes ya estaban en sus tobillos, quedando tirados en el suelo, el cabrón casi completamente desnudo me mostraba sus ensangrentados genitales, pero estaba claro que él ya no tenía ningún tipo de pudor por esas cosas. Me recordó a su mujer cuando paseaba sus turgentes senos en la piscina, ha él ya no le preocupaba el qué dirán, su atención solo se centraba en una cosa ¡comer! Era lo único que parecía motivarle, hincar el diente y me daba la impresión de que a mí me veía como al segundo plato del menú del día.

-¿Qué? ¿Quieres morderme? ¡Pedazo de bola de sebo!- Le dije mientras me quitaba la bufanda con la intención de usarla como improvisado látigo, mientras yo retrocedía, lancé varias veces la prenda a su cara para enfurecerle, si es que tenía ese sentimiento y para que

siguiera buscándome a mí y no a ella, que permanecía en el suelo con la mirada perdida. Entonces algo se me pasó por la cabeza, era la única solución, mi coche a pocos metros estaba con el motor arrancado y yo me movía mucho más rápido que cabeza bola, la idea era simple, alejaría al Alemán hasta medio camino entre la chica y el coche y luego correría a toda prisa al todo terreno, metería la marcha atrás y envestiría a ese mal nacido a toda velocidad, abría apostado la vida a que ese plan no podía salir mal, pero justo cuando pensaba ponerme en marcha algo sucedió. Escuché a la chica hablar, pronunciaba un nombre, la situación se complicaba aún más y el tiempo del que yo disponía para el rescate se acortaba drásticamente.

- David, David ¡Nooo! ¡Tu nooo!-Gritaba entre sollozos mirando espantada en dirección a donde hacía un segundo estaba tirado el cuerpo de su pequeño hermano.

-¡Joder! ¡El niño!- Exclamé atónito. No daba crédito a lo que veían mis ojos. El crío ya no estaba tumbado e inerte sobre el charco de sangre, se arrastraba torpemente e intentaba incorporarse mientras avanzaba en dirección a su hermana. Si aun podía tener alguna duda de lo que estar infectado significaba, justo en ese momento se disipó. Ese pequeño era ahora un zombi y sin duda su intención era atacar a la indefensa muchacha.

En ese momento de desconcierto cabeza bola hizo un intento por atraparme, que por los pelos pude esquivar. Gracias a eso reaccioné. Tenía que poner mi plan en marcha ya o la chica estaba perdida. Lancé mi bufanda a la cara de mi vecino y salí corriendo todo lo rápido que me permitieron las piernas hasta llegar a mi coche

y salté en el interior. Una vez dentro miré por el retrovisor para localizar a mi objetivo. Cabeza bola estaba a apenas veinte metros de mi coche. Sin duda era una distancia más que suficiente para coger velocidad y darle tal impacto que le jodiera de mala manera. Sin pensármelo dos veces pisé a fondo el acelerador y salí marcha a tras chirriando ruedas a toda mecha.

-¡A ver si de esta te levantas maldito hijo de mala madre!- mascullé entre dientes. Podía notar como la furia y el deseo de venganza ardían de nuevo en mí.

Capítulo 9El golpe no se hizo esperar, el sonido de un tremendo impacto de carne sobre metal resonó en la parte trasera de mi coche, el choque hizo que cabeza bola saliera proyectado contra uno de los pilares del garaje, pude verle tirado en el suelo cuando pasé junto a él, pero al mirar por el retrovisor, recordé que solo la mitad del plan de rescate estaba completado.

El niño ya en pie, estaba muy cerca de la chica, la cual se había tapado los ojos esperando un amargo final a manos de su mutilado hermano pequeño.

Yo iba por un estrecho parking a una velocidad considerable, con la intención de estampar mi enorme 4x4 contra un diminuto zombi que estaba a apenas medio metro de una muchacha en estado de shock. El margen de error era mínimo, así que ajusté todo lo que pude la dirección del Rav4 y recé porque a la chica no le diera por huir justo ahora.

El pequeño zombi creo que ni se lo vio venir. Este no salió despedido, si no que cuando le impactó el vehículo se metió por debajo. El 4x4 dio un buen bote cuando la rueda trasera derecha pasó sobre el pequeño, pero al pisarle con la delantera no pude evitar perder el control momentáneamente y colisioné con el BMW plateado con el que había comenzado toda la historia.

El impacto fue muy fuerte, tanto que por unos instantes lo vi todo negro y los oídos me zumbaron. La maldita alarma del BMW había saltado de nuevo y algunos destellos anaranjados creaban sombras en el interior de mi coche. Los estruendosos bocinazos me tenían aturdido y las cervicales me dolían a horrores, impidiéndome mover el cuello con naturalidad. Perdí la noción del tiempo y no sé cuánto estuve en ese estado.

Lo siguiente que recuerdo es que miré a través de la luna delantera para ver el resultado de mi carrera, pero no se veía nada. Por lo visto, había estado un buen rato fuera de juego y el parking estaba de nuevo a oscuras y en silencio. Los destellos intermitentes solo me permitían ver sombras, así que encendí las potentes luces largas del 4x4.

Todo parecía haber salido según mis planes. Cabeza bola permanecía lejos de la chica tirado junto al pilar donde yo le había lanzado como a un pelele, sufría fuertes convulsiones, aparentemente estaba fuera de combate al igual que el pequeño zombi que yacía inerte en el suelo con el cráneo completamente aplastado y sus sesos desparramados por todos los alrededores, Parecía que hubiesen hecho estallar un bote muy grande de fabada "La asturiana". El estómago se me revolvió al ver la escena del crío y creo que uniéndolo al latigazo que mis cervicales habían recibido en la colisión, me vi obligado a bajar del coche y vomitar hasta la primera papilla.

Una vez las náuseas cesaron subí de nuevo al coche, saqué unos pañuelos de papel de la guantera y me limpié la boca. Después metí la primera y rodé lentamente en dirección a la muchacha que aun permanecía sentada en el suelo con los ojos tapados. Creo que gracias a eso no perdió la cordura, lo que menos hubiera necesitado era ver como yo rodaba con mi coche sobre el cráneo de su pequeño hermano.

Pasé sobre el cuerpo del niño entre los ejes del coche para no aplastarle esta vez, no creía que pudiera hacer nada con la cabeza en ese estado. Cuando estuve a la

altura de la joven, detuve el vehículo y bajé, pasé por delante de mi accidentado coche y me arrodillé frente a la muchacha.

-Oye, escucha, tienes que ponerte en pie, reacciona- le dije, pero ella parecía ausente, seguía con los ojos tapados y llorando. Yo la cogí por los hombros y la zarandee un poco, ella al sentir mis manos reaccionó apartando las suyas de la cara y me miró en silencio con sus ojos empapados en lágrimas, su mirada reflejaba la viva imagen del terror. Creo que estaba esperando a que la devoraran viva, pero en vez de encontrar delante de ella a un zombi hambriento, me vio a mí, un podre kiosquero asustado, que solo tenía la intención de socorrerla, aunque no sabía muy bien cómo hacerlo.

-Ya ha pasado el peligro, ven conmigo- le dije mientras la ayudaba a ponerse en pie, ella no dijo nada, solo me siguió mientras se cubría los pechos nuevamente con las manos. Una vez estuvimos frente a la puerta la senté en el puesto del copiloto, temblaba de miedo, quise tranquilizarla, pero no articulé ni una sola sílaba, más que nada, porque no encontraba palabras, solo entré en el coche en silencio y cerré las puertas con el seguro.

No tenía ni idea de cómo estaba la situación en las calles. Salir sin saber lo que me aguardaba a fuera era una locura, tenía que enterarme de lo que sucedía, hacerme una idea clara del panorama que nos aguardaba allá afuera, así que encendí la radio del coche con la esperanza de recibir información fresca de última hora. Pasé los diales, muchos de ellos no emitían nada, otros simplemente música, supongo que en automático, pues nadie presentaba las canciones,

incluso en muchas emisoras sonaban marchas militares, lo cual me resultó muy curioso, la verdad. Al fin cuando sintonicé la Cope, pude escuchar emisiones de emergencia, consejos e indicaciones de que hacer.

No se acerquen a los infectados, "eso ya lo sabía", no permitan que les toquen o muerdan. En caso de no poder eludir un ataque, golpéenles con algo contundente en la cabeza, "eso era nuevo, pero jodidamente típico en las películas de terror". Es lo único efectivo contra ellos. Eviten a toda costa las salpicaduras de su sangre en ojos y boca, en caso de mancharse con ella la piel, lávense rápidamente con legía o algún producto desinfectarse lo más rápidamente posible, la emisión seguía…

Intenten llegar a los puntos seguros o puestos armados para ser escoltados y daban indicaciones de los lugares donde estos estaban situados. No vallan en caso de haber sido atacados a ningún hospital o puesto médico, ni a los puntos seguros, de ser así permanezcan en casa y esperen ayuda ahí. La emisión se repetía una y otra vez, así que apagué la radio y el coche se quedó en el más absoluto silencio.

-Las emisoras están cerradas… ¿y yo queriendo ir a abrir mi kiosco el día del juicio final? ¡Qué cachondo…!- Murmuré en voz baja.

Un escalofrió me recorrió la nuca cuando algo en ese instante me vino a la cabeza, ¡la chica…! podía estar infectada. Al arrancarle la ropa, cabeza bola podía haberle arañado, si era así, no sabía cuánto podía tardar en transformarse. No podía hacer otra cosa, tenía que inspeccionar su pecho en busca de daños, estaba claro, no podía arriesgarme a que se convirtiera

en el interior del coche.

-Oye, oye ¿Estás herida?- le pregunté tímidamente pensando en lo que iba a tener que hacer. La muchacha me miró con sus grandes ojos verdes empapados en lágrimas y negó con la cabeza, pero eso no era suficiente, tenía que asegurarme de que no había resultado herida y de ser así tendría que dejarla abandonada en ese garaje, idea que me hacía un nudo en el estómago.

-Tienes que apartar tus manos, tengo que mirar donde ese cabrón te agarró- le dije mientras ponía mi mano derecha sobre la izquierda de ella que cubría uno de sus pechos. La chica me miró y asintió con la cabeza, apartó las manos dejando al descubierto sus preciosos senos, yo con la mano izquierda encendí la luz interior del coche y acerqué mi cara para inspeccionar bien la zona. Ella avergonzada desvió su mirada hacia la ventanilla, pero se dejó hacer. No tenía aparentemente ninguna marca, al menos que me indicara que pudiera transformarse en un zombi en un futuro cercano.

-Estás perfectamente, o eso creo, no veo ninguna señal, parece que has tenido suerte…-Pero enseguida enmudecí al recordar el triste final que había tenido su pequeño hermano. Quizá físicamente estuviera bien, pero psicológicamente tenía que estar destrozada. Pensé que el sentirse desnuda no la ayudaría a recuperar su estabilidad mental y recordé que en el asiento trasero del coche descansaba la mochila que yo usaba para ir al gimnasio, dentro tenía que haber alguna prenda que pudiera prestarle, además de una botella de colonia con la que podría desinfectarle la zona donde ese asqueroso la había tocado. Agarré la mochila y rebusqué en su interior hasta encontrar una

sudadera y el embase, acerqué la botella a su pecho y vaporicé varias veces sobre toda la zona. Cuando ella notó el frío líquido sobre su tersa piel se estremeció, su respiración se entrecortó un poco y luego vi como sus bellos se erizaban. Una vez esterilicé toda la piel que podía haber sido tocada por cabeza bola, guardé la botella y acerqué la prenda a mi nariz para olfatearla, un poco de olor a humedad y cerrado la impregnaba, pero nada insoportable. Mejor eso que pasearse con los pechos al aire el día en el que a los muertos les ha dado por salir a comer carne humana. Se la puse en la mano.

- Puedes ponerte esto- le dije. Ella me miró a los ojos y luego observó la sudadera que sostenía entre sus dedos y asintió con la cabeza. Sin articular palabra se desprendió de la chaquetilla y de los restos de la ropa desecha y se puso la prenda, una vez terminó de vestirse me habló con voz temblorosa.

-Tengo que hablar con mis padres, tengo que decirles lo que ha sucedido- me dijo entre sollozos…

-¿Cómo te llamas?- le pregunté. Ella tardó unos instantes en volver a hablar, pero finalmente respondió, se llamaba Alba.

-¿Sabes el número de teléfono de tus padres? Le dije mientras buscaba mi teléfono móvil en la chaqueta, estaba en el bolsillo interior izquierdo, pero en ese instante caí en la cuenta de que debía estar sin batería desde hacía días, no lo había puesto a cargar desde el miércoles por la noche. Segundos después al tenerlo en mi mano pude comprobar que estaba en lo cierto, completamente descargado. Saqué el cargador de la guantera, lo conecté a la toma del mechero, luego

enchufé el teléfono, una vez vi que estaba recibiendo corriente, dejé el terminal sobre el salpicadero.

-¿Alba tú tienes teléfono?- le pregunté. Ella me dijo que sí, que lo tenía en su bolso. Pegué un vistazo alrededor nuestra buscándolo, pero no estaba en el interior del coche. Miré por la ventanilla y pude verlo tirado junto a la columna donde ella había estado apoyada. Tenía que recuperarlo. Antes de salir a por él, inspeccioné el garaje por las ventanas por si había alguna señal de peligro, pero no vi a nadie ni a nada, así que abrí la puerta y me dispuse a bajar. En ese momento Alba me cogió del brazo.

-No me dejes sola, por favor- me suplicó, la chica me miraba como te miraría un cachorrillo al que quieres dejar tirado en una cuneta.

-Tranquila Alba, es solo un momento, tu bolso está ahí, a tres metros, si lo cojo podrás llamar a tus padres y reunirte con ellos, no tengo ninguna intención de dejarte sola, te lo prometo- le dije transmitiéndole toda la confianza posible. Ella asintió con la cabeza y soltó mi brazo. Bajé del coche con todos mis sentidos alerta y rápidamente fui hasta la columna y me agaché para recoger el bolso de mi nueva amiga. Justo cuando ya regresaba al vehículo me pareció escuchar una vez más voces que venían de alguna parte del garaje. Aunque no podía situar su procedencia, no me parecía que vinieran de muy lejos y al parecer se acercaban a nuestra posición. Yo permanecí expectante junto a la puerta abierta del 4x4 mirando en todas direcciones.

- ¡Joder! ¡Esto es interminable!- Dije en voz alta. Eran voces masculinas, no entendía lo que decían, aunque se les notaba muy alterados, después disparos, ráfagas de

disparos. Esa vez ya no los confundí con petardos, estaba muy claro que eran armas de fuego.

Capítulo 10-¡Hostia puta! ¿Qué está pasando en este parking?- Exclamé en voz alta. ¿Sería la policía? ¿El ejército? ¿O los zombis venían armados a vengar a sus compañeros caídos? Visto lo visto, ya me podía esperar casi cualquier cosa de este mundo de locos.

Me giré y le di el bolso a Alba, en ese momento las luces se encendieron, pero esta vez no había sido yo quien había pulsado ningún interruptor.

Sonaron disparos de nuevo, pero mucho más cerca que antes, sin duda, estaban disparando a algo que no parecía querer darse por vencido. Mezclado con el sonido de los tiros, distinguí de fondo unos gemidos que me recordaron desagradablemente a los de cabeza bola, luego voces humanas, estas ya las pude entender claramente, decían… ¡Fuego a discreción!

Se había comenzado a librar una batalla dentro de ese garaje, y al parecer, no estaban ganándola los buenos.

Del carril que se extendía a la izquierda de la rampa de salida vi aparecer a varios individuos armados con fusiles de asalto, vestían uniformes azules de la policía nacional, eran tres, dos hombres y una mujer, que al ver mi coche con las luces encendidas y a un tipo de pie junto a la puerta abierta, corrieron en mí dirección.

La cosa, por lo visto, se comenzaba a poner realmente fea, pues esas tres personas a pesar de estar fuertemente armadas, huían despavoridas de algún peligro, y se acercaban a toda velocidad como alma que lleva el diablo mientras yo les miraba desconcertado.

La mujer integrante del grupo, al pasar junto a mi vecino que continuaba tendido en el suelo, y que aun

sacudía un poco las piernas, descargó dos disparos a poca distancia con su fusil, frenando en seco el más mínimo movimiento en las extremidades del alemán. Cuando estuvieron frente al 4x4, uno de ellos se dirigió a mí, apuntándome con su arma en pleno pecho.

-Policía, ¿están ustedes bien? ¿Algún herido?- me dijo con tono autoritario.

No me gustaba nada que me estuviera encañonando con ese fusil, pues se le notaba muy nervioso, así que, lentamente levanté mis manos y me dirigí a él, intentando guardar la calma, ni se me ocurriría decirle que la herida de mi brazo me la había hecho el ahora agujereado vecino, pues intuía que de hacerlo, el valor de mi vida se desplomaría rápidamente, además, dudaba que el explicarles que los dientes de cabeza bola no habían estado en contacto con mi carne les pudiera importar, así que simplemente omití información no necesaria.

-No agente, estamos los dos bien, al menos no nos ha herido ninguna de esas cosas…- dije convincentemente.

-¿Usted tiene llave para abrir el portón del garaje?- volvió a preguntarme el mismo agente que me apuntaba con el arma, los otros dos aguardaban unos metros atrás y apuntaban en la dirección a la rampa de salida, como esperando que de un momento a otro fuera a irrumpir un enemigo y a abalanzarse sobre todos nosotros.

-Por supuesto- le respondí -en mi coche hay un mando para abrirla, si lo desean…- el agente me cortó.

-¡Suba inmediatamente al coche! Y prepárese, nos vienen pisando los talones, usted nos va a sacar de aquí- Dio un silbido y los otros dos agentes corrieron hasta reunirse con nosotros.

Rápidamente subí al Rav-4 y pulsé el botón de apertura de la puerta del garaje, la rampa comenzó a iluminarse con la luz diurna, pero varias sombras alargadas que se recortaron en la distancia ensombrecieron la claridad de la mañana, la salida no estaba despejada, para más complicaciones, de la zona de la que habían aparecido los agentes, seis figuras tambaleantes giraron en nuestra dirección, eran cuatro hombres y dos mujeres de edades muy dispares, en sus cuerpos los claros signos de violencia, dejaban de manifiesto que eran zombis. Los agentes al verlos, abrieron fuego inmediatamente, varias flores rojas aparecieron en los cuerpos de aquellos nuevos visitantes, dos de ellos, dos hombres, uno joven y el otro de avanzada edad, cayeron fulminados cuando sus sesos se esparcieron en todas direcciones, pero los otros cuatro a pesar de estar agujereados en diversos puntos vitales siguieron avanzando hacia nosotros sin inmutarse por los impactos recibidos.

Miré a Alba, que permanecía ausente, aferraba fuertemente su bolso contra el pecho, me dio la sensación de que su mente estaba a kilómetros de ese lugar, me incliné sobre ella y le abroché el cinturón de seguridad, y seguidamente yo hice lo mismo, estaba seguro de que una vez en el exterior nos esperaría un agitado viaje.

El agente que claramente estaba al mando, se dirigió a los otros dos jóvenes policías que seguían apuntando a los tambaleantes zombis y les ordenó con tono muy

alterado que subieran al 4x4, ellos al instante obedecieron y el los siguió cerrando la puerta tras ellos.

-¡Sácanos de aquí! ¿A qué esperas?- Me gritó la mujer policía, claramente muy asustada.

La cosa pintaba muy mal, por delante de nosotros tenía a cuatro de esas cosas y bajando la rampa del garaje al menos a otros cinco, que seguramente alertados por la apertura de la puerta mecánica y los disparos que se habían producido, marchaban curiosos hacia nosotros a paso lento pero seguro.

El portón estaba ya completamente abierto, era el momento, Alba y yo estábamos a punto de enfrentarnos con el nuevo mundo, el mundo de los no muertos.

Capítulo 11Metí la reductora del Rav4 y pisé a fondo el acelerador, mi coche salió a toda velocidad en dirección a la rampa de salida. Los primeros cuatro zombis fueron fáciles de esquivar, pero en cuanto comencé el ascenso al exterior me di cuenta de que sería imposible salir sin llevarme a algunos por delante, y eso no me gustaba, no era lo mismo golpear a un no muerto con la parte trasera del 4x4 que de frente, era probable que el cuerpo pasara sobre el morro del vehículo y chocara contra la luna delantera, haciéndola añicos, con lo que nos quedaríamos completamente a ciegas, o lo que es peor, nos tocaría quitar el cristal haciéndonos vulnerables a un ataque en caso de quedarnos bloqueados.

Cinco zombis nos cortaban el paso, dos, un poco rezagados por la izquierda y otros tres por la derecha, no tenía suficiente espacio para pasar entre ellos, por lo que ajusté todo lo que pude la trayectoria para que el grupo de tres no impactara frontalmente, dos de ellos golpearon el foco derecho rompiéndolo en mil pedazos, y fueron lanzados por el aire hasta estamparse contra la pared, en la que dejaron un grafiti sanguinolento muy artístico dibujado en ella, al tercero pude eludirlo, pero el desgraciado estiró la mano y golpeó la luna, en la que dejó un cuajarón de sangre y una enorme grieta justo enfrente de la cara de Alba, que al verlo soltó un grito de espanto, seguí mi ascenso esquivando sin incidentes a los de la izquierda y por fin llegué a la carretera. No fue una salida limpia, pero al menos habíamos pasado.

Por unos instantes quedé deslumbrado por la luz diurna, pero enseguida mis ojos se acostumbraron, miré a izquierda y derecha, vi a varios zombis deambulando y a personas vivas corriendo en todas

direcciones intentando escapar de los primeros.

El policía nacional que dirigía al grupo, al ver que yo no me decidía a emprender la marcha, me indicó que fuéramos en dirección a la plaza de toros, teníamos que llegar a uno de los puestos armados, me informó de que tenían órdenes de regresar, debían reagruparse con el resto de policías, guardia civiles y militares que aun quedaran operativos, pues era indispensable crear una vía segura de escape a los habitantes de la ciudad en su trayecto al puerto deportivo.

Una vez emprendí la marcha, no pude evitarlo y les pregunté como habían terminado en el garaje de mi urbanización, el policía que me había encañonado, y aunque con muy pocas ganas, me hizo un breve resumen de lo acontecido. Horas antes, se habían desplazado a una calle relativamente cercana a mi casa en misión de evacuación, pero se habían visto obligados abortarla, porque en muy poco tiempo, se vieron sobrepasados por un elevado número de esas cosas, cinco agentes cayeron cuando intentaban abrirse paso a través de una verdadera marea de zombis, el resto a duras penas consiguió escapar, después de estar huyendo a pie durante varias horas, ya que les fue imposible regresar a sus vehículos, buscaron refugio en el garaje de un grupo muy numeroso de no muertos que les habían cercado, intentaron apuntalar la entrada, pero les fue imposible, cuando los zombis irrumpieron en las escaleras del garaje, a dos de los policías, no les dio tiempo a replegarse y fueron engullidos por la avalancha de brazos y dientes que se les echó encima, así que del equipo inicial de diez agentes, solo habían sobrevivido ellos tres.

La mujer policía se llamaba Yolanda y el compañero con

quien había mantenido a ralla el ataque de los zombis en el garaje, Arturo, eran dos policías en prácticas, Yolanda, apenas tendría los veintidós años, era una chica de ojos marrones y mirada felina, tenía una larga melena castaña recogida en una coleta, no era muy alta, si no fuera porque vestía uniforme de la policía nacional, jamás abría imaginado que pudiera ser una agente, de habérmela cruzado de paisano, pero debía dar la talla muy por los pelos, ya que estaba en el cuerpo.

Su compañero que rondaría la misma edad, era un chico alto, de un metro setenta de estatura y ancho de espaldas, de pelo castaño claro y ojos a juego con sus cabellos, en su cara se percibía el miedo mucho más que en la de la mujer policía, aunque mantenía la compostura como un campeón.

Me gustaría saber qué cara debía de tener yo en esos momentos, porque si a ellos les podía notar el miedo reflejado en el rostro, yo tenía que tener la cara del cuadro *el grito de Munch* por lo menos.

El oficial de policía se llamaba Eduardo, tenía unos treinta y cinco años, era un hombre moreno de ojos negros y mirada penetrante, de constitución atlética y no menos de metro ochenta de estatura.

Una vez, Eduardo terminó de resumirme sus últimas horas, sacó su emisora de radio y se puso a utilizarla, por su tono de voz, comencé a notar como el nerviosismo aumentaba en él, intentaba sin éxito ponerse en contacto con varios compañeros, en su cara se percibía una profunda frustración.

Por fin, tras una larga espera, consiguió contactar con

el puesto armado de la plaza de toros, que le informó de que teníamos que penetrar en la gran vía donde un grupo de camiones militares se dirigían en la misma dirección que nosotros, imagino que la unión hace la fuerza, y que el acoplarnos a ese convoy garantizaría un poco nuestra seguridad.

Una vez terminaron de darle las indicaciones oportunas, Eduardo me dijo cual era la ruta que teníamos que seguir. Giré a la izquierda para penetrar en una amplia calle de dos carriles que por suerte estaba completamente desierta y por la que de seguir por ella dos manzanas más, desembocaríamos en dicha avenida. Nada más llegar al cruce noté una gran diferencia con el estado habitual de esa vía, no había un solo coche circulando por esa arteria principal de la ciudad.

Eduardo me pidió que detuviera el 4x4, aguardaríamos ahí hasta que la caravana llegara y nos pudiéramos unir a ella. Podíamos descansar un poco.

Miré a Alba, que en todo ese trayecto había estado en silencio, seguía con la mirada perdida y aun tenía el pequeño bolso apretado contra su pecho.

-Alba, oye, Alba, ¿Por qué no llamas a tus padres ahora?-Le dije con intención de sacarla de ese estado ausente. Ella me miró sin decir una sola palabra y después bajó la vista, abrió el bolso y sacó un iphone protegido con una funda de silicona rosa adornada con dibujitos de gatos, tocó la pantalla táctil varias veces y seguidamente se puso el teléfono al oído, tras varios segundos nadie respondió a su llamada, ella siguió insistiendo.

Con todo ese ajetreo, ni me había acordado de mis hermanos, ¿Dónde cojones estarían? ¿Se encontrarían bien?, cogí mi teléfono y lo encendí, enseguida me pidió el número pin el cual introduje, nada mas reiniciarse el terminal, comenzaron a sonar tonos de sms entrantes, uno, dos, diez, quince, eran llamadas perdidas de mis hermanos y se remontaban desde varios días atrás, hasta la noche anterior.

Debían pensar que yo estaba muerto. Llamé a mi hermano Toni, era la llamada mas reciente que había recibido por parte de ellos, respondió casi en el acto, hablé con él un buen rato, me contó que habían intentado contactar conmigo muchas veces y que al no conseguirlo, quisieron venir a por mí, pero les habían cortado el paso en varios controles militares, así que les fue imposible llegar hasta mi casa, ahora mismo estaban de camino a un punto seguro, pero no al de la zona del puerto, si no al que se había creado dentro del cuartel militar de Rabasa, por que el trayecto hasta el primero no era transitable, yo le conté lo que me había pasado, lo de mi enfermedad y que no me había enterado casi de nada hasta esta misma mañana, a Toni le resultó gracioso que el mundo se estuviera desmoronando y yo tomando sopas calientes, ignorante de todo, pero estaba muy contento de que me encontrara bien, yo me quedé mucho más tranquilo al saber que estaban todos juntos, sanos y salvos, nos despedimos, no sin antes acordar que nos mantendríamos informados cada hora por *whatsApp* de nuestra situación hasta poder reunirnos.

Dejé el móvil para que siguiera cargando y miré a Alba que seguía intentando contactar con sus padres sin ningún éxito.

-Alba ¿no responden? Le pregunté.

Ella me miró con el ceño fruncido y negó con la cabeza, se le notaba que estaba muy preocupada.

-Es posible que salieran hacia el punto seguro y con las prisas o por cualquier otra razón no cogieran el teléfono, no te preocupes, seguro que están bien- le dije intentando quitarle importancia a la imposibilidad de contactar con ellos.

-No, eso no es posible, ellos jamás se abrían marchado sin nosotros…- me respondió ella, empleando un tono de voz que casi parecía un murmullo.

-¿En qué zona de la ciudad se encontraban tus padres la última vez que hablaste con ellos, y cuándo fue eso?- Le preguntó Yolanda, que había estado atenta en todo momento a los intentos de Alba por contactar con sus progenitores.

-Pues…anoche fue la última vez, esperaban a que apareciera mi hermana Cristina para luego poder reunirnos todos, estaban en un chalet de ciudad jardín, en la calle regidor Ocaña…- contestó la chica.

A Yolanda le cambió la cara y meneó la cabeza cuando escuchó la localización, pero no dijo nada.

Eduardo, al ver que Yolanda no se explicaba, continuó, la noche en la que Alba había hablado con ellos, pero de madrugada, se habían efectuado varias evacuaciones de emergencia en ese barrio, ya que se había declarado como zona caliente, todos los evacuados habían sido trasladados al punto seguro de Rabasa.

-¿Ves Alba? Tus padres y tu hermana tienen que estar en el mismo sitio al que van mis hermanos, como les evacuaron de urgencia, no les debió ni dar tiempo de coger el teléfono- le dije para que se tranquilizara, aunque en mi interior el hecho de que donde estaban sus padres horas antes se hubiera declarado como "zona caliente" no me gustaba ni un pelo.

Alba me miró y sus bonitos labios dibujaron una leve sonrisa durante unos milisegundos, luego apoyó su cabeza en el cristal y se volvió a quedar ensimismada en sus propios pensamientos, estaba realmente preocupado por aquella mujer, me sentía en la obligación de protegerla y dado su estado, dudaba de que pudiera reaccionar positivamente en una situación de peligro, y teniendo en cuenta que el mundo que conocíamos se había convertido en el mismísimo infierno, no creía que ese momento pudiera tardar mucho en presentarse.

-¡Tenemos compañía!- dijo sin elevar demasiado la voz Arturo, señalando con su dedo índice el retrovisor del todoterreno. Un grupo de unos quince no muertos, habían aparecido tambaleantes por nuestra retaguardia y venían en dirección a nosotros.

-¿Qué hacemos?- dije yo, mirando a izquierda y derecha de la gran vía, con la esperanza de divisar el convoy que no aparecía por ninguna parte.

Eduardo se dio la vuelta en silencio y miró por la luna trasera al grupo que a un paso renqueante, pero desconcertantemente rápido, se nos venía encima, sin perderlos de vista, cogió la emisora e intentó contactar con el convoy, tras un breve espacio de tiempo,

consiguió hablar con él.

-Aquí convoy C5-Respondió una voz distorsionada a través del aparato de radio frecuencia - no nos esperen, nos es imposible llegar a puesto plaza de toros atravesando la gran vía, varios accidentes cortan el paso sobre el puente rojo en ambas direcciones y los camiones no pueden abrirse camino, tenemos que buscar una nueva ruta, además esto es una zona muy caliente, hay cientos de esas cosas por todas partes, suerte-

Pude distinguir claramente fuego de ametralladoras antes de que se cortara la transmisión.

-No tenemos escolta. ¡Qué mierda!- Dijo Arturo entre dientes.

Yolanda miró a Eduardo que permanecía petrificado observando a los no muertos, que ya estaban a apenas cien metros del vehículo, después posó respetuosamente su mano en el hombro de este, como para hacerle reaccionar.

- Eduardo… ¿Cuáles son las órdenes? Aquí somos carne de zombi- Le preguntó con tono preocupado.

Eduardo, como arrancado de un sueño profundo, se dio la vuelta y sin dudar un momento, me ordenó que penetráramos en la gran vía y siguiéramos por ella, estaba muy claro que no le hacía ninguna gracia que siguiéramos esa ruta solos, hasta un convoy lleno de soldados unos kilómetros más atrás estaba teniendo problemas para llegar al puesto por esa ruta y nosotros éramos cinco, tres policías, dos de ellos novatos, una chica casi en estado catatónico y un pobre kiosquero de

barrio, me sentía tan seguro como bañándome en una piscina llena de tiburones, pero podía ser peor, al menos los polis estaban armados, aunque como ya había visto en el garaje, para tumbar a esos cabrones, había que afinar mucho la puntería, o se les volaba la cabeza o seguían andando hasta tenerlos encima, dentro de una zona caliente no quería ni imaginarme como tendría que ser.

Pude ver como se alejaba el grupo de no muertos cuando pisé el acelerador del 4x4 para penetrar en la gran avenida de cuatro carriles en dirección a nuestro destino, me dio la impresión de que los zombis se enfurecieron al vernos partir incapaces de seguirnos.

-Joderos, cabrones-dije en voz baja mientras los miraba perdiéndose en la distancia.

Pasamos junto a varios coches cruzados en la calzada, muchos de ellos presentaban enormes rastros de sangre y cristales rotos, otros sin embargo parecían haber sido abandonados deliberadamente y permanecían con sus puertas cerradas sin aparentes signos de violencia, no me costaba demasiado esquivar los vehículos, incluso en un principio me pareció que después de todo, Eduardo se había preocupado en exceso.

El sol ya estaba alto en el cielo y el ver la ciudad en ese estado a plena luz del día era algo que ponía los pelos de punta, todo presentaba un aspecto desolador miraras donde miraras.

Alba, a la que yo creía fuera de onda me sorprendió dirigiéndose a mí con una lucidez pasmosa, fue como si hubiera despertado de un largo sueño.

-Pero yo… no puedo ir a la plaza de toros… tengo que ir a Rabasa, tengo que ir a Rabasa, Jaime-Me dijo mirándome fijamente a los ojos. Yo sorprendido, no pude articular palabra, pero Yolanda intervino.

-Alba, el trayecto a ese punto seguro no es transitable desde el lugar en el que estamos ahora mismo, sería muy arriesgado intentar llegar a él, y eso siendo muy optimistas, una vez estemos en el puesto armado, intentaremos ayudarte para que te reúnas con tus padres, te lo prometo.-

Alba se giró y le dio las gracias a Yolanda, luego volvió a mirarme a mí y acto seguido sacó el móvil y se puso de nuevo a intentar llamar a sus padres, eso era bueno, parecía que estaba saliendo un poco del shock.

Al principio avanzamos relativamente rápido, nos encontrábamos con pocos no muertos a los que con un simple acelerón dejábamos atrás, pero ningún grupo de gran tamaño, nos cruzamos en alguna ocasión con algún vehículo que pasaba a toda mecha, pero el tráfico era casi totalmente nulo, también vimos a algunas personas, que aterrorizadas y desconcertadas, corrían de aquí para allá, cargados con maletas y bolsas, intentando llegar a sus coches, siempre asediados por grupos de zombis que intentaban darles caza, nosotros desde la relativa seguridad del 4x4, solo podíamos mirar impotentes como los no muertos caían sobre ellos como buitres hambrientos y les devoraban en plena calle, era un espectáculo grotesco y subrrealista, como sacado de una de las peores pesadillas del mismísimo Satán.

Conforme nos acercábamos a nuestro destino, el

trayecto comenzó a dificultarse considerablemente.

Cada vez había más coches detenidos, cruzados y accidentados en la calzada, la marcha a cada minuto se hacía mucho más lenta, en varias ocasiones no me quedó mas remedio que empujar un poco algún vehículo con el morro de mi coche para abrirme paso o subirme a alguna mediana para esquivar un accidente múltiple que cortaba completamente la carretera, un poco más adelante llegué a un tramo especialmente complicado, a la derecha tenía una enorme camioneta y a la izquierda un monovolumen, el espacio era el justo para que pasara el Rav4, así que muy despacio fui avanzando por el estrecho corredor, todo parecía estar saliendo bien hasta que llegué a la altura de la puerta de la camioneta, en ese momento, un zombi salió por su ventana atravesando el cristal y yendo a caer rodeado de miles de fragmentos de vidrio sobre la luna delantera ya dañada de mi coche, destrozándola por completo y dejándome totalmente a ciegas. Lo que había intentado evitar a toda costa en la salida del garaje, ahora me había sido imposible de eludir.

Instintivamente pisé el acelerador para quitármelo de encima, pude escuchar como el cuerpo del mal nacido pasaba dando tumbos sobre el techo hasta caer por la parte trasera, no veía lo que tenía delante y con los nervios del momento no me di cuenta de que me subía sobre la acera, un segundo más tarde había empotrado mi querido 4x4 contra un semáforo y una espesa columna de vapor salía por todas partes, sin duda alguna había dañado el radiador, en ese estado el coche no aguantaría mucho mas, los airbag sorprendentemente no se activaron y parecía que todos estábamos bien.

-¿Está usted idiota? Me gritó Arturo desde la parte trasera, el tipo no hablaba mucho, pero para lo que tenía que decir, mejor podía quedarse callado.

- Ni que hubiera sido culpa mía, ¡joder!- Le repliqué muy enojado.

Eduardo le mandó callar mientras abría la puerta del coche y bajaba, pude escuchar un atronador disparo y por la luna trasera vi desplomarse al zombi que nos había saltado encima instantes antes y que ya se había puesto de pie de nuevo con la intención de atacarnos, después de reconocer la zona subió otra vez.

-Bueno, ya no estamos muy lejos, ¿crees que aguantará el coche hasta la plaza de toros Jaime?- preguntó Eduardo educadamente, yo aun un poco desconcertado y de muy mala leche por haber dañado mi querido coche de esa manera tan estúpida, metí mi mano derecha en la manga de la chaqueta y di un puñetazo a la luna haciendo un agujero del tamaño de mi puño, el cual me permitía ver un poco por delante nuestra.

Estábamos muy cerca de la intersección en la que tenía que girar a la derecha para tomar la avenida de Alcoy, esa carretera después de un par de quilómetros desembocaba justo en la plaza de toros.

-El coche aguantará, o eso creo, pero tenemos que salir de aquí cagando hostias- Le dije acojonado, pues en ese momento observé como de varios puntos por delante nuestra, alertados por el impacto del coche y el disparo de Eduardo docenas de no muertos salían de todas direcciones y se dirigían hacia nosotros, estábamos entrando en una zona muy caliente, de eso

no había duda.

Pisé el acelerador del todo terreno que rujió como un león herido, di marcha atrás y bajé el bordillo, al retirar el coche, el semáforo con el que había chocado se desplomó contra el suelo, un estrepitoso ruido de metales retorcidos y cristales rotos resonó en todos los alrededores cuando el amasijo impactó contra el asfalto, si antes ya habíamos llamado la atención de los zombis de nuestro alrededor, ahora ya se habían enterado todos los del barrio.

Acto seguido salí disparado en dirección al cruce, esquivé a varios desgraciados que se interpusieron en nuestro camino y cuando llegué a la intersección giré sin detenerme a la derecha y lancé el Rav4 a toda mecha por la larga cuesta abajo en la que al fondo podían verse luces de policía y ambulancias. Casi habíamos llegado al final del viaje, aunque la cosa no pintaba bien, en esa avenida el número de no muertos era enorme, parecían dirigirse en nuestra misma dirección, no me iba a ser posible pasar sin llevarme a muchos de ellos por delante, con la luna en ese estado, solo era cuestión de tiempo que alguno pasara sobre el capó y se empotrase en el interior del vehículo, así que reaccioné como horas antes lo había hecho en el garaje, tiré del freno de mano e hice un trompo en medio de la carretera y seguidamente metí la marcha atrás y pisé a fondo enfilando mi vehículo pendiente abajo a toda velocidad.

-¡Agacharos todos!, el camino va a ser movidito-Les grité.

Puse la mano en la nuca de Alba que miraba asustada en todas direcciones y la empujé hacia abajo hasta que

metió la cabeza entre sus piernas.

El Rav-4 expulsaba vapor a raudales por el capó, si el coche se decidía a gripar en ese momento podíamos darnos por muertos, esquivé a muchos de ellos, pero conforme el número comenzó a aumentar los impactos fueron resonando en la parte trasera como secos martillazos, uno, dos, cinco, diez, veinte. La velocidad aumentaba conforme la cuesta se hacía más pronunciada, veía como las luces se acercaban a toda velocidad.

-Soy Eduardo de la policía nacional, hemos conseguido llegar, dos civiles y tres agentes, ábrannos un paso, vamos a toda velocidad en un 4x4 negro, por avenida de Alcoy dirección plaza de toros, modelo Toyota Rav-4 matrícula Francia, Navarra, Dinamarca, ¡estamos limpios!- Repetía una y otra vez por la emisora de radio el policía muy alterado.

Los impactos seguían sucediéndose en la parte trasera del 4x4 hasta producir un estruendo que casi ni dejaba escuchar otra cosa, pero poco a poco empecé a distinguir otro sonido aparte del de los zombis estampados, eran tiros, muchos disparos. No sabía si nos disparaban a nosotros o no, pero ni loco pensaba detenerme entre esa marea de no muertos, si nos apuntaban a nosotros estábamos perdidos y si parábamos para averiguarlo nos comerían vivos, solo podía acelerar, esquivar a todos los zombis posibles y continuar.

Se comenzaron a escuchar explosiones, varias seguidas, parecía que nos abrían paso con granadas de mano y fuego de ametralladoras de gran calibre, lo íbamos a lograr, pero justo cuando creía que teníamos

una pequeña esperanza el impacto de un maldito no muerto destrozó también nuestro cristal trasero dejándolo hecho pedazos y completamente ensangrentado, solo podía guiarme con los retrovisores exteriores y segundos después perdía el izquierdo al embestir con él a una oronda mujer de avanzada edad que salió disparada al estampárselo en su ensangrentada cara.

Casi no podía orientarme, el 4x4 daba enormes saltos y bandazos, tuve la sensación de que estábamos pasando sobre cientos de cuerpos justo antes de una tremenda colisión que nos frenó en seco, después de eso, todo es borroso, perdí la noción del tiempo, solo recuerdo el sonido de las balas silbando por encima de mi cabeza, la voz de Yolanda pidiendo auxilio, el llanto de Alba, luego la oscuridad me envolvió…

Capítulo 12Los no muertos nos rodeaban, uno de ellos rompió el cristal de la puerta de Alba y lanzó sus ensangrentadas manos a su fino cuello, ella intentó liberarse, pero varias zarpas más hicieron presa en su ropa tirando de ella hacia fuera, ella gritó pidiendo auxilio, su mirada reflejaba el terror, en un acto desesperado la agarré del brazo con la esperanza de mantenerla dentro del destrozado vehículo, pero no pude, noté como su tersa piel se escurría entre mis dedos y un instante después solo podía mirar impotente, como su cuerpo era arrastrado fuera y engullido por la inmensa masa que se agrupaba a nuestro alrededor.

Escuché gritos en la parte trasera, me giré para ver qué ocurría, la situación era aún peor en la parte de atrás, lo que me parecieron cientos de brazos, penetraban en el interior del 4x4 agarrando a los agentes que luchaban inútilmente por zafarse.

La segunda en ser arrastrada fuera fue Yolanda, vi como un zombi mordía su hombro durante su breve trayecto al exterior, otros muchos hacían presa con sus dientes en diversas extremidades de la muchacha, la sangre le brotaba a chorros y sus gritos de dolor se mezclaron con los gemidos de nuestros atacantes antes de desvanecerse por completo. Esos gemidos producían un sonido tan atronador que casi no permitían oír nada aparte de ellos.

Eduardo intentaba desesperadamente deshacerse de varias manos que hacían presa en él, realizó varios disparos con su pistola reglamentaria, algunas cabezas estallaron tras el impacto de sus balas, pero todo fue

inútil, la ventanilla que estaba a su espalda se rompió en mil pedazos y varias garras atenazaron su cabeza, el gritó pidiendo ayuda a Arturo, pero este no se encontraba en mejor situación, un enorme zombi, un hombre con obesidad mórbida al que le faltaba la mitad de la cara, había conseguido meter casi todo su cuerpo por la luna trasera rota del Rav4, y se había abalanzado sobre él, Arturo ya había sido mordido en sus manos y brazos, los cuales sangraban abundantemente, El agente lanzó varios puñetazos al rosto de su atacante, los cuales parecieron perderse en el vacío, como si fueran los golpes de un niño, en tan solo unos segundos, el gordo zombi, había hincado sus dientes en el cuello del policía a la altura de la arteria carótida, cuando sus mandíbulas tiraron de la carne del muchacho, un gran chorro de sangre a presión brotó en dirección a mi cara, empapándome por completo el rostro con el caliente líquido.

En un suspiro, todo había terminado, me encontraba completamente solo en el coche, los no muertos estaban en todas partes, gimiendo, chasqueando sus dientes, con sus caras pegadas a los cristales que aun quedaban intactos y mirándome fijamente con ojos vacíos de vida y deseosos de mi.

-¿Por qué no entran? ¿Por qué no terminan de una vez con migo?- Pensé, desconcertado.

Solo me observaban, no intentaban entrar, solo permanecieron mirándome durante un largo espacio de tiempo, hasta que de repente, de entre la marea, un zombi se abrió paso hasta colocarse frente a la ventana de mi puerta, yo lo miré durante unos segundos a los ojos, sus ojos, antes de un vivo color verde, ahora eran de un grisáceo mortecino, su antes

preciosa cara, ahora era solo sangre y carne desprendida, pero aun así la reconocí, era Alba, era Alba la que segundos después abría la puerta y se lanzaba sobre mí, gimiendo, dentelleando. Yo la sujeté de un brazo con mi mano izquierda y con la derecha del mentón, para intentar impedir que me mordiera, pero con su mano libre agarró mi cuello. Pude sentir como sus ensangrentadas uñas penetraban mi carne y como mi sangre chorreaba pecho a bajo. Exhalé un grito de dolor, patalee, la golpee, la empujé, pero no pude deshacerme de ella.

El brazo que yo aun mantenía sujeto, súbitamente se me escurrió y su otra mano también hizo presa en mi cuello. Habíamos quedado en una postura, que en otro momento y en otras circunstancias, no me abría disgustado, pero que ahora solo significaba mi sentencia de muerte, o de no muerte, según se mire. Ella estaba sentada a horcajadas sobre mis piernas, sujetándome fuertemente del cuello y yo solo podía empujarla hacia atrás apretando con las palmas de mis manos en su pecho. El zombi de Alba, acercó lentamente su destrozada cara, hasta ponerse nariz con nariz frente a la mía, y en ese momento me habló…

-¿Recuerdas a mi hermano? ¿Recuerdas como permitiste que le mataran? Pues yo voy a hacer lo mismo contigo, Jaime…-

Sin darme tiempo a hacer absolutamente nada sus dientes se lanzaron en dirección a mi cuello, pude sentir como se desgarraba mi carne en el mismo lugar en el que cabeza bola había mordido al pequeño David, la sangre brotó, cerré fuertemente los ojos esperando mi final, después sentí como caía por un oscuro pozo, luego una fuerte convulsión.

Mis ojos se abrieron súbitamente, aun tuve tiempo de escucharme gritar antes de darme cuenta de que todo había sido una terrible pesadilla, la peor que había tenido en mi vida.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde el impacto que me había sumido en la oscuridad, ni sabía dónde estaba. Tenía el cuerpo dolorido y me encontraba aturdido, intenté incorporarme haciendo fuerza con los brazos y quedé medio sentado en lo que me pareció una camilla de hospital, sin duda me habían conseguido rescatar…

-¿Pero dónde está Alba? ¿Y los demás?- Me pregunté mentalmente.

Miré a mi alrededor intentando localizarla, me encontraba en un puesto médico de campaña, estaba rodeado de camillas como en la que yo me hallaba, casi todas estaban ocupadas por personas heridas, a las que atendía personal sanitario, otras simplemente parecían descansar, y algunas otras, yacían atadas de pies y manos retorciéndose y convulsionando. Sin duda debía de tratarse de infectados, pero de Alba ni rastro.

Me incorporé un poco más, con lo que conseguí tener una vista más completa del lugar donde me encontraba. El habitáculo no era más que una enorme carpa de lona blanca en la que gracias a la luz del sol que se filtraba a través de ella, pude distinguir una gran cruz de color rojo serigrafiada en la parte exterior.

No podía ver nada de la parte de fuera, así, que en aquellos momentos, podía encontrarme en cualquier

lugar.

Un grupo de cuatro militares con caras muy serias entraron por una zona de la lona que permitía el acceso, cada uno de ellos agarró una camilla de las que cargaban a ocupantes con temblores y uno tras otro salieron del recinto empujándolas. No tenía ni idea de que era lo que iban a hacer con sus pasajeros, pero la verdad, a esas alturas de mi aventura, cuanto más lejos se los llevaran, mejor para mí.

Una ráfaga de aire frío se coló por la apertura cuando salieron, la cual me produjo un escalofrío, entonces me di cuenta de que estaba prácticamente desnudo, solo conservaba mis calzoncillos. Noté, como un aroma a alcohol emanaba de mi piel y penetraba en mis fosas nasales. El antebrazo en el que cabeza bola me había infligido la lesión, estaba perfectamente vendado.

-Me han desinfectado y curado mientras he estado inconsciente, eso confirma que no estoy infectado, ¡gracias a dios!- Me dije a mi mismo en voz baja.

El aturdimiento que sentía comenzaba a desaparecer, y cuando vi que no me mareaba, saqué las piernas por el borde de la camilla y puse mis pies descalzos en el suelo.

Esperaba sentir el frío tacto de alguna superficie pavimentada, pero no fue así, lo que pisaba era arena, bajé la vista al suelo para poder ver con mis propios ojos que era lo que había bajo mis pies. La carpa descansaba sobre una enorme extensión de amarillenta arena compactada, solo una gruesa línea blanca y arqueada, que entraba bajo uno de los lados de la lona y salía al exterior por otro extremo, rompía la

homogeneidad del color amarillo. Sin duda, la carpa estaba desplegada en el interior de la plaza de toros. En realidad, no me encontraba muy lejos del lugar donde habíamos tenido el accidente, solo a unos cientos de metros.

Una enfermera de unos cuarenta y cinco años, bajita y regordeta, de pelo castaño y un poco canoso recogido en un moño y ojos almendrados de color negro, al ver que yo estaba de pie mirando como un bobo a mí alrededor, vino caminando lentamente, hasta ponerse delante de mí.

-¿Cómo se encuentra?- Me preguntó amablemente.

No podía ver su boca, pues permanecía oculta tras una blanca mascarilla de papel, pero estoy seguro de que mientras me preguntaba sonreía.

Yo la miré de arriba abajo en silencio, creo que inconscientemente buscaba alguna señal de mordedura, mancha de sangre o cualquier cosa que me indicara peligro, pero no era así. La mujer vestía la típica bata de enfermera, la cual relucía con un color blanco e impoluto, sus manos estaban cubiertas con varios guantes de látex puestos unos encima de otros, eso me tranquilizó automáticamente.

-Pues creo que bien… ¿Dónde está mi ropa?- Le pregunté un poco avergonzado, al ser consciente en ese momento de que estaba casi desnudo delante de una completa desconocida.

-Verá, su ropa ha sido destruida, y no es por asustarle, pero usted mismo casi fue exterminado al ver la fea laceración que tiene en el antebrazo, pero por suerte

un agente de policía insistió en que todos los ocupantes del coche estaban limpios, por lo cual se procedió a curarle el brazo y a coserle la herida que tiene en la ceja.-

Yo alce la mano y toqué mi ceja derecha sin notar nada, pero cuando puse mis dedos sobre la izquierda noté una gasa cubriéndola, un agudo dolor bajó hasta mi globo ocular, el cual me obligó a cerrar el ojo bruscamente y quejarme de dolor.

-¡Pero hombre! No se toque la herida, y menos haga esas feas muecas, ¿No ve que se le puede saltar algún punto?- Me dijo la enfermera con tono sutilmente autoritario, como el que emplearía una madre al regañar a un hijo.

Inmediatamente retiré la mano de la gasa y no pude evitar sonreírle.

-Veo que está usted de buen humor, hace bien, la verdad es que dentro de todo lo malo, tiene motivos para estarlo, su amiga, Alba, me contó todo lo que les ha pasado y como llegaron hasta aquí, como fueron rescatados y puestos a salvo. Después de su llegada, nadie más lo ha conseguido.- Me dio la impresión de que los ojos de la mujer se perdían en el vacío al decir eso.

-¿Alba? ¿Está bien? ¿Y los agentes?- Le pregunté ansioso.

-Todos están bien, y todo gracias a usted y a su pericia al volante, tiene que estar usted muy orgulloso, se ha comportado como un valiente durante todas estas últimas horas.

La verdad, estaba claro que esa mujer no me conocía de nada, estuve a punto de decirle que estaba muy equivocada, y que la verdad es que había pasado más miedo que en toda mi jodida vida, pero por otro lado pensé que en estos tiempos tan inciertos, que alguien pensara que el valor de un hombre, un civil, podía ayudar a salvar cuatro vidas no era algo malo, la esperanza es buena, merecía la pena, así que no la corregí.

-Los agentes de los que me hablas ya se incorporaron al servicio de nuevo, y la muchacha por la que preguntas está fuera de la carpa, echando una mano en lo que puede, ahora toda ayuda es poca. Puede ponerse un uniforme militar de los que hay en esas taquillas y salir fuera si ya se ve preparado.- Me dijo indicándome con su dedo índice una fila de armaritos metálicos de color verde oscuro.

En ese instante varios disparos en el exterior nos sobresaltaron.

-¿Qué pasa? ¿No estamos a salvo?- Le pregunté muy confuso.

-Bueno, en este mundo ya no se está sano y salvo en ningún lugar, pero no se preocupe, solo están haciendo limpieza, no todos tienen tanta suerte como usted…- Respondió ella muy apesadumbrada.

Enseguida entendí lo que quería decir, los de las camillas, esos disparos habían sido para ellos. Bueno, la verdad no me pareció nada descabellado, ¿Qué otra cosa se podía hacer con ellos?

-¿Pero aun no hay nada que termine con ese virus? ¿No hay esperanza?- Pregunté muy intrigado. Necesitaba respuestas y quizá esa mujer pudiera darme algunas.

La enfermera miró hacia el lugar por donde habían salido minutos antes los militares, después se encogió de hombros y volvió a hablarme.

-Por lo que se sabe no es una enfermedad, no es un virus, el problema lo causa un agente que aun no se ha podido catalogar, actúa de una manera que aun no podemos determinar y no siempre de la misma forma, produce mutaciones, alteraciones en el celebro, y aparato locomotor, se comporta como un parásito, hasta la fecha es indestructible una vez penetra en el organismo, si te contagias estás completamente perdido, así están las cosas, como ves, no tenemos muchas más opciones que exterminarlos.-

Yo asentí con la cabeza, como dándole una especie de estúpida aprobación.

-¿Y cuanto tiempo he pasado inconsciente?- Le pregunté, tenía la sensación de haber dormido una eternidad.

-Usted ingresó ayer sobre las dos del medio día, y desde entonces ha permanecido aquí, sufrió una fuerte conmoción cerebral cuando se golpeó la cabeza en el accidente, es decir, ahora son las cuatro de la tarde, por lo que ha estado mas de veinticuatro horas sin conocimiento, en este tiempo hemos podido verificar que realmente estaba limpio, ya que la transformación, en una persona viva, tarda un máximo de cuatro horas en producirse, cuando vimos que no manifestaba ningún síntoma a pesar de tener una aparente

mordedura, procedimos a desatarle, desinfectarle y curarle las heridas-

-Pues muchas gracias por todo, la verdad es que me encuentro bastante bien- Le dije - ¿Y ahora, que se supone que tengo que hacer?- Pregunté, sin tener muy claro si tenía algún tipo de obligaciones.

-Las cosas no están muy claras, casi todos los civiles supervivientes están ya confinados en la zona segura del puerto marítimo, aquí quedan muy pocas personas aparte de los militares y los últimos sanitarios que atendemos a los pacientes que no se pueden trasladar, pero en principio, mañana a primera hora, este lugar quedará desmantelado y todos los que ahora estamos aquí, seremos llevados al punto seguro. El trayecto de momento está asegurado, pero no se sabe cuánto tiempo permanecerá así, por lo que puede marcharse ahora mismo o quedarse a ayudar hasta mañana en lo que buena mente pueda, es una elección que tiene que hacer usted -

Yo me rasqué el cogote dudoso, no tenía clara la situación, necesitaba salir fuera, respirar aire fresco y ver con mis propios ojos el panorama en el que me encontraba.

-Bueno, tengo mucho trabajo que hacer, me alegro de que esté de nuevo entre nosotros, tenga cuidado y no haga muecas ni frunza el ceño con la ceja en ese estado, y coma algo, debe de estar muy débil, el suero, no es un bocadillo de jamón y hace horas que no se mete un buen plato de comida entre pecho y espalda, lo necesita.- Me dijo la mujer despidiéndose.

Yo le hice un gesto con la mano, la seguí un rato con la

mirada mientras ella se marchaba a atender a alguien en el otro extremo de la carpa. Después caminé entre las filas de camillas y fui hasta las taquillas, cada una contenía algún tipo de prenda, unas estaban llenas de botas, otras de pantalones y camisolas de camuflaje, camisetas de color verde, incluso ceñidores. Fui seleccionando prendas de mi talla, hasta tener un equipamiento completo delante de mí, no me podía creer que después de tantos años tuviera que volver a vestir un uniforme militar sin ser carnaval.

Con diecinueve años me alisté como militar profesional en un acto de rebeldía adolescente. Mi novia me había dejado por otro, y la relación con mis padres en aquella época era muy mala, así que sin pensármelo mucho fui a un centro de reclutamiento, y bueno, todo pasó muy rápido, casi sin darme cuenta, estaba en un tren de camino a Madrid, fueron dos años en los que me enseñaron lo que significaba ser un patriota, servir a España, disparar, hacer muchas guardias y sobre todo a obedecer a los mandos sin rechistar, fue como pasar dos años en el purgatorio, nunca me arrepentí de lo que viví allí, conservo muy buenos recuerdos en general, pero siempre me dije a mi mismo que jamás volvería a vestir un uniforme de soldado, si alguna vez en mi vida tenía que lamer culos de nuevo, nunca más lo haría por un sueldo tan bajo, pero está visto, que hoy por hoy, ya nada se puede dar por sentado.

Lentamente me vestí y una vez terminé me dirigí al exterior, quería ver a Alba, preguntarle como estaba. La pesadilla que había tenido solo un rato antes aun me torturaba, ¿me culparía realmente de la muerte de su hermano?

Aparté la lona con la mano y salí al exterior, los rallos

de sol del atardecer acariciaron suavemente mi rostro, el cielo estaba completamente despejado, si no fuera por los gemidos producidos por los no muertos que se escuchaban a una distancia insuficiente para mi gusto, nadie abría pensado que nos encontráramos en pleno Armagedón.

Estaba prácticamente en medio de la plaza de toros, giré sobre mi mismo haciendo una vuelta al ruedo con la mirada, aparte de la carpa donde yo había estado las últimas horas, había dos más, otra exacta a esta, pero también había una un poco más pequeña de color verde oscuro. Vi a varios militares, policías y guardias civiles caminando de aquí para allá, también a personal sanitario entrando y saliendo de las carpas de la cruz roja, decenas de civiles permanecían sentados o acostados en el graderío de la plaza, pero ni rastro de Alba.

Caminé en círculos buscándola, y penetré en uno de los túneles que llevaban al exterior de la plaza, una vez dentro un agradable olor a comida recién hecha llegó hasta mi nariz, mis papilas gustativas, generaron tanta saliva que casi me atraganto con ella. Recordé lo que me había dicho la amable enfermera, tenía que comer algo, y la verdad, sentía un apetito voraz.

Un poco desorientado busqué la procedencia de el agradable aroma de la comida cocinada, avancé por el túnel circular que discurre bajo las gradas hasta que después de un rato, vi a un grupo de gente que se arremolinaba alrededor de un pequeño puesto de comida, uno de los que se utilizaban para suministrar aperitivos y bebidas a los asistentes a los actos que se celebraban en la plaza en otros tiempos no muy lejanos, ahora estaba reconvertido en un puesto de

suministro de comida de emergencia. Tres mujeres vestidas con batas blancas atendían las peticiones de las hambrientas personas tras un pequeño mostrador, una de ellas llamó mi atención, ese pelo, esos ojos, eran inconfundibles para mí, una de esas tres mujeres era Alba, por fin la había encontrado.

Capítulo 13Me acerqué al grupo de gente que creaba una verdadera barrera entre ella y yo. Penetré entre la muchedumbre y poco a poco fui abriéndome paso hacia el mostrador. Muchos ponían mala cara cuando les apartaba sutilmente con la mano o el brazo, y algunos estuvieron a punto de llamarme la atención al pensar que intentaba colarme, pero al girarse y verme perfectamente uniformado no emitían ni una sola palabra por sus bocas, esa situación me hizo sonreír en más de una ocasión, pues estaba seguro que de no tener puesto el uniforme, habría sido muy posible que hubiera terminado peleándome con alguna de aquellas personas.

Por fin llegué al mostrador y conseguí colocarme justo delante de Alba. Ella parecía ausente, me recordó vagamente a un robot camarero, como los que te servían las copas en algunos bares de Japón, llenaba unos tazones de aluminio con sopa caliente y los dejaba cuidadosamente sobre una mesa en la que también había colocados ordenadamente otros alimentos. A cada persona, las demás mujeres le entregaban la ración de sopa, una pieza de fruta y una lata de conservas con el logotipo de la cruz roja.

Alba me miró de reojo y supongo que al ver los verdes colores de mis ropas cogió una ración de sopa y el resto de los alimentos que completaban el menú del día y me los dejó sobre la barra, pero ni se dio cuenta de que era yo.

-Gracias Alba…- Le dije. No sabía muy bien como debía comportarme, pues no me podía imaginar cómo reaccionaría ante mi presencia ahora que estaba ya fuera del estado de shock, sabía que prácticamente no nos conocíamos de nada, pero la sensación de que

estaba más unido a ella que a nadie en esos momentos no me abandonaba, supongo que el vivir con Alba el fin del mundo desde el minuto cero, había creado algún extraño vínculo en mí difícil de describir.

Alba, al escuchar su nombre dio un respingo e inmediatamente se giró, su mirada ascendió desde mi pecho hasta que nuestros ojos se encontraron. Cuando se dio cuenta de que era yo sus labios dibujaron una gran sonrisa hasta dejar al descubierto unos perfectos y blancos dientes. Su semblante cambió completamente hasta el punto de que me costó reconocerla, Era la primera vez que la veía sonreír de verdad, desde que nos habíamos conocido solo había podido verla pasando penurias y desgracias, eso me hizo preguntarme como sería realmente Alba antes de todo esto, el recordar que nos habíamos conocido en tan dramáticas circunstancias me apenó profundamente, pero aun así, el verla sonreírme de esa manera hizo que me sintiera como si me retiraran de encima mil kilos de peso, así que involuntariamente le devolví una sonrisa de oreja a oreja.

-¡Jaime! ¡Estás bien! ¡Estás consciente!- Dijo muy contenta. Después dejó rápidamente el recipiente de sopa caliente que sostenía en la mano y acto seguido informó a las otras dos mujeres de que se retiraba durante un rato. Alba me levantó una parte del mostrador que tenía unas bisagras y me invitó a pasar dentro, yo entré con la comida aun en las manos y la seguí hasta un cuartito al que se accedía por un pequeño marco sin puerta.

La estancia no medía más de cinco metros cuadrados, en su centro, una pequeña mesa de madera con tres sillas a su alrededor presidía el lugar, el cuarto estaba

escasamente iluminado gracias a una bombilla de baja potencia que colgaba del techo, supuse que se trataba del lugar de descanso para los dependientes del puesto de aperitivos y que hacía las veces de despensa. Un calendario del año anterior permanecía clavado con una chincheta a una de las paredes en la que varias estanterías vacías que había colgadas en ella, le proporcionaban al lugar un aspecto algo lúgubre. La sombría idea de que nadie sustituiría ese almanaque por uno actualizado y de que nadie llenaría esas repisas nunca más se me pasó por la cabeza.

Alba me dijo que dejara la comida en la mesa, cosa que hice enseguida, luego sin mediar una sola palabra me abrazó.

Permanecimos fundidos en ese abrazo silencioso durante un par de minutos en los que noté como su cuerpo temblaba entre mis brazos. En esos momentos ya no podía oler la comida, pues ella desprendía un aroma tan embriagador y penetrante que me cortaba la respiración. No sabía si era perfume, olor a desinfectante o simplemente su olor personal, pero ese aroma producía en mí un efecto anestésico y relajante difícil de describir.

-¿Cómo estás Alba?- Le pregunté.

Ella, sin soltarme se apartó un poco y mirándome a los ojos me contestó.

-Estoy bien Jaime, aunque he estado mejor, no te lo voy a negar. He pasado mucho miedo, creía que no lo contábamos cuando colisionamos en nuestro intento por llegar aquí, fue un verdadero infierno, después tú estabas inconsciente y no te despertabas. Al principio

no pensé demasiado en ello, porque Eduardo y los demás se ocuparon de mi, intentaron localizar a mis padres, aunque les fue totalmente imposible, después se tuvieron que marchar y me quedé completamente sola. Una enfermera que cuidaba de ti, Alicia, me hizo mucha compañía, incluso anoche dormimos juntas en sacos sobre las gradas, pero me he sentido muy sola. No sé explicarte porque, pero deseaba con todas mis fuerzas que despertaras.- Me respondió ella con voz algo entrecortada.

Durante unos segundos permanecí en silencio, esas palabras habían sonado como música en mis oídos, ahora estaba seguro de que ella no me guardaba ningún tipo de rencor y de que sentía el mismo tipo de vínculo que me unía a ella.

-Siento haberte dejado sola tantas horas, pero eso no va a pasar nunca más, no hasta que puedas reunirte con tus padres y tú hermana de nuevo, te lo prometo Alba,-

Ella al escuchar eso volvió a estrecharme fuertemente entre sus brazos y hundió su cabeza en mi pecho.

En ese momento tan agradable mis fuerzas fallaron, la vista se me nubló y perdí un poco el control sobre mi cuerpo, lo que me hizo tambalearme un poco. Alba enseguida notó que algo no marchaba bien y me ayudó a sentarme.

-¿Estás bien Jaime? ¡Jaime! ¡Contéstame!- Me ordenó ella muy preocupada mientras sujetaba mi cara entre sus frías manos.

Yo sacudí la cabeza intentando despejar las neblinas

que se estaban apoderando de mí y enseguida el aturdimiento comenzó a pasar.

-¡Sí! Tranquila… estoy bien… Creo que solo necesito comer algo, tengo el estómago vacío. La enfermera me dijo que tenía que alimentarme, solo es eso.- Le respondí.

Ella arrastró una silla y se sentó a mi lado, después colocó la sopa caliente y los demás alimentos frente a mí y me pidió que comiera.

-Tienes que comértelo todo, tienes que ponerte fuerte para poder cuidar de mí, pero hasta que eso pasé yo cuidaré de ti ¿Vale Jaime?- Me dijo mientras acariciaba mi cara, para pronunciar esas palabras empleó un tono de voz tan dulce que me llegó al alma.

No pude hacer otra cosa que sonreírle y asentir con la cabeza. En cuanto comencé a sorber la sopa noté como la temperatura subía en mi interior, cuanto más comía mejor me sentía. En un momento dado Alba y yo comenzamos a hablar, ella empezó a relatarme como había sido el accidente y como nos habían rescatado.

Por lo visto yo no me había dado cuenta antes de emprender el descenso de la cuesta de que al final y tras dos coches patrulla con las luces de policía encendidas nos aguardaba una gran barricada creada con los coches de los habitantes que habían llegado hasta el puesto armado en ellos.

El ejército los había ido amontonando unos encima de otros hasta crear el muro que contaba con varias filas de grosor, la hilera exterior se elevaba tres o cuatro coches de altura, la segunda uno menos y así

sucesivamente, con lo que los militares podían apostarse sobre los coches de la segunda fila y mantener a ralla a los zombis que descendían la larga pendiente cada vez en mayor número.

Para crear la barricada habían usado potentes brazos hidráulicos de grandes grúas. De hecho, todo el puesto armado de plaza de toros estaba aislado del exterior mediante ese mismo método de contención improvisado, se pudo crear antes de que el número de no muertos fuera tan elevado, razón por la que nuestra bajada estuvo despejada de vehículos atravesados en la carretera tal y como había sido antes de llegar a la avenida de Alcoy.

Mientras descendíamos a toda velocidad varios francotiradores, tanto policías como militares apostados en balcones de edificios situados detrás del muro nos habían abierto paso apoyados por varios puestos de ametralladoras *MG42,* gracias a ese fuego de cobertura que tumbó a casi todos los no muertos que se interponían entre nosotros y el puesto pudimos llegar tan cerca. En definitiva, había empotrado el 4x4 contra esa enorme muralla de chatarra a una velocidad enorme, lo cual casi nos manda al otro barrio a mí y a los demás ocupantes del Rav4, aunque por suerte eso no sucedió.

Varias unidades de rescate descendieron del muro para impedir que los zombis que quedaban en pie llegaran hasta el vehículo y nos devoraran vivos, después de asegurar la zona ataron el coche al brazo de una grúa y lo pasaron al otro lado de la muralla con nosotros aun dentro, una vez a salvo nos ayudaron a salir del coche, a mí se me llevaron en camilla completamente fuera de combate, los agentes habían resultado casi ilesos, por

lo que después de que se comprobara que estaban bien, les curaron los rasguños y les permitieron descansar unas horas, mas tarde, fueron mandados como refuerzo a la calle Rambla Méndez Núñez a asegurar la ruta de escape.

Alba durante la primera hora había permanecido en observación en una camilla que estaba junto a la mía, pero enseguida se verificó que no estaba infectada y se la permitió salir libremente al exterior, aunque ella se quedó casi todo el tiempo junto a mi esperando a que yo me despertara, luego, esa misma mañana, la enfermera Alicia, la había puesto a cargo de la comida para que se distrajera un poco.

Todo lo que me contaba parecía sacado de una película de acción, viéndolo desde la relativa seguridad que el muro de contención nos proporcionaba me pareció incluso emocionante, era como si yo realmente no hubiera estado presente durante esos acontecimientos.

-Están tan cerca que me da pánico solo el hecho de pensarlo.- Dijo Alba. Me dio la impresión de que su rostro palidecía un poco al pronunciar esas palabras.

-¿Qué quieres decir con eso? Aquí estamos seguros, al menos de momento, no te preocupes.- Le respondí.

-No lo entiendes Jaime, están al otro lado del muro, la barricada solo corta la mitad de esta plaza, por lo que tras ella, se agolpan cientos de esas cosas, se les puede mirar desde arriba perfectamente, mucha gente sube a observarlos, yo misma esta mañana quise asomarme a verlos, pero en el último momento no me atreví… esos sonidos que emiten me dan mucho miedo y me traen muy malos recuerdos… pero la verdad es

que me gustaría poder verlos a la luz del día y desde un lugar seguro como este, siento que necesito hacerlo.

¿Crees que podríamos ir a verlos cuando termines de comer? Contigo a mi lado estoy segura de que me atreveré a mirarlos.- Me preguntó ella.

Tuve la sensación de que necesitaba que yo también los viera, parecía que ella tenía la esperanza de que yo le pudiera dar algún tipo de explicación, Alba necesitaba verlos, y la verdad, es que yo también, no era morbo, es importante conocer al enemigo al que te enfrentas, así que a pesar de que nos movieran razones algo diferentes para pegar una ojeada al infierno en la tierra, asentí con la cabeza y me puse en pie.

-Si vamos a verlos, lo haremos ya, iremos ahora, antes de que comience a oscurecer.- Le dije.

Nuestros ojos se encontraron y no hubo más palabras entre nosotros. Alba se puso también en pie y me cogió de la mano, después salimos al exterior y avanzó por delante mía, pasamos entre la gente que seguía demandando los alimentos y casi al instante nos encontrábamos en el pasillo circular por el que una hora antes había llegado hasta el puesto de comida.

Mientras caminábamos de vez en cuando, Alba se giraba y me miraba a la cara, me dio la sensación de que a pesar de tenerme cogido de la mano, intentaba constatar que yo seguía detrás de ella, su rostro mantenía una expresión tensa, pero aunque su mirada era sombría no mostraba miedo, era algo diferente, más bien me transmitía angustia.

Subimos unas amplias escaleras que daban acceso al

graderío y una vez en el, ascendimos por una larga y estrecha escalinata hasta que llegamos a lo más alto de la plaza, ahí es donde se encuentran las dos alturas de las gradas a la sombra, una vez en ellas ascendimos a la segunda planta de estas y caminamos por su corredor interior que dibuja un enorme círculo el cual discurre por debajo del techado entejado. Pasamos junto a varias filas de enormes arcos de piedra que daban a la parte exterior del recinto taurino. No pude evitar mirar con el rabillo del ojo por ellos a la calle, la cual estaba prácticamente desierta, exceptuando los vehículos militares y los soldados que se encontraban repartidos en varios puntos de la plaza de España, no se podía ver a ningún civil transitando por ella.

Enseguida los agudos y desagradables sonidos que los no muertos emitían comenzaron a llegar a nuestros oídos. Noté como la mano de Alba se cerraba sobré la mía con mucha más fuerza.

De repente alba se detuvo frente a uno de los grandes arcos y se giró hacia mí.

-Hemos llegado, ellos están ahí abajo… aguardando…- Me indicó Alba.

En esos momentos el sonido que llegaba hasta nosotros era apabullante, incluso dudé por un momento de si mirar a fuera sería una buena idea, tenía la sensación de que después de que viéramos esa imagen jamás la podríamos borrar de nuestros recuerdos, pero aun así, la curiosidad era demasiado fuerte.

-Bueno Alba, lo aremos a la vez.- le dije, mientas ponía mi mano libre en su cintura y empujaba de ella en dirección al mirador. Alba al principio pareció frenarse,

pero solo fue un acto reflejo, pues enseguida caminó junto a mí sin oponer resistencia hasta que llegamos al borde del arco y enfocamos nuestra vista abajo.

Lo que ese lugar mostraba era un panorama por el que cualquier director de películas de terror abría matado por poder filmarlo. No eran cientos de no muertos, lo que se agolpaba tras el muro de contención eran decenas de miles de esas cosas, la tambaleante fila discurría por toda la avenida de Jijona y se perdía en la distancia como si el número de muertos vivientes fuera absolutamente infinito.

Alba no pronunciaba una sola palabra, solamente barría con su mirada la inmensa legión salida del mismísimo averno. Yo, en cambio, no podía dejar de pronunciar en voz baja maldiciones, tacos, palabras mal sonantes y nombrar a dios y a alguna virgen que otra, aunque poco después me quedé en completo silencio al igual que ella.

Lo cierto es que el bamboleo de aquella enorme masa era algo hipnótico que incluso te hacía perder la noción del tiempo, pero poco a poco mi mirada comenzó a seleccionar a algunos de ellos de manera individual y casi sin darme cuenta empecé a notar diferencias en el comportamiento de unos y otros, cosa que me llamó mucho la atención.

Algunos de ellos, principalmente los que más daños físicos mostraban, se movían de manera torpe y parecían atontados, era como si el control sobre sus funciones motrices estuviera altamente mermado, los que estaban junto al muro de contención chocaban

contra él, retrocedían un paso y de nuevo se volvían a golpear, su comportamiento dejaba de manifiesto que su mente no funcionaba con lucidez, además, era como si ignoraran a los demás zombis que tenían a su alrededor, para ellos solo existía ese muro que les impedía cruzar al otro lado, pero sin embargo, había entre ellos otros muy distintos, eran una minoría, pero las diferencias llamaban la atención una vez te fijabas en ellos, giraban el cuello y miraban en todas direcciones, como buscando algo, caminaban entre sus congéneres llegando incluso a empujarlos y tirarlos al suelo, a lo que los otros zombis, simplemente respondían poniéndose lentamente de nuevo en pie, ignorantes por completo de lo que les había pasado.

Estos zombis a los que comencé a llamar caminantes, se movían muy fluidamente, incluso daba la impresión de que en cualquier momento podían salir corriendo en alguna dirección o intentar trepar la barricada, aunque sospechosamente no lo hacían, lo que más les diferenciaba de a los que llamé podridos era su estado físico y su color de piel, mientras que los cochambrosos podridos estaban muy deteriorados y presentaban enormes y desagradables mutilaciones, la piel de estos tenía un color entre blanquecino y amoratado, tal y como la que presentaba el hermano de Alba cuando regresó de entre los muertos, pero los caminantes eran más parecidos a cabeza bola, su piel tenía un color mas amarillento y no presentaban apenas daños físicos que dejaran entrever la razón real por la que habían pasado a formar parte de aquella marea de no muertos.

-¿Por qué son tan diferentes…? No lo comprendo.- Pregunté en voz alta muy desconcertado.

Ella me miró y pude notar que no entendía a lo que me

refería.

-¿Qué quieres decir? No te entiendo Jaime, a mi me parecen todos iguales.- Me dijo ella muy extrañada, empleando un tono de voz tan bajo que casi me pareció un susurro, daba la impresión de que tenía miedo de que alguno la escuchara.

-No, no lo son ¡Mira a ese!, al que está junto a la palmera, el que tiene la camiseta roja. ¿No ves algo extraño en él?- Le pregunté mientras le indicaba con el dedo índice a un zombi que empujaba a todos los que se le acercaban y que miraba en todas direcciones con mirada furiosa.

Alba durante unos segundos lo observó en silencio, pero de repente dio un brinco y se escondió tras el muro.

-¿Qué pasa? ¿Qué has visto?- Le pregunté.

-Esa…esa… cosa ¡Me a mirado! Tienes razón son muy distintos.

Yo volví a asomarme y alba me siguió. Después juntos buscamos con la mirada al caminante de la camiseta roja, lo que decía Alba era cierto, el zombi aun continuaba observándonos y cuando nuestras miradas se encontraron con la de él los labios de este se replegaron dejando a la vista lo que me pareció una inmensa fila de dientes desproporcionadamente grandes, después tendió la mano en dirección a nosotros de manera desafiante mientras a su vez abría la boca, de la que cayó un chorro de oscura y viscosa sustancia que se deslizó lentamente por su barbilla hasta derramarse sobre su pecho y el suelo.

-¡Ya está bien! ¡Ya es suficiente…!- dije en voz alta al tiempo que apartaba a Alba de la dantesca imagen.

-¿Lo ves? Nos miraba a nosotros, nos ha señalado, es lo que tú decías, los hay diferentes ¿Qué significa eso? ¿Por qué los hay distintos?- Me preguntó Alba muy alterada.

-Alba, Alba, ¡Tranquilízate! No tengo ni la más remota idea, quizá murieron hace poco, o puede que sea porque ese virus o lo que sea esa cosa no actúa en todos por igual, algo así me comentó la enfermera, pero que existan variaciones entre unos y otros en el fondo no cambia nada, la situación sigue siendo la misma. ¿No te parece?- le dije sujetando su cara entre mis manos para que me mirara a mí y no al exterior. Después la cogí de la mano y esta vez fui yo quien la dirigió al interior de la plaza de toros.

Cuando comenzamos el descenso por la estrecha escalinata el sol ya comenzaba a esconderse. Alba algo más tranquila me dijo que tenía que regresar al puesto de comida ya que se había comprometido con Alicia la enfermera, pero que antes debía darme una cosa. Después me indicó que fuéramos a un lugar de las gradas donde un saco de dormir azul reposaba enrollado sobre el hormigón. Ella lo cogió y metió la mano en su interior, al sacarla pude ver que en su mano cerrada traía agarrado su bolso, el mismo que yo había bajado a recoger en el garaje, después ella introdujo los dedos y sacó mi teléfono móvil, el cual yo ya había dado por perdido.

-¡Toma! Te lo he estado guardando. Eduardo lo recuperó del interior de tu coche y me lo dio antes de

marcharse, me dijo que te lo diera cuando te despertaras, él lo apagó para que tuvieras batería cuando lo encendieras.- Me aclaró ella mientras me lo ponía en la mano.

-Muchas gracias por guardármelo, voy a ver si averiguo cual es el paradero de mis hermanos, por cierto, Alba… ¿Has intentado hablar con tus padres?- Le pregunté.

-Varias veces, pero sus teléfonos ya aparecen como apagados o fuera de cobertura… siendo optimista, imagino que no se los llevarían consigo, como tú me dijiste. ¡Bueno Jaime! Me marcho, tú quédate aquí y en un par de horas regresaré y hablamos, tenemos que pensar que es lo que vamos a hacer…-

Yo asentí con la cabeza, después Alba se dio media vuelta y se marchó dedicándome antes una amable sonrisa. Estuve mirándola todo el rato hasta que desapareció de mi campo visual. Después me senté sobre el mullido saco de dormir y coloqué el terminal entre mis dos manos.

-¿Dónde estarán mis hermanos?- Me dije a mi mismo mientras encendía mi teléfono móvil.

Capítulo 14El aparato se encendió y su pantalla se iluminó como un fogonazo rompiendo sobre mi cara la penumbra que reinaba en el interior de la plaza de toros.

Enseguida los mensajes comenzaron a llegar, algunos eran solo registros de llamadas perdidas de mis hermanos, pero los demás, eran mensajes de texto de mi hermano Toni, en ellos, y como habíamos acordado, me pasaba un informe de cuál era su posición y su situación.

12:30: *Hola Jaime, seguimos de camino al punto seguro, hay un gran atasco, la cola de coches es interminable, aunque ya se ven a lo lejos los muros del cuartel parece que podríamos tardar horas en llegar, Fran y yo hemos barajado la posibilidad de abandonar el coche en el arcén e ir a pie hasta allí, pero a Estefanía le da miedo bajar del vehículo. ¿Dónde estás?*

13:21: *¿Estás bien? Nosotros seguimos metidos en este interminable atasco, apenas hemos avanzado doscientos metros en todo este tiempo. Hace un rato que Fran se bajó del coche y se subió al techo, parece que hay un accidente más adelante, si en treinta minutos la situación sigue igual caminaremos hasta el punto seguro aunque tengamos que llevar a rastras a Estefa.*

13:35: *¡Joder Jaime! ¿Dónde coño estás metido?*

14:10: *Las cosas se han puesto muy feas, mucha gente nos adelanta corriendo, parece que escapan de algo, no sé lo que sucede al final de la cola, pero se escuchan disparos. Vamos a salir del coche y a continuar a pie.*

14:39: *Jaime espero que estés bien, Hemos perdido a Fran en la estampida de gente que corre hacia el cuartel, Estefanía sigue conmigo y está bien. Esas cosas vienen hacia aquí, los militares intentan contener su avance, pero son demasiados, vamos a seguir corriendo, nos queda muy poco para llegar, aunque por delante también hay problemas, se escuchan disparos por todas partes, pero vamos a intentarlo. Un abrazo de tus hermanos que te quieren.*

Una vez terminé de leer todos los mensajes me encontré apretando tan fuertemente el teléfono entre mis manos que incluso sentí como crujía el terminal entre mis dedos a punto de romperse en pedazos.

Rápidamente llamé a mi hermano Toni para poder explicarle que era lo que me había pasado y saber de ellos, pero su teléfono estaba apagado o sin cobertura, lo mismo sucedió con el de mis hermanos Fran y Estefanía.

Mis ojos se inundaron y dos lágrimas se deslizaron mejillas abajo. Sin duda ese último mensaje era una despedida, mi hermano Toni jamás me había dicho un te quiero, estaba claro que no tenía demasiadas esperanzas de conseguir llegar al cuartel.

La impotencia y la amargura se apoderaron de mi espíritu y una fantasmal imagen en la que mis hermanos ya formaban parte de una horda de zombis se instauró tan fuertemente en mi pensamiento que llegó a nublar por completo todos mis sentidos.

-No, no, no, ¡Noooooo!- Grité tan fuerte, que muchas de las personas que estaban sentadas en las gradas del

recinto se giraron sobresaltadas y me miraron con expresión de espanto.

A todas esas caras tan diferentes que me observaban en silencio, las unía algo, algo que las hacía a pesar de ser tan dispares a asemejarse las unas a las otras como si todas formaran parte de una misma familia. Lo que las hacía tan parecidas era que todas ellas reflejaban el terror y que sus ojos mostraban tristeza y angustia, tristeza por todos los seres queridos a los que habían perdido y angustia por la sensación de impotencia que este nuevo mundo generaba en todas y cada una de las personas que aun quedaban vivas, entonces entendí que yo era uno más de aquella gran familia, que a toda esa gente solo le quedaba una cosa por la que luchar, solo podían pelear por sus propias vidas y comprendí que yo no era diferente, ya no me quedaba nada, solo mi propia existencia, era el momento de ser fuerte y de no dejarse vencer por el desánimo, quizá mis hermanos estuvieran vivos o quizá muertos, pero eso no cambiaba la realidad, el hecho de que ya no podíamos hacer nada los unos por los otros era una realidad omnipresente y cuando conseguí asimilar eso me puse en pie lentamente y encaminé mis pasos escalinatas arriba en dirección al gran arco desde el que minutos antes Alba y yo habíamos contemplado a la marea de zombis. Tenía que verlos nuevamente, tenía que contemplar una vez más al enemigo, ver el mundo que me aguardaba tras los altos muros y que era lo que me esperaba de no luchar, de dejar que la amargura se apoderara de mí por completo.

Como un autómata realicé nuevamente el ascenso y en un santiamén me encontré nuevamente a tres pasos del mirador. A pesar de que Alba me había dicho que algunas personas subían a mirar a los no muertos, esta

vez tampoco había nadie observando, estaba completamente solo, pero no tenía miedo.

Avancé y me asomé a la calle. Ahora ya era casi de noche, pero la luz solar había dejado paso al anaranjado alumbrado público, lo que le daba a la marea un aspecto subrrealista y extremadamente siniestro. Los no muertos continuaban en el mismo lugar donde los habíamos dejado, los podridos más adelantados seguían chocándose monótonamente una y otra vez contra la descomunal barricada de vehículos y los caminantes seguían moviéndose entre sus congéneres con su incansable ir y venir. Me dio la impresión de que con la oscuridad que brinda la noche los movimientos de aquellos seres se habían acelerado considerablemente.

Barrí con la mirada la interminable serpiente formada por cabezas tambaleantes que se perdía en la distancia, sentía la extraña sensación de que tenía que encontrar algo entre toda esa inmundicia, aunque no sabía exactamente el qué.

Ese era el enemigo, eran los enemigos, a los que tendría que sobrevivir quizá por el resto de mi vida, y tenía que comprender, algo se me escapaba, algo se le escapaba a todo el mundo.

-¿Cómo es posible que esta basura andante esté derrotando ejércitos bien armados? ¿Qué estamos haciendo mal…? – Me pregunté en voz alta mientras seguía expectante con mis ojos en hipnótico bamboleo de las miles de cabezas que lo abarrotaban todo, hasta que de golpe me topé con una que llamó mi atención, estaba estática, inmóvil.

Agudicé la vista para inspeccionar lo mejor posible al individuo de larga melena negra que estaba de pie apoyado en la fachada del colegio *Las Franciscanas*, edificio que está frente a la plaza de toros, justo en el otro extremo de la calle. Ese ser permaneció inmóvil durante un largo rato, noté algo muy extraño durante el tiempo en el que lo estuve observando con atención, los demás engendros dibujaban una línea imaginaria entorno a él, respetando de esta manera al ser que en ningún momento era tocado o empujado por ningún otro.

En un momento dado el extraño individuo al que no podía atribuirle género, comenzó a caminar de una extraña y antinatural manera, sus brazos caían hacia adelante y su cabeza se mantenía echada hacia atrás en una postura imposible, sus piernas permanecían semiflexionadas y su espalda describía una curva grotesca que le encorvaba hacia adelante, todo esto le hacía diferenciarse enormemente de los demás seres que le rodeaban, además de que su paso a pesar de ser raro era desconcertantemente firme y suelto.

El engendro caminó en dirección al muro de chatarra y a su paso los podridos se apartaban dejando un pasillo por el que él podía caminar libremente. Una vez llegó a la barricada miró a su alrededor como verificando que nadie le observaba, después levantó una de sus manos y palpó con ella la puerta de uno de los vehículos que conformaban la barricada.

Un escalofrío recorrió mi nuca al tener la sensación de que estaba viendo algo que se le había pasado por alto a los demás, lo que me hizo apartarme a la izquierda y ocultarme por si ese ser me descubría observándole. Poco a poco asomé la cabeza por el arco y busqué

nuevamente al extraño individuo, que ahora tenía puestas las dos manos en el vehículo y parecía que estaba empujando, comprobando la firmeza del muro.

Los soldados que custodiaban la barricada no sedaban cuenta en absoluto de que uno de los seres parecía estar comprobando la solidez de nuestras defensas, pero yo sí, yo le había descubierto.

-¿Qué coño estás tramando desgraciado?- Susurré mientras le observaba regresar sobre sus pasos y alejarse de la barricada, justo en ese momento la luz de una de las farolas alumbró su rostro y lo que vi me obligó a poner la mano en mi boca para ahogar un grito de terror. Su piel era de un color oscuro, entre azulado y morado difícil de describir, su ceño fruncido estaba desprovisto de pelo y sus ojos eran dos enormes y brillantes esferas completamente negras como la noche, su mirada irradiaba un odio antinatural, en el interior de su extraña boca sin labios que permanecía entreabierta se dejaban ver unos enormes dientes de forma puntiaguda que me recordaron a los de un escualo, su perfil estaba casi desprovisto de nariz y en su lugar dos grandes oquedades la habían sustituido. Mi desconcierto era tal que cuando se adentró en la marea de no muertos y le perdí de vista, aun permanecí petrificado durante varios minutos presa del espanto y el asombro.

-¿Pero qué cojones es esa cosa? Tengo que informar a alguien de lo que he visto- Me dije a mí mismo.

La sensación de que toda la gente que se refugiaba en el puesto armado estaba en peligro era tan intensa que

me empujaba a dar la voz de alarma, pero no sabía exactamente a quien tenía que contarle esa información.

Giré sobre mí mismo y salí corriendo en dirección a las largas escalinatas que bajé a toda prisa, cuando llegué al final de estas di un salto sobre el burladero y entré en el ruedo. Una vez estuve dentro, un rápido vistazo me bastó para localizar a un grupo de tres oficiales militares que hablaban junto a la gran carpa verde oliva.

Sin dudarlo un segundo corrí atravesando la plaza hasta estar enfrente de ellos en donde me detuve jadeante.

Los Oficiales se giraron y me observaron en silencio mientras yo recuperaba el aliento. Uno de ellos, un hombre de unos cincuenta y cinco años, con inmaculada barba blanca y que lucía en su pecho el rango de coronel, coronel Martínez, se dirigió a mí con voz profunda y tranquila.

-Respira, tranquilo muchacho. ¿Qué te ocurre soldado? ¿Qué es lo que pasa?- Me preguntó.

-¿Soldado yo? No, no. Soy civil, me dieron este uniforme en el puesto médico por que tuvieron que destruir mi ropa cuando llegué aquí.- Me apresuré a aclararle.

Otro de los oficiales, un chico de unos treinta y dos años, el alférez Ortiz, expresó su disconformidad con el asunto de que estuvieran entregando vestuario militar a los civiles por que causaba confusión, pero enseguida el coronel levantó su mano a la altura de la boca del

alférez a lo cual este enmudeció en el acto.

-Está bien, no es usted un soldado, pero parece que tienes algo urgente que contarnos, ¿no es así señor…?- Me preguntó el general pausadamente mientras sonreía fugazmente.

-¡Jaime! Me llamo Jaime Escudero, y si, coronel ¡Tengo que avisarles de una cosa que he observado! Algo muy raro pasa con esas cosas, he visto que hay diferencias significativas entre ellas, no todos son iguales…-

El tercer individuo rompió en carcajadas y se dirigió a mí.

-¡Claro que no son iguales! Unos son mujeres, otros hombres, unos son chinos, otros blancos y otros son jodidos gitanos… ¿eso es lo que tienes que decirnos?-

Yo miré al desagradable individuo con mirada desafiante, era un tipo grueso, de unos cincuenta años, era el que menor estatura tenía de los tres, apenas medía un metro sesenta y cinco, en su rechoncha cara una negra barba de tres días se desparramaba por su protuberante papada hasta perderse en el interior del uniforme. Observé su pecho y vi que era el capitán Velázquez, después me dirigí a él un poco enojado por haber intentado hacerme quedar como si fuera un estúpido delante de los otros dos militares.

-¿Qué narices está diciendo? No me refiero a esa estupidez, capitán. Quiero decir que he notado que hay de varios tipos en lo que a comportamiento se refiere, pero dejando eso a aparte, he visto como uno de ellos inspeccionaba la barricada, los demás zombis le dejaban pasar, además era muy diferente, más que un

no muerto parecía otra cosa, aunque no sabría decir el qué exactamente… ¡y parece que trama algo…!- dije empleando un tono de voz tan convincente que el capitán arqueó las cejas sorprendido.

Los tres oficiales al escuchar mi relato se miraron los unos a los otros con cara de sorpresa y permanecieron en silencio durante unos instantes.

-¿Dónde y cuándo has visto eso? ¿Cómo era ese ser del que nos hablas?- Me preguntó por fin el coronel con un tono de voz un tanto más aguda que antes y con cara de preocupación.

-Hace solo un momento, ahí mismo, en el mirador que da a la barricada. Era extraño, andaba encorvado y sus ojos eran grandes y negros, sus dientes puntiagudos, estaba lejos y había poca luz, pero sé lo que he visto, ¡¡inspeccionaba la solidez del muro…! - Le respondí muy alterado.

El coronel al escuchar eso se giró y miró a los otros oficiales que inmediatamente entraron a toda prisa en la carpa por uno de los laterales, después se dirigió a mí nuevamente.

-Le voy a contar una cosa, pero tiene que quedar entre usted y yo… ¿Lo ha entendido?- Me preguntó mirándome con los ojos entre abiertos y con cara muy seria, yo asentí con la cabeza.

-Esta mañana nos ha llegado un mensaje de un convoy militar que iba de camino al cuartel de Rabasa con armas y refuerzos, sufrieron una emboscada, o así al menos lo explicaron antes de que se cortara la transmisión, el que nos informaran de que les habían

cortado el paso usando vehículos, es decir, que esas cosas demostraran algo de inteligencia, ya nos había parecido curioso, pero lo que más nos ha sorprendido de su historia es que usted ha descrito casi exactamente a una de las criaturas que lideró el ataque al convoy… no puede ser una coincidencia.- Me aclaró el coronel.

Yo permanecí unos segundos sumido en un desconcertante silencio, bajé la mirada al suelo intentando asimilar esa información, como buscando en la arena alguna respuesta a todo aquello sin encontrarla, después miré a los ojos al oficial y le pregunté.

-¿Y qué quiere decir esto? ¿Qué van a hacer?-

Él me miró durante un instante y después me puso una mano en el hombro y me respondió.

-Quiere decir que a lo mejor estamos más jodidos aun de lo que parece y que esas cosas quizá no sean los seres estúpidos que creemos que son, también quiere decir que es muy posible que no estemos seguros tras esa barricada, así que vamos a reforzar la guardia y a acelerar todo lo posible el traslado al punto seguro de los civiles heridos que aún quedan aquí. Le aconsejo que si no tiene a ningún familiar ingresado se marche lo antes posible al punto seguro mientras la ruta esté garantizada. -

Yo me giré y miré las gradas donde cientos de personas se preparaban para pasar la noche envueltas en mantas o sacos de dormir, después sin apartar la vista de ellas le pregunté al coronel sobre el cuartel de Rabasa donde era posible que estuvieran mis hermanos

y le expliqué lo de los mensajes de Toni y que me era imposible hablar con ellos.

Él me relató que el atasco desgraciadamente se había convertido en una verdadera carnicería y que se había perdido a mucho personal militar y policial al querer contener a la legión de zombis que se abalanzaba sobre los civiles que intentaban llegar en sus vehículos al punto seguro. Miles de personas murieron devoradas en el interior de sus coches bajo la impotente mirada de las tropas a las que les era imposible frenar el avance de la horda. Luego me informó de que el punto seguro seguía sano y salvo y de que una vez que se recuperara el control del aeropuerto del Altet, se comenzaría a evacuar en helicópteros a los supervivientes que se encontraban en el cuartel y les llevarían en avión seguramente a las Islas Canarias, zona totalmente libre de la amenaza.

-Bueno, supongo que soy el único que queda vivo de mi familia…- Le comenté muy apesadumbrado.

El coronel me miró y sonrió, después me dio una palmada en el hombro.

-No dé aun a su familia por perdida… Si están a salvo en el punto seguro de Rabasa nunca podrá hablar con ellos por teléfono móvil…- Me dijo sonriéndome.

-¿Cómo? ¿Qué quiere decir con eso?- Le pregunté desconcertado.

El coronel me dio una nueva palmada en el hombro y después se dio la vuelta encaminándose tranquilamente al interior de la carpa.

-Sencillamente porque en los cuarteles hay inhibidores de frecuencia para evitar atentados terroristas, en una base militar no funcionan los teléfonos móviles Jaime…- Terminó de explicarme antes de perderse tras la lona.

Yo al escuchar esto recuperé un poco la esperanza, aunque me sentí como un verdadero gilipollas al no haber caído yo mismo en ese punto, recordé que en el cuartel donde yo serví ni siquiera podía cerrar las puertas de mi coche con el mando a distancia debido a esta tecnología. Aun era posible que mis hermanos estuvieran sanos y salvos, al igual que los padres de Alba, solo que era totalmente imposible contactar con ellos telefónicamente, quizá pronto nos reencontraríamos todos en alguna isla y pudiéramos abrazarnos de nuevo, aunque también era posible que no quedara vivo ninguno de ellos. Si es una cosa o la otra, solo el tiempo lo dirá.

Capítulo 15Una vez me quedé nuevamente solo, comencé a deambular de un lugar a otro por el interior de la plaza ensimismado en mis propios pensamientos y sin tener un rumbo fijo a el que encaminar mis pasos. Pasé varias veces por delante de las carpas de la cruz roja donde el personal sanitario seguía con su incansable tarea de cuidar a los heridos, di una vuelta al recinto observando detenidamente a toda la gente que había en las gradas, muchos ya intentaban conciliar el sueño, otros en cambio habían formado pequeños grupos y charlaban entre ellos de manera tranquila.

Poco a poco los minutos pasaron sin que yo me diera demasiada cuenta de ello, en un momento dado un numeroso grupo de soldados que caminaban en fila de a dos irrumpieron en el recinto y se dirigieron a la carpa de los militares. Una vez llegaron frente a ella se detuvieron y a la orden del que dirigía la marcha rompieron la fila y realizaron una formación de a cinco por diez, en total eran cincuenta hombres los que permanecían firmes frente a la carpa. Una vez hecho esto el hombre que había dado la orden entró en el habitáculo verde oliva y tras unos minutos en los que yo permanecí expectante regresó acompañado del coronel Martínez, el cual habló durante unos minutos con aquel individuo, después este saludó militarmente al coronel el cual le devolvió el saludo sin hacer mucha reverencia, seguidamente Martínez regresó al interior de la carpa.

El militar desconocido permaneció durante un rato estático, me dio la sensación de que estaba intentando asimilar algo sin mucho éxito, después zarandeó la cabeza como intentando despejar algunos oscuros pensamientos de ella y mandó a las tropas formar de

nuevo en fila de a dos, a lo que los soldados obedecieron inmediatamente, una vez concluyeron el individuo ordenó media vuelta y de frente ¡ar!, y la fila se puso en marcha en dirección al exterior.

Vi salir a los jóvenes soldados mientras me preguntaba cuales serían las órdenes concretas que abrían recibido por parte de Martínez, aunque estaba casi seguro de que la conversación que minutos atrás yo había mantenido con los tres oficiales tenía algo que ver con todo aquello, se me pasó por la cabeza la idea de que debía de tratarse de los refuerzos de los que me había hablado el coronel, y la verdad es que el saber que cincuenta hombres más velarían por nuestra seguridad durante toda la noche me tranquilizaba un poco. Me sentí realmente bien por haber contribuido a que toda la gente que allí se refugiaba estuviera más segura, aunque fuera solamente durante algunas horas.

Regresé al lugar de la grada donde reposaba el saco de dormir, lo cogí y lo extendí sobre el frío hormigón y después me tumbé sobre él para poder descansar un poco. La ceja me había empezado a doler y un calor intenso me recorría toda la zona del ojo produciéndome una desagradable sensación. Intentando no pensar en ello me esforcé por centrar mi atención en los girones de nubes que pasaban surcando el cielo a baja altura sobre mí, se veían de un color anaranjado debido al reflejo de las luces de la ciudad y así, viéndolas pasar mis párpados comenzaron a hacerse pesados y poco a poco fui cerrando los ojos y dejándome arrastrar plácidamente al mundo onírico.

Una suave caricia en mi mejilla hecha por una delicada y fresca mano me hizo salir del sueño ligero en el que había entrado, con un poco de esfuerzo abrí los ojos y

miré hacia el cielo en el que ya no veía nubes, sino el rostro de Alba que me miraba desde lo alto obsequiándome una preciosa sonrisa a la cual yo no pude evitar responder con otra a pesar de estar aun medio dormido.

-Hola Jaime… ¿Ya estabas durmiendo?- me preguntó Alba empleando un tono de voz tan melodioso que en mis oídos sonó como una dulce musiquilla.

Yo carraspeé un poco y tragué saliva preparándome para responderle mientras intentaba incorporarme pero no pude, Alba me sujetó del hombro y empujó sobre mí hasta hacerme tumbarme de nuevo, seguidamente me hizo un gesto gracioso con la mano para que me apartara y le dejara un sitio, Yo un poco desconcertado reculé hasta que mi espalda topó con el escalón de la fila superior de las gradas y una vez estuve de lado y habiendo dejado suficiente espacio para que Alba cupiera ella se tumbó a mi lado dándome la espalda. Su cuerpo hizo contacto con el mío en varios puntos en los cuales pude sentir el calor que ella irradiaba, una sensación muy masculina se apoderó de varios de mis sentidos y noté como los latidos de mi corazón se aceleraban súbitamente hasta tal punto que se me pasó por la cabeza que si ella afinaba un poco el oído podría llegar a escucharlos. Intenté inmediatamente apartar de mí esa sensación que en esas circunstancias se me hacía enormemente incómoda, así que carraspeé nuevamente y le respondí a su pregunta, un poco a destiempo y empleando un tono de voz muy chillona al principio que me costó modular hasta conseguir que sonara natural.

-Pues la verdad es que sí… Creo que mi cuerpo no podía más y se ha desconectado él solo. Quería

esperarte despierto pero se me cerraron los ojos…-

Alba no dijo nada, solamente dejó escapar un sonidito con el que me pareció que quería expresar una afirmación. Supuse que debía de estar muy cansada, después de todo lo que había pasado aun había tenido fuerzas y ganas de ayudar en el puesto de comida, y seguramente que la noche anterior no abría pegado ojo, ella sí que debía de tener sus fuerzas al límite, la verdad es que en aquellos momentos mirándola recostada junto a mí, no pude sentir otra cosa que no fuera admiración por ella. Alba era fuerte, mucho más de lo que ella misma creía y estaba seguro de que tarde o temprano ella misma sería consciente de su propia fuerza interior.

Recordé que antes de tumbarme había visto una gruesa manta marrón justo en la grada que teníamos sobre nosotros, me incorporé un poco y estiré mi brazo hasta que estuvo a la altura de esta y palpé con la palma de mi mano la lisa superficie hasta que mis dedos dieron con ella, la agarré y tiré hasta que de repente la pesada manta cayó sobre nuestros cuerpos, con sumo cuidado fui extendiéndola hasta que nos cubrió por completo y después me acurruqué junto a ella nuevamente y cerré los ojos intentando no pensar en nada y volver a dormirme.

Noté como Alba giraba bajo la manta y sus ojos se encontraron con los míos que aunque parecían cerrados dejaban una pequeña rendija por la que aun podía observarla.

-¿Y tú...? ¿Cómo te encuentras?- Me preguntó pausadamente.

Yo titubeé un poco antes de abrir los ojos del todo, podía sentir el embriagador calor de la respiración de ella acariciando mi rostro y esa incómoda sensación que aun no había desaparecido por completo comenzó a hacerse nuevamente fuerte, se apoderaba por momentos de mi estómago haciendo cientos de nudos en mis tripas, así que abrí los ojos que rápidamente se vieron enfrentados a los suyos y hablé, hablé con la esperanza de que una conversación alejara de mí aquellas sensaciones tan inapropiadas.

-Estoy bien… Me duele un poco la ceja, pero bien… ¿Y tú…? ¿Cómo estás?- Le pregunté.

Ella no respondió enseguida, en vez de eso respiró profundamente por la nariz y después liberó el aire de sus pulmones por sus labios entre abiertos lo que produjo un leve siseo. Una vez exhaló todo el aire contenido e inhalo nuevamente aire fresco respondió a mi pregunta.

-Bueno… la verdad es que estoy muy cansada y además no puedo dejar de pensar en mis padres y mi hermana… también en mi hermano… No sé qué va a ser de mí…de nosotros…- Respondió ella.

Sus enormes ojos verdes comenzaron a volverse muy brillantes humedecidos por lágrimas, pero ninguna consiguió derramarse de ellos y rodar por sus mejillas, fue como si la cantidad de salado líquido a derramar comenzara a escasear y ya le fuera difícil generar más en ellos, entonces recordé mi conversación con el coronel Martínez, los inhibidores de frecuencia, el atasco, los aviones a Canarias, el extraño caminante, y todo regresó a mi mente como una explosión, el breve sueño había conseguido que me olvidara todo lo que

había descubierto hacía tan poco tiempo y entonces tuve la imperante necesidad de contárselo todo.

-Alba… Es muy posible que tus padres y tu hermana estén bien, al igual que mis hermanos, pero es imposible que podamos hablar con ellos o al menos a corto plazo.-

Los ojos de Alba se abrieron como platos y me pidió que le explicara por qué decía eso tan convencido, entonces durante un largo rato le relaté todo, mi conversación con Martínez, el por qué de no poder hablar con la gente que estuviera en Rabasa, incluso el atasco en la carretera y los mensajes de mis hermanos, solamente omití mi encuentro con el extraño ser, para no empañar las buenas noticias. Ella escucho toda la historia muy atenta hasta que yo concluí.

-¿Entonces…? ¿Nos llevarán a las islas Canarias también a nosotros? Me preguntó ella notablemente reconfortada.

-Pues la verdad eso no lo sé, nosotros mañana iremos al punto seguro del puerto, de ese lugar Martínez no me ha dicho nada, pero es muy posible que se nos evacúe también a alguna isla, quizá a Ibiza si es factible o quizá a la misma que a nuestras familias, pero lo realmente importante es que estaremos bien, verás cómo vamos a salir de esta, Alba.-

Ella no respondió, solo me dedicó una fugaz sonrisa, después noté como una de sus manos se deslizaba bajo la manta, sus dedos se posaron sobre mi hombro y después bajaron acariciando mi brazo hasta llegar a mi muñeca y milésimas de segundo después a mi mano donde se cerraron sobre ella, seguidamente tiró y la

acercó a su pecho y una vez la tuvo ahí suspiró y cerró lentamente sus ojos.

-Eso espero… Jaime…Eso espero…- Respondió ella bajando el tono de su voz en cada sílaba hasta que la última de ellas se hizo casi inaudible.

Ahora descansa preciosa, pensé, y me acomodé junto a ella. Durante un buen rato permanecí observándola en silencio, mirando detenidamente los contornos de su rostro, los poros de su piel, el color rosado de sus labios y no pude encontrar nada en ella que no me pareciera hermoso, y así permanecí, deleitándome con sus preciosos rasgos hasta que la somnolencia reapareció y yo también me sumí nuevamente en un profundo y reparador sueño.

Capítulo 16El sol aun no había regresado cuando los primeros disparos resonaron en la distancia, de golpe me incorporé destapando a Alba que aun permanecía dormida. Aun un poco atontado miré a mi alrededor donde la mayoría de la gente continuaba durmiendo, pero pude ver que algunas personas ya estaban de pie mirando en todas direcciones desconcertadas por lo que inmediatamente supe que no eran imaginaciones mías, enseguida los disparos resonaron nuevamente confirmándome que eran reales, al principio eran ráfagas cortas, que poco a poco ganaban cadencia, enseguida mis ojos buscaron la carpa verde oliva donde divisé mucho movimiento de militares, algo estaba pasando y no podía ser nada bueno.

Suavemente desperté a alba zarandeándola un poco, ella se desperezó lentamente ignorante de que algo estaba ocurriendo.

-Alba despierta, está pasando algo, ¡Despieertaaa!- Le ordené algo alterado.

Ella mientras profería un enorme bostezo me miró frunciendo el ceño algo confundida.

-¿Qué te pasa Jaime? ¿Qué ocurre?- Me preguntó ella.

-Algo va mal, algo va muy, pero que muy mal, escucha…- Le aclaré mientras señalaba con mi dedo índice mi oreja derecha.

Alba enseguida escuchó también los disparos que ya habían ganado mucho en intensidad y en frecuencia. Inmediatamente se incorporó como si un resorte hubiera saltado dentro de su columna vertebral, miraba con ojos desorbitados en todas direcciones sin saber

que hacer o que decir.

En esos instantes ya casi todo el mundo confinado en la plaza de toros se comportaba de una manera muy similar a la de Alba. Lo que empezó siendo un murmullo fue subiendo de decibelios hasta convertirse en gritos de desesperación, todo el mundo estaba aterrorizado y cuando la gente se acojona suceden cosas malas.

"El individuo es inteligente, pero la masa es sumamente estúpida."

Una frase que escuché decir a mi padre en más de una ocasión y que ahora estaba seguro que de quedarnos mucho tiempo en ese lugar la podríamos ver materializada en todo su esplendor.

-Alba, ¡Vamos! Tenemos que ver qué es lo que está pasando fuera.- Le dije mientras la cogía de la mano y tiraba de ella para ponerla en pie.

Ella me miró aun confundida, pero obedeció al instante. Mientras corríamos escaleras arriba en dirección al mirador varias explosiones se escucharon lejanas, pero sumamente cercanas para mi gusto. Poco tiempo después nos asomábamos juntos al mirador con la esperanza de descubrir a qué se le estaba disparando, pero nada parecía ir mal en la barricada. Los no muertos no habían conseguido superarla y los soldados seguían custodiándola, aunque ya no miraban en dirección a los zombis, si no justo al contrario, su atención ahora estaba fijada en la procedencia de los disparos, parecían estar muy confusos y alterados. En un momento dado un camión militar con su parte trasera cubierta por una lona verde llegó a toda

velocidad deteniéndose a escasos metros de la barricada que teníamos debajo y varios grupos de militares subieron en él a toda prisa, después el vehículo reanudó su marcha en dirección a la calle Rambla Méndez Núñez. Sin duda el camino al punto seguro estaba sufriendo algún tipo de ataque y mandaban refuerzos para intentar controlar la situación.

-¿Y qué puñetas está pasando ahora? ¿Esos disparos no vienen de la ruta asegurada?-Me preguntó Alba agarrándome fuerte del brazo y dándole algunos tirones como para obligarme a responderle.

-Creo que sí, parece que hay problemas en la vía de escape al punto seguro, algo debe estar pasando, es posible que tengamos problemas para llegar hasta él… ¡Joder! Tendríamos que habernos ido ayer como me dijo el coronel… ¿Por qué cojones no le hice caso?- Respondí mientras apretaba fuertemente mis puños contra la repisa del mirador.

En ese momento de frustración un sonido lejano se mezcló con el de los disparos, pero algo llamó mi atención pues venía del lado contrario al de estos, en un principio era como un débil rugido lejano, pero poco a poco fue ganando fuerza, desconcertado saqué la cabeza por el gran arco y miré a la derecha, Alba que también lo escuchaba hizo lo mismo, seguimos el serpenteante río de cabezas muertas y lo que vimos en la distancia nos heló la sangre.

Una enorme máquina de obra de color amarillo y provista de una gigantesca pala frontal bajaba a una considerable velocidad por la avenida de Jijona en dirección a la barricada, pero no solo era la posibilidad de que pudiera reventar el muro que nos separaba de la ingente cantidad de zombis que aguardaban tras él lo que me perturbaba, sino también el hecho de que a su paso la inmensa mayoría de seres se apartaban dejándole vía libre para que pasara, aun así algunos eran aplastados bajo las enormes ruedas, pero el hecho de que le cedieran paso trajo a mi mente al repugnante ser que había visto horas antes palpando con sus asquerosas manos nuestras defensas.

Inmediatamente los soldados que custodiaban la barrera y que se habían percatado abrieron fuego contra el vehículo de enormes proporciones en el que comenzaron a saltar chispas cuando las balas impactaron en su pala de acero, era imposible que pudieran detenerlo con simples fusiles de asalto y menos con la considerable distancia que aun les separaba.

Varios soldados llamaban por sus emisoras seguramente dando aviso de lo que se les venía encima y menos de un minuto después un todo terreno descapotable de color verde oscuro irrumpía a toda velocidad en la plaza de España cargado de soldados, vi como en la espalda de dos de ellos colgaban lanza cohetes que me parecieron del modelo *alcotán 100* o de alguno similar, conocía perfectamente ese tipo de lanzacohetes equipados con sistema de telemetría láser y sabía que si hacían blanco sobre la frontal con un cohete anti carro reducirían a chatarra a esa máquina. Tuve la sensación de estar viendo en primera fila el rodaje de una película bélica en la que todo sucedía a cámara lenta, pero en la que sabía perfectamente que si los buenos erraban el disparo las consecuencias no quedarían tras la pantalla una vez concluyera el film.

Alba continuaba agarrada a mi brazo y seguía en silencio el curso de los acontecimientos, yo no perdía de vista a los dos soldados equipados con las enormes armas cargadas de esperanza que ya se encaramaban a la barricada con la intención de detener a la infernal máquina que ya estaba a menos de medio quilómetro de distancia.

Lo hicieron a la vez, se posicionaron a dos metros el uno del otro y apuntaron, y cuando los primeros rayos de luz solar asomaban por el horizonte abrieron fuego casi al unísono, un espeluznante silbido resonó en el aire aplastando por completo cualquier ruido que pudiera llegar de otro lugar, los proyectiles salieron de sus tubos dejando una estela sobre las cabezas de los no muertos y se dirigieron a toda velocidad en dirección a la frontal, el primero impactó justo en el centro de la pala haciéndola bolar por los aires envuelta en una fuertísima explosión que esparció metal y fuego en todas direcciones, las ruedas delanteras del pesado vehículo se elevaron un par de metros en el aire, como un caballo asustado levanta sus patas delanteras antes de emprender una desbocada carrera, pero en el caso de la frontal no fue así, no reanudó la marcha, el segundo cohete impactó milésimas de segundo después en sus bajos ahora enfrentados a la trayectoria del proyectil, y esta vez la explosión fue de órdago, la máquina al recibir el segundo impacto estalló en mil pedazos envuelta en una deflagración infernal, los zombis que en aquellos momentos la rodeaban quedaron reducidos a míseros despojos humanos churrascados y los que se encontraban un poco más alejados salieron despedidos varios metros por los aires yendo a estamparse contra lo primero que se encontraron a su paso.

Los militares gritaron celebrando su victoria, varios se abrazaron y algunos levantaron sus puños al cielo, los dos soldados que habían disparado contra la frontal chocaron sus manos, incluso yo di un suspiro de alivio al ver qué el riesgo de que la barricada se viniera abajo había pasado, así que lo que vino a continuación me cogió totalmente por sorpresa al igual que a todos los soldados que celebraban la efímera victoria.

Unos metros más allá, en el muro de chatarra que cerraba la avenida de Alcoy los soldados disparaban incesantes ráfagas de proyectiles a diestro y siniestro, era la barricada contra la que yo había estampado mi querido Rav4, una vez más el peligro se cernía sobre nosotros y no podíamos hacer nada por evitarlo. Las celebraciones cesaron inmediatamente y los soldados comenzaron a descender de sus posiciones y a correr a toda velocidad en dirección a la otra barricada, pero todo fue inútil, no hubo tiempo de que los fantásticos *alcotán 100* obraran su magia nuevamente, segundos después un poderoso estruendo llegaba hasta nosotros, el cual no presagiaba nada bueno, un enorme camión tráiler de color blanco nieve aparecía ante nuestros ojos e iba a volcar aparatosamente muy cerca de la Plaza de España. Los tres coches aplastados que arrastraba por delante de él hasta que quedó panza arriba indicaban claramente que la barricada había caído y que los zombis tenían vía libre para entrar y danzar a tropel tras ella, lo único que se interponía entre ellos y nosotros eran los soldados que ahora venían de todas partes y corrían en dirección a la brecha que había abierto el camión.

Los zombis que había bajo el mirador empezaron a proferir alaridos histéricos y a mirar con ojos abiertos como platos en todas direcciones, como si una antinatural llamada llegara a sus oídos indicándoles que en algún lugar había un camino libre y que el desayuno estaba listo. Giraban sobre sí mismos movidos por ese desconcertante impulso y encaminaron sus pasos a una calle muy cercana a donde había explotado la frontal en mil pedazos y que comunicaba las dos avenidas, los caminantes no siguieron los pasos de los podridos , estos se lanzaron a toda velocidad contra la barricada ahora desprotegida y se encaramaron por ella superándola pocos segundos después, en apenas un minuto ya eran más de una centena los que habían pasado sobre la majestuosa barrera de chatarra y se encaminaban a grandes y desgarbadas zancadas en dirección a los militares que intentaban contener el avance de los no muertos a toda costa en la otra posición. Cayeron sobre ellos por la retaguardia y por sorpresa produciendo de esta manera un fuerte colapso en las defensas militares que se veían irremediablemente asediadas desde todos los flancos.

-¡Joder! ¡Están perdidos, el puesto armado va a caer! ¡Tenemos que salir de aquí o estamos jodidos!- Le dije a Alba que seguía mirando anonadada sin que pareciera dar crédito a lo que veían sus ojos.

-¿Y a donde vamos a ir? ¡No hay donde ir Jaime!- Me respondió ella profundamente apesadumbrada y empleando un tono de voz del que se desprendía tanta resignación que no me gustó nada. Me dio la sensación de que Alba ya se preparaba para lo peor, pero yo no pensaba darme por vencido y tampoco iba a permitir que ella se rindiera.

-No digas chorradas, siempre hay opciones… Lo que no vamos a hacer es quedarnos encerrados en esta plaza que en pocos minutos se va a

convertir en una verdadera ratonera humana. ¡Iremos al punto seguro! ¡Sea como sea vamos a llegar a él! ¿Vale, Alba? ¿Estás conmigo?- Le dije cogiendo su cara entre mis manos y mirándola fijamente a los ojos para que centrara su atención en mis palabras, ella asintió en silencio con la cabeza, después la besé en la frente, la cogí de la mano y salimos corriendo juntos como alma que lleva el diablo en dirección al exterior de la plaza de toros.

Los escalones parecían volar bajo nuestros pies mientras descendíamos de la parte más elevada de las gradas, casi toda la gente ignorante de lo que sucedía fuera había descendido de sus lugares de descanso y se concentraban sobre la arena del recinto taurino como borregos esperando la matanza, pero intenté no pensar en ellos, nada podíamos hacer por aquella muchedumbre, solo podíamos correr y no mirar atrás.

Rápidamente penetramos en el túnel que discurría bajo las gradas y encaminamos nuestra carrera en dirección al exterior, justo cuando podíamos divisar las grandes puertas observamos como varios soldados comenzaban a clausurar la salida para proteger a los civiles que estaban en el interior, apreté fuerte la mano de Alba y aceleré el paso para llegar antes de que los grandes portones nos impidieran escapar.

<< ¡Y escapamos! ¡Vamos que si escapamos! >>

Cuando apenas quedaba espacio salimos, uno de los soldados al vernos pasar nos ordenó que nos detuviéramos y regresáramos al interior, pero su compañero le increpó para que se callara y siguiera empujando y segundos después las puertas se cerraban definitivamente tras nosotros.

El nuevo panorama que se abría ante nuestros ojos no era nada prometedor, el sonido de los disparos y las explosiones llegaban hasta nosotros desde todas las direcciones, miré a Alba que permanecía junto a mi sumida en un absoluto silencio, me pareció verla temblar, pero su mirada era despierta, nada que ver con la mirada que tenía cuando cabeza bola acabó con la vida de su hermano en los garajes de la urbanización, y eso era bueno, no estaba en estado de shock, sino que era totalmente consciente del peligro que nos rodeaba.

Hice un barrido con la mirada y busqué a los soldados para ver cuál era su situación la cual no era nada prometedora, se habían visto obligados a retroceder y a proteger su retaguardia con los edificios colindantes a la desmoronada barricada, varios francotiradores les cubrían desde las ventanas de esos mismos edificios, pero estaban acorralados y cada vez el número de no muertos era mayor, era cuestión de tiempo que se vieran superados por la interminable marea y sucumbieran bajo sus garras y dientes para después levantarse de nuevo y unirse a sus filas del averno, cuando estaba a punto de emprender la huida con Alba hacia el punto seguro algo llamó mi atención, un bulto que permanecía inmóvil en el

suelo a unos ciento cincuenta metros de nuestra posición, pero más que la silueta del cuerpo inerte de un soldado caído, lo que atrajo mi atención fue el fusil que descansaba en el suelo junto a él, si conseguía hacerme con ese arma tendríamos muchas más posibilidades de llegar a nuestro destino sanos y salvos, estaba convencido de que los disparos que me habían despertado provenían de la zona a la que nos íbamos a dirigir, quizá la situación no fuera tan caótica en esa zona, pero estaba claro que no estaría exenta de peligros y el tener un arma podría marcar la diferencia entre el éxito o el fracaso de nuestra nueva aventura.

-Alba, no te muevas de aquí…-Le dije mientras soltaba su mano y me disponía a salir a la carrera con la intención de recuperar el arma de aquel soldado muerto.

-¿Cómo que no me mueva? ¿Qué vas a hacer, Jaime? ¿No pensarás dejarme…?- Pero no terminó su frase pues yo ya había salido con toda la velocidad que mis piernas me podían proporcionar, crucé la calle y penetré en la plaza de España donde reposaba el cuerpo, llegué hasta él a tanta velocidad que casi me paso de largo, viéndome obligado a derrapar sobre el húmedo pavimento como si fuera un coche de fórmula1 con las ruedas desgastadas, mi mano se lanzó hacia el fusil *Heckler & Koch G36E* como un torpedo y enseguida su correa colgaba de mi hombro, pero cuando me disponía a regresar caí en la cuenta de algo…

-¿Y si no tiene munición?- Me dije a mi mismo, entonces miré nuevamente al soldado que permanecía tumbado de costado y mis ojos lo analizaron rápidamente, en su espalda aun permanecía enganchada por las asas una pequeña mochila de combate de colores de camuflaje a juego con su uniforme, sin dudarlo un momento me coloqué sobre él y comencé a retirársela, su brazo fláccido salió fácilmente liberando una de las dos cintas que retenían la mochila prendida a su espalda, pero para quitarle la otra tenía que mover el cuerpo y ponerlo del otro costado, con suma prudencia cogí al soldado que me daba la espalda por el hombro y tiré de él para colocarlo en la postura contraria, al hacer esto su cuerpo giró bruscamente y quedó boca arriba y entonces pude ver cuál había sido la causa del fallecimiento de este, un disparo le había impactado en pleno pecho el cual había dejado una gran flor roja en él y un gran charco de sangre que hasta entonces había permanecido fuera de mi campo de visión quedó expuesto frente a mis ojos, sin duda le había destrozado el corazón una bala perdida, entonces caí en la cuenta de que en aquella zona de guerra no solo los zombis representaban una amenaza, las balas que salían proyectadas en todas direcciones de los fusiles de los soldados también eran un serio peligro, entonces miré a Alba que permanecía inmóvil con las manos juntas tapando su boca y fui consciente de que estaba expuesta ante un posible balazo, aceleré mi tarea y retiré la mochila del soldado de una vez por todas y me la colgué de los hombros, también le quité el ceñidor del que colgaban dos cartucheras con cargadores en su interior y una funda de pistola con su pertinente *Llama*

M-82 de 9mm enfundada dentro y me lo ajusté sin quitarme el que yo ya tenía en mi cintura para ahorrar tiempo, una vez tuve todo el equipo del soldado conmigo no pude evitar mirar el rostro del muchacho, era un chico joven, demasiado joven, apenas contaría veintidós primaveras y no pude evitar sentir una profunda lástima por aquel chaval que había muerto intentando proteger la vida de sus semejantes, pero al menos jamás se levantaría para deshacer las buenas obras que sin duda habría realizado en vida.

-Gracias amigo- Le dije en voz baja mientras cerraba sus vidriosos ojos marrones ya carentes de vida, pero no tenía tiempo de más ceremonias, tenía que salir de aquel lugar y cuando antes mejor. Rápidamente me incorporé y reemprendí el camino de regreso junto a Alba, pero cuando aun no estaba ni a mitad de camino algo en mi visión periférica me hizo girar la cabeza a la izquierda. Un caminante que seguramente había saltado la barricada mientras yo cerraba los ojos del soldado había emprendido una frenética carrera en dirección a Alba que totalmente desconocedora de este hecho seguía inmóvil presenciando mi carrera de regreso.

Estábamos a una distancia muy similar de nuestro objetivo, pero el cabrón era realmente rápido, yo sentí como la adrenalina invadía mi torrente sanguíneo haciéndome sacar fuerzas de flaqueza y permitiéndome aumentar la velocidad de mis piernas considerablemente, viré un poco mi trayectoria a la izquierda y puse rumbo de colisión directa con el caminante que ya estaba casi encima de mi amiga, sabía que el impacto sería muy fuerte y comencé a analizar en mi mente al individuo y mis posibilidades de éxito, por suerte el zombi no era el de un tipo grande, realmente no debía de tener más de diecinueve años antes de morir y lo cierto es que era un delgaducho, yo le sacaba al menos una cabeza, así que el pequeño caminante que vestía unos ensangrentados vaqueros azules y una chaqueta verde de deporte tenía muy pocas posibilidades de salir victorioso en un impacto inicial contra mí ya que le superaba considerablemente en peso y tamaño, otra cosa era lo que sucediera una vez chocáramos, sabía que esos cabrones no sentían dolor, pero tenía la esperanza de poder rematarle antes de que tuviera tiempo de ponerse en pie, así que me dispuse a embestirlo con el hombro como si de una puerta se tratase, con la intención de derribarle sin caer al suelo yo también en el intento.

Alba se dio cuenta de que yo no la miraba a ella y de que modificaba mi trayectoria, instintivamente siguió la dirección de mi mirada dándose cuenta entonces de que un caminante se le venía irremediablemente encima, me miró a mí, después a él y continuó inmersa en ese partido de tenis sin pelotas esperando a que llegara el momento de la verdad.

Cuando el caminante estaba a apenas un metro de Alba y ya estiraba sus mugrientas zarpas anticipándose al instante en el que caería sobre ella

llegó el impacto, yo agaché la cabeza, apreté fuertemente los dientes y empleando una furia más allá de todo baremo estampé mi hombro en el costado del zombi cual ariete humano se tratase, a lo que sus costillas respondieron con un quejumbroso y desagradable crujido, un estallido de dolor traspasó mi hombro derecho, y un latigazo bajó desde este hasta llegar a los dedos de mi mano, pero no perdí el equilibrio y me mantuve en posición horizontal, todo lo contrario que el caminante que se elevó un metro por el aire y cayó de bruces en el suelo produciendo un sonido acuoso, pero para nada quedando fuera de combate como yo ya había supuesto, enseguida reaccionó desordenadamente intentando incorporarse, pero yo no pensaba permitirle que lo consiguiera, cogí el fusil entre mis manos y sin comprobar ni siquiera si tenía munición lo monté, apunté a su frente y apreté el gatillo sin dudarlo por un momento, tres balas salieron súbitamente del cañón del arma, la primera impactó en su cuello abriendo una gran cavidad de la que salieron esparcidos girones de carne y cuajarones de oscura sangre corrupta, el segundo impactó en su mandíbula haciendo saltar por los aires dientes, hueso y partes de su amoratada lengua muerta y el tercero penetró por su ojo derecho haciendo explotar su cráneo en la parte posterior de este y lanzando a diestro y siniestro masa encefálica que quedó desparramada por toda la acera. Después de sacudir varias veces sus extremidades el caminante quedó inmóvil en el suelo, una vez se detuvo por completo miré con ojos acusadores el arma humeante con la que le había mandado de vuelta al mundo de los muertos, como sospechaba el fusil estaba puesto en modo ráfaga, de ahí los tres disparos que en un principio me habían cogido por sorpresa.

Alba me observaba con ojos atónitos, yo reaccioné enseguida y sin mediar palabra la cogí de la mano y reemprendimos juntos nuevamente nuestra huida en dirección al punto seguro.

Fue como estar corriendo por una ciudad muerta, no nos encontramos con nadie por el camino, tuvimos que sortear varias maletas abandonadas en plena acera por sus dueños y la basura que se acumulaba por todas partes dejaba de manifiesto que ya hacía varios días que nadie se encargaba de la limpieza de la ciudad. Las lunas reventadas de los escaparates vacíos indicaban claramente que en un momento dado se habían producido saqueos en aquellas tiendas, algunas incluso habían ardido hasta los mismísimos cimientos junto con los edificios en las que estaban ubicadas, seguramente sin que nadie hubiera intentado extinguir las llamas que las habían consumido por completo, cosa que ya no debía importarle a sus propietarios, pues o estaban muy ocupados intentando devorar a sus antiguos clientes o estarían preocupándose únicamente de salvar sus vidas y las de los suyos sin interesarse ya por el estado de sus posesiones materiales.

En esos momentos y viendo el estado lamentable de la ciudad no quise ni imaginarme como debían de haber sido las horas previas al estallido

definitivo de la pandemia y me alegré de haber caído enfermo solo unos días antes ahorrándome de ese modo la situación caótica que debió de vivirse en las primeras horas del brote.

Si antes hubo vigilantes en las pequeñas barricadas junto a las que pasábamos y que cerraban los accesos a la calle de San Vicente por la que huíamos, ahora sus defensores habían abandonado sus puestos para atender algún asunto más importante. No pude evitar preguntarme donde estarían ahora Eduardo y los demás. Ellos habían sido enviados a proteger aquella vía de escape, si aun estaban vivos no deberían estar muy lejos…

Mientras miraba las abandonadas barricadas comencé a deducir que si lo mismo que había pasado en el puesto armado estaba sucediendo en otras posiciones era solo cuestión de minutos que nos topáramos de frente con algún grupo de zombis.

Por delante nuestra se seguían escuchando cientos de disparos que a cada zancada se volvían más y más atronadores, pero no había rastro de ningún efectivo militar o policial dentro de nuestro campo visual, por suerte tampoco nos topamos con zombis, por lo que pudimos avanzar muy rápidamente hasta llegar a la altura del mercado central, entonces la situación cambió radicalmente.

En cuanto llegamos al final de la calle y nos vimos en plena avenida Alfonso X el sabio, una explosión nos obligó a girar la cabeza a la derecha para toparnos con al menos una de las fuentes de los disparos que habíamos escuchado desde primeras horas de la mañana, ahí delante a tan solo un par de cientos de metros un enorme carro blindado del modelo *Leopard* ardía en llamas y seriamente dañado seguramente alcanzado por algún misil anticarro, pero antes de haber terminado de esa manera tan catastrófica había derribado la barricada.

Cientos de efectivos de diversos cuerpos de las fuerzas del estado se posicionaban frente a las puertas del monstruoso edificio que era el mercado central de Alicante en perfecta formación y abrían fuego contra el hueco resultante de la colisión del *Leopard* y por el que continuamente emergían espectros que pasaban a través de él con una sola idea en sus muertos celebros, llegar hasta los defensores.

La brecha abierta en la barricada había sido rellenada casi hasta la mitad de cuerpos acribillados a balazos de no muertos alcanzados por el fuego continuo que caía sobre ellos como una lluvia de plomo, pero aun así, los estúpidos zombis ascendían sobre los cadáveres de los suyos, solamente para pasar a formar parte de la gran pila funeraria en la que se había convertido aquel acceso. De momento las cosas parecían estar relativamente bajo control, pero teniendo en cuenta que el puesto armado había caído era tan sólo cuestión de tiempo que desde la misma calle por la que nosotros habíamos venido llegara un nuevo frente de enemigos

acorralando a los efectivos y finalmente haciendo que el camino al puerto deportivo estuviera perdido por completo. Supuse que estarían al corriente de lo que estaba sucediendo a tan solo un kilómetro de distancia de su posición, y la verdad no terminaba de entender cómo se las arreglarían para retirarse si se veían cercados por la retaguardia, pero no pensaba quedarme a comprobarlo. Teníamos que seguir avanzando con la esperanza de que no hubiera caído ninguna barricada más adelante, pues estaba convencido de que estas estarían desprotegidas al igual que las que habíamos visto por el camino, los últimos efectivos debían de estar concentrados taponando aquel hueco que el carro blindado había creado en la enorme barrera por lo que el riesgo de que nos encontráramos zombis más adelante era una posibilidad muy plausible.

-¿Cómo narices piensan salir de ahí? Van a quedarse atrapados como los del puesto armado...- Dijo Alba para sí misma sin apartar la mirada de la inmensa formación que aquellos valientes constituían.

Quise darle alguna respuesta pero no pude, solo la observé en silencio sin saber que decir, pero no fue necesario que dijera nada pues como respuesta a su pregunta el sonido de un fuerte trueno, seguido de un segundo aun más poderoso se sobrepusieron al estruendo que emitían los humeantes fusiles.

Alba y yo miramos al cielo buscando la procedencia de aquel antinatural ruido y entonces los vimos, dos flamantes aviones caza de combate *Typhoon Eurofighter* pasaron sobre nuestras cabezas surcando el cielo a baja altura a velocidad supersónica, después sobrevolaron la dañada barrera para luego describir un giro ascendente y separarse yendo uno a la izquierda y el otro a la derecha hasta que los perdimos de vista, algo en ellos me llamó la atención, bajo sus estilizadas alas vi que cargaban con dos enormes misiles de color naranja cada uno. De delante nuestra un rugido furioso comenzó a ganar en potencia sonora y desde el cielo un nuevo sonido llegó hasta nuestros oídos, un potente palmoteo, "plaf, plaf , plaf, plaf, plaf" fue rebotando cada vez con mayor frecuencia e intensidad en las fachadas de los edificios circundantes. No sabía que era exactamente lo que se les venía encima a los zombis, pero sin duda el ejército no había dicho su última palabra ante la posibilidad de perder la vía de escape por la que tanto los efectivos como los refugiados en la plaza de toros tendrían que seguir para poder llegar al puerto sanos y salvos.

Capítulo 17Alba apretó fuertemente mi mano cuando una explosión potentísima llegó de alguna zona cercana hasta nuestros oídos, nos miramos confusos y pude notar en sus ojos que ella estaba esperando que yo tomara alguna iniciativa, un siguiente paso a seguir, pero yo por un momento no reaccioné. Miré a mí alrededor buscando la procedencia de los sonidos que a cada segundo se hacían más y más atronadores dejando de manifiesto que algo estaba a punto de pasar.

Cuatro helicópteros de combate del modelo *Tigre* aparecieron volando en formación sobre nuestras cabezas, segundos despues dos de ellos se desviaban en dirección a la plaza de toros y los otros dos se posicionaron estáticos a unos pocos metros de la dañada barricada y comenzaron a abrir fuego contra los zombis que se apiñaban en el otro extremo intentando cruzarla.

El rugido de unos potentes motores diesel nos obligó a girarnos sobre nosotros mismos para encontrarnos de frente con un convoy de tanques *Leopard* y varios *BMR* que se nos venía encima.

Rápidamente retrocedimos unos cuantos pasos hasta subirnos a la acera para quitarnos de la trayectoria de las cadenas de uno de los blindados que se detuvo a escasos metros de nuestra posición. El olor a gasoil quemado nos envolvió por completo y era tan insoportable que hacia tremendamente incomodo respirar con normalidad.

Los vehículos de transporte de tropas abrieron sus puertas y los efectivos que viajaban en su interior comenzaron a descender de ellos y pusieron rumbo a

paso ligero en dirección a la barricada de forma bastante desorganizada.

Los hombres y mujeres que hasta entonces habían estado defendiendo aquella posición al ver que llegaban los refuerzos comenzaron a dejar de disparar abandonando sus posiciones y conforme esto sucedió el fuego de los helicópteros se centró en el hueco abierto en el muro de chatarra a lo que enseguida se le unió la artillería de los tanques y las ametralladoras de los *BMR.*

-¿Qué estáis haciendo aquí vosotros dos?- Nos preguntó una voz femenina que provenía desde nuestras espaldas. Alba y yo que hasta entonces habíamos permanecido boquiabiertos como meros espectadores de todo aquel despliegue de recursos militares nos giramos dando un respingo. No podíamos creerlo, era Yolanda que nos miraba con cara de sorpresa, imagino que con la misma cara de bobo con la que yo la miraba a ella.

-¡Yolanda, estás viva!- le gritó Alba instantes antes de abalanzarse sobre la agente para abrazarla, la cual reaccionó rápidamente y se la apartó de encima.

-¡No podéis estar aquí! ¡Tenéis que salir inmediatamente de esta zona! Las barricadas están cayendo por todas partes, esos cabrones están organizados y tenemos que retirarnos, ¡la vía de escape está a punto de perderse definitivamente! ¿Cómo habéis llegado vosotros dos solos hasta aquí?- Dijo Yolanda analizando detenidamente mi uniforme y las armas que llevaba conmigo.

Yo miré a Yolanda, despues volví la vista hacia los

helicópteros que continuaban abriendo fuego sobre los no muertos y durante unos segundos intenté procesar todos los datos en mi mente antes de responder.

-Pues estábamos intentando llegar al punto seguro, la barricada en la plaza de España fue asaltada como ya sabes y escapamos antes de quedarnos atrapados en la plaza de toros- aclaré con tono algo dubitativo. Alba no dijo nada, simplemente asintió con la cabeza.

-Chicos... estoy encantada de veros sanos y salvos, pero como os he dicho no tenemos tiempo, tenéis que salir de aquí y correr todo lo deprisa que podáis hacia el punto seguro, debéis llegar lo antes posible, no solo la barricada cayó, esos hijos de puta se las han arreglado para entrar y todos los que habían en la plaza de toros están muertos o lo que es peor, ya no lo están, ya vienen hacia aquí, vamos a tener compañía muy pronto, tenemos que retiramos definitivamente, no venimos a recuperar las barricadas, solo a salvar a los que podamos y tenemos muy poco tiempo porque esta zona va a ser bombardeada con *napalm* para dar algo de tiempo a los efectivos y supervivientes que quedan para que puedan retirarse.- Dijo Yolanda sumamente alterada.

-¿Napalm?, ¿Pero os habéis vuelto completamente locos? ¡Todo arderá! ¿Eso es lo que cargaban los aviones de combate que pasaron volando antes?- Le pregunté sorprendido.

-Justamente eso Jaime, ya han bombardeado otras localizaciones de la ciudad, ahora toca la plaza de España y lo siguiente es esta zona. No importa si arde todo hasta convertirse en cenizas si con eso ganamos tiempo y de paso eliminamos a unos cuantos miles de

esos cabrones ¡Salir de aquí ya! ¡No hay más tiempo!- Me gritó Yolanda que ya nos empujaba en dirección a la calle Rambla Méndez Núñez.

-¿Solos? ¿Qué nos vayamos solos? ¿Y tú qué vas a hacer?- Le preguntó Alba que se resistía a caminar a Yolanda.

-No vais solos, todos esos agentes y soldados se retiran al punto seguro, seguidlos hasta el, ellos os protegerán en el trayecto, también se va a evacuar un puesto médico que hay instalado en el banco de España con cientos de civiles que allí se encuentran, así que no vais solos, yo iré en uno de estos *BMR* en cuanto tengáis la suficiente ventaja y protegeremos vuestra retaguardia ¡Correr!- Respondió la agente.

Miré a Yolanda y despues a las tropas que se retiraban a la carrera, luego me fijé en Alba, parecía no querer dejar allí a Yolanda, cosa que entendí perfectamente, pero comencé a andar tirando de su mano para que me siguiera.

-¡Yolanda ten mucho cuidado! Nos vemos en el punto seguro, ¡Vamos Alba, tenemos que irnos ya!- Dije yo mientras observaba a la policía que nos miraba alejarnos en silencio sosteniendo su rifle entre las manos, la veía ahora tan distinta en comparación a cuando la vi por primera vez acabando en el garaje con cabeza bola, en aquellos momentos me trasmitió seguridad, fuerza, valor y a pesar de ello, de que seguía siendo la misma persona, ahora la veía tan vulnerable, tan superada por el curso de los acontecimientos en aquel entorno tan hostil que casi regreso y la obligo a venir con nosotros para alejarla de todo aquel peligro que se cernía sobre ella, pero sabía

que de nada serviría, estaba seguro de que ella no se abría retirado jamás por mucho que Alba o yo hubiéramos insistido, por muy asustada que quizá pudiera estar, así que volví la vista al frente y apreté el paso tirando de Alba que me siguió a regañadientes y que no perdió a Yolanda de vista hasta que los edificios la ocultaron tras ellos.

Observé a mi amiga que corría junto a mí en silencio y por primera vez noté algo diferente en su mirada, en su gesto, su mandíbula estaba tensa y un fuego intenso ardía en sus ojos, la rabia comenzaba a aflorar en su interior, su instinto de supervivencia estaba despertándose y atrás empezaba a quedar aquella chica que lloraba con mirada perdida en la oscuridad de un garaje y que tan solo hacia unas horas ella había sido.

Enseguida nos vimos rodeados de muchísima gente que corría en nuestra misma dirección, policías, militares, también los civiles y personal sanitario del que nos había hablado Yolanda se apuntaron a la carrera. Todos huíamos en dirección al punto seguro que realmente no quedaba ya muy lejos. Tuve la morbosa sensación de estar participando en algún extraño maratón en el que la meta significaba el poder seguir viviendo un día más.

Una nueva explosión nos obligó a darnos la vuelta y a mirar hacia arriba donde una gran columna de humo negro en forma de hongo se elevó cientos de metros en el cielo.

-Ya están bombardeando, ese humo viene de la zona de la plaza de toros… ¡joder!- Dije sin dar aun realmente crédito a lo que veían mis ojos, la ciudad estaba en llamas. Creo que en ese instante es cuando realmente fui consciente de que todo estaba perdido, no había esperanza, el ejército no podría recuperar las calles, a pesar de sus armas de fuego, de toda la tecnología armamentística con la que contaban no podían hacer frente a este enemigo que a cada momento que pasaba se hacía más y más

numeroso, quizá algún día se encontraría la forma, pero comprendí que ese momento debía de quedar realmente distante en el tiempo…

-¡Vamos Joder! ¡No te pares ahora Jaime!- Me gritó Alba que ya se había vuelto y tiraba de mi mano para que continuara corriendo, yo enseguida la obedecí pero tras recorrer unos cien metros varios disparos y gritos que provenían de delante nuestra nos obligaron a detenernos nuevamente. No podíamos ver qué era lo que sucedía porque la gente que teníamos enfrente nos lo impedía, pero sin duda alguna estábamos en serios problemas.

Varias personas pasaron corriendo en dirección opuesta a la que nosotros nos dirigíamos abriéndose paso a empujones entre la muchedumbre, uno de ellos, un tipo de raza negra y de amplias espaldas chocó conmigo obligándome a soltar bruscamente la mano de mi amiga y a hacer verdaderos malabarismos para no caer al suelo de bruces, inmediatamente la gente que empezaba a ser consciente de la situación comenzó a girar sobre sí misma y a regresar en desbandada sobre sus propios pasos entre gritos de terror y desesperación lo que me forzó a retroceder para no caer y ser pisoteado por aquella estampida humana, entre toda aquella confusión fue inevitable que perdiera a Alba de vista ya que fue engullida por aquella avalancha que la arrastró atropelladamente alejándola de mi.

Los policías y militares que formaban parte de aquel gentío intentaban abrirse camino entre los civiles a trompicones para intentar recuperar el control de la situación pero les era prácticamente imposible ya que las personas les entorpecían el paso impidiéndoles realizar dicha función, incluso algunos cayeron y fueron pisoteados sin ningún miramiento.

Después de varios minutos de brutal incertidumbre vi al primero, era un podrido, un hombrecillo de unos setenta años al que le faltaba el brazo derecho y en el que en su lugar únicamente quedaban unos pocos girones putrefactos de carne amoratada y ensangrentada salió de entre la aterrorizada muchedumbre y se abalanzó sobre una mujer madura de pelo cano que arrastraba un destartalado carrito de la compra, la tenía a mi derecha a tan solo unos tres metros de mi posición. El espectro la agarro del abrigo con la mano que aún le quedaba e intentó morderla, la pobre mujer que inmediatamente soltó sus últimas posesiones intentó liberarse del ropaje que la vinculaba mortalmente al putrefacto ser pero la empujaron y cayó al suelo de espaldas entre gritos de terror, intentó defenderse desesperadamente del desmembrado anciano zombi estirándole de su enmarañado pelo blanco y arañándole donde le era posible pero nada de lo poco que pudo hacer por defenderse fue suficiente e inevitablemente su atacante se colocó definitivamente sobre ella a la altura de sus piernas y se aferró tensamente a uno de sus muslos, por un instante pensé en socorrerla pero cuando vi que finalmente el obstinado anciano conseguía clavar los pocos y amarillentos dientes que aún

conservaba en la carnosa ingle de aquella pobre señora supe que estaba perdida.

Vi repetirse aquella escena en varios puntos más cércanos a mí lo que me confirmó que la situación estaba completamente fuera de control. Toda mi atención se centró de nuevo en Alba a la que no podía ver por ninguna parte, estaba claro que era imposible llegar al punto seguro por aquella ruta que se estaba infestando de no muertos por momentos, teníamos que salir de la Rambla, tenía que encontrar a Alba entre todo aquel caos antes de que fuera demasiado tarde. Saqué la pistola de su funda la monté y me adentré entre la muchedumbre a empujones y agarrones con la única idea en mi cabeza de volver a coger la mano de Alba y de sacarla de todo aquel infierno fuera como fuera...

Solo veía caos mirara donde mirara, pero ni rastro de ella. La llamé varias veces gritando su nombre con todas mis fuerzas mientras intentaba avanzar algunos metros con la idea de llegar al lugar donde había visto a Alba por última vez, entre toda aquella confusión sabía que era casi imposible que escuchara mi llamada y además me costaba tremendamente orientarme, pero no me desanimé.

Golpe tras golpe me abrí paso un poco más hasta que creí estar nuevamente en el lugar de nuestra separación entonces unos dedos sujetaron mi hombro con la firmeza de unas tenazas obligándome a retorcerme de dolor. Me giré bruscamente y me encontré cara a acara con un caminante que ya lanzaba sus dientes en dirección a mi yugular, pero instintivamente lancé un culatazo con mi pistola a su boca haciéndole saltar varios de sus dientes del lugar en el que hasta entonces habían estado firmemente anclados, el ser como ya imaginaba no acusó prácticamente el golpe, su cabeza simplemente se dobló hacia atrás pero inmediatamente como empujada por un antinatural muelle instalado en sus cervicales regresó rígidamente hacia mí. Yo repetí inmediatamente la operación, una, dos, cinco, diez, cambiando a cada golpe el punto de impacto, nariz, ojo, frente, barbilla, hasta que en uno de los golpes la culata impactó contundentemente en la sien del caminante produciendo un desagradable chasquido al romperse el hueso bajo el duro metal y el no muerto por fin liberó mi lastimado hombro y se desplomó de espaldas en el suelo.

Giré sobre mi mismo aliviado por haberme desecho de mi atacante y con la intención de proseguir la búsqueda, pero nuevamente me encontré de frente con la no muerte. El zombi de una mujer joven a la que le habían arrancado toda la ropa de su parte superior y a la que le faltaba uno de los dos senos se lanzaba sobre mí con sus brazos completamente estirados y con sus crispadas manos apuntando directamente a mi cuello, no pude eludir el ataque porque cayó sobre mí como un rayo alcanza a un árbol en una tormenta.

No tuve tiempo de apuntar y aun menos de disparar, ni siquiera de golpear en esta ocasión, únicamente pude soltar la pistola que se estrelló bruscamente contra el suelo para intentar sujetar las muñecas de mi atacante antes de que sus dedos hicieran presa en mi cuello terminando de esa manera con mi vida.

La acometida de la podrida fue muy fuerte y me obligó a dar varios pasos hacia atrás en mi afán por contenerla hasta que mis talones chocaron con los pies del cadáver del caminante que solamente unos segundos antes había rematado con los golpes de mi arma, tropecé con él y caí sobre el sanguinolento cadáver y mi nueva atacante a su vez sobre mí.

Menuda estampa, un bocadillo de Jaime listo para ser devorado por una guapa rubia y destetada zombi, pensé, mientras comenzaba a notar que los resbaladizos miembros ensangrentados de la muerta viviente empezaban a escurrírseme entre los dedos.

Saqué fuerzas de flaqueza e hice un esfuerzo para juntar los dos brazos del engendro a la altura de su pecho antes de que se pudiera liberar, la empujé con todas mis fuerzas con lo que la elevé bruscamente y sin perder un segundo metí mi rodilla izquierda y la coloqué contra el abultado abdomen de esta y con una verdadera maña de escapista aficionado acomodé la planta de mi pie derecho sobre el repugnante hueco vacio de su pecho izquierdo y estiré mi pierna súbitamente al tiempo que solté sus muñecas impulsándola de esta manera hacia atrás. Esta salió disparada elevándose considerablemente en el aire para luego estrellarse de espaldas sobre el asfalto a medio metro de mí.

Me incorporé rápidamente y busqué la pistola por el suelo pero a primera vista no conseguí localizarla, en vez de eso solo logré que me pisotearan varias personas o quizá zombis que no repararon en mi cegados en la persecución de alguna otra presa que escapaba hacia algún lugar indeterminado.

A duras penas logré recuperar la posición vertical pero justo cuando intentaba pensar en que hacer la destetada rubia zombi ya estaba nuevamente sobre mí, esta vez su pequeña y fina mano descargó sobre mi antebrazo derecho la fuerza de una prensa hidráulica de tres toneladas produciéndome un dolor agudo y espantoso, sus dientes se lanzaron sin contemplaciones contra mi brazo prisionero, pero me anticipé y sujeté su mandíbula con la mano que tenia libre, ella al verse bloqueada en su ataque me agarró a la altura de las costillas y clavó sus dedos haciendo que me doblara de dolor. La fuerza que estos seres son capaces de ejercer con sus dedos es brutal, desproporcionada y el dolor que producía la presión de estos me impedía pensar con claridad.

Retrocedí nuevamente unos metros enzarzado en una mortal y siniestra danza hasta que mis piernas comenzaron a flaquear bajo tanta tensión,

dolor y tropiezos. Poco a poco mis rodillas empezaron a flexionarse, la zombi se me venía irremediablemente encima y en esa ocasión yo no dominaba a mi atacante, era ella la que me tenía a su total merced, ese podía ser perfectamente mi fin…

Cerré fuertemente los ojos y apreté mis dientes hasta que rechinaron bajo la presión ejercida y me dispuse a esperar el momento de la verdad…

¡¡¡BANG!!!

Mis oídos pitaban debido a una detonación que se había producido a escasa distancia de mis tímpanos, el dolor que producían las tenazas de la zombi se redujo radicalmente y esta quedó inmóvil y fláccida con lo que pude quitármela de encima fácilmente de un empujón.

-¿Piensas quedarte ahí todo el día o qué?- Me dijo una voz muy familiar a escasos centímetros de mi oreja derecha.

Yo giré la cabeza aun un poco aturdido para encontrarme cara a cara con Alba que armada con mi pistola me tendía la mano para ayudarme a ponerme en pie. Esta vez ella me había salvado a mí la vida al cargarse a la no muerta destetada de un certero disparo a bocajarro en plena sesera.

-Creo que jamás me he alegrado tanto de ver a alguien, Alba…- Le respondí completamente flipado mientras agarraba su mano y me ponía nuevamente en pie.

Ella me miró detenidamente y con una voz algo temblorosa y dubitativa me preguntó si me habían mordido, si estaba herido.

-Aun no Alba, solo dolorido, pero o nos vamos de aquí cagando leches o solo es cuestión de tiempo que se nos termine la suerte- Le respondí mientras descolgaba el rifle de mi espalda y lo cogía entre mis manos. Ella asintió con la cabeza y rápidamente reemprendimos la carrera abriéndonos paso entre la multitud para alejarnos de toda aquella carnicería.

- ¿Y dónde vamos ahora Jaime?- Me preguntó ella mientras ya trepábamos por una pequeña barricada que nos impedía el paso a una de las calles que daba acceso a la zona más vieja de la ciudad, el casco antiguo.

-Puede que creas que estoy loco, pero vamos a subir al castillo Santa Bárbara, creo que ahora mismo no tenemos otra alternativa- Le respondí.

-¡Pues si! Me parece una locura… Pero todo lo es desde el día en que nos conocimos…- Contestó Alba empleando un tono desconcertantemente

burlón.

Yo la miré a sus verdes y grandes ojos e involuntariamente mis labios realizaron un puchero, mueca que no puedo evitar hacer cuando no termino de entender algo como una respuesta a una pregunta, un sudoku o una película mala… Ella me miró y al ver mi gesto arqueo mucho las cejas y sorprendentemente estalló en carcajadas, el sonido de su risa fresca y limpia me impidió escuchar otra cosa que no fuera a ella misma, tanto fue así que por un momento me olvidé de todo y contagiado terminé riendo plácidamente junto a ella.

Ahí estábamos los dos tumbados panza arriba sobre el techo de uno de los coches que formaban parte del muro de chatarra, con un camino incierto por delante y con una verdadera matanza zombi por detrás y nosotros partiéndonos el culo.

– ¿Por qué no tomarse el fin del mundo con un poco de buen humor? ¡Olé, olé y olé!- Pensé.

Capítulo 18Una ráfaga de disparos que sonó a poca distancia nos hizo enmudecer y regresar a la cruel realidad.

Le hice a Alba un gesto con la cabeza para que se moviera y rápidamente nos descolgamos en silencio por el extremo opuesto de la barricada para posar finalmente los pies sobre el empedrado del pavimento, sin perder un segundo nos adentramos lentamente por la estrecha calle con todos nuestros sentidos alerta en busca de algún posible peligro.

Marchamos en todo momento con las armas por delante y a cada varios pasos yo giraba sobre mi mismo para vigilar nuestra retaguardia. Era tal el estado de tensión en el que me encontraba que mi dedo índice colocado sobre el gatillo estaba tan rígido que me dolía. La sensación de que cientos de sonidos que indicaban peligro llegaban a mis oídos de todas direcciones no me abandonaba un segundo, los minutos parecieron horas, pero con el paso de estos poco a poco comencé a entender que mis sentidos me estaban jugando malas pasadas y me obligué a tranquilizarme, una vez que logré que mi corazón dejara de intentar salírseme del pecho me dirigí a mi compañera ala que no veía muy cómoda con la *Llama* en las manos.

-Alba ¿Pero tú sabes usar bien esa arma…?- Le pregunté señalándole la pistola con la que me había salvado minutos antes la vida, ella arrugó un poco la nariz y después se encogió de hombros.

-Bueno… supongo que apunto y aprieto el gatillo… ¿No?- Respondió ella algo confundida.

"¡Joder! Ni lo había pensado… gracias a dios que la bala

le ha dado a la destetada y no a mí, además teniendo en cuenta que los conocimientos de Alba sobre armas parecen ser absolutamente cero patatero, si yo no hubiera montado el arma antes de salir en su busca ella jamás podría haberla hecho disparar a tiempo de salvarme. He tenido muchísima suerte.” Pensé.

-Ummm, en realidad sí… Ya tendré tiempo de explicártelo todo más detenidamente, pero ahora mismo con apretar el gatillo disparará, eso sí… norma número uno, ponle el seguro y nunca se lo quites si no es para abrir fuego.- Le dije señalándole con mi dedo índice donde tenía que pulsar para asegurar el arma a lo que ella obedeció inmediatamente.- Norma número dos… primero apuntas y después disparas, pero hazlo a la cabeza como lo hiciste con aquella zombi- Ella me sonrió y me respondió con un sutil gesto afirmativo.-Y norma número tres y la más importante… jamás de los jamases me apuntes a mí ni a ti misma con ella, bajo ningún concepto, ni siquiera aunque estés segura de que tiene puesto el seguro o pienses que está descargada. ¿Entendido?- Ella asintió con la cabeza y yo le respondí guiñándole un ojo, luego Alba se quedó pensativa durante un breve espacio de tiempo antes de hablar.

-Oye Jaime… ¿Y cómo es que tú sabes usar armas? En la plaza de toros lo hiciste como un verdadero profesional, no dudaste ni un segundo… Yo solamente apunté a la cabeza de la zombi y luego solo apreté el gatillo, lo hice por instinto… si no llega a salir la bala no habría sabido que hacer con ella para salvarte, pero tú pareces entender de estas cosas… ¿No es verdad?-

-Bueno… lo cierto es que fui militar profesional… por eso entiendo de armas de fuego, aunque no disparara

muy a menudo cuando lo era podría ahora mismo desmontar cualquiera de estas dos armas con los ojos vendados y montarlas nuevamente sin esfuerzo…- le aclaré. Alba abrió mucho los ojos al escuchar mi respuesta, supongo que esta despejaba algunas posibles preguntas más que ella pudiera tener sobre mí, después asintió con la cabeza y me sonrió brevemente.

Continuamos caminando durante un buen rato más, después pararnos en una esquina y tras comprobar que detrás de ella no hubiera peligro alguno reanudé la conversación, tenia curiosidad por conocer su opinión sobre algo que ya hacía rato que estaba dando vueltas en mi cabeza.

-¿Crees que habrá zombis en esta parte de la ciudad?- Le pregunté a Alba que se encontraba apuntando con la pistola a una ventana de una destartalada planta baja donde le había parecido ver algo moverse tras las cortinas.

-Tengo la impresión de que estas cosas van a donde hay gente y ruido, teniendo en cuenta que esta zona está tan cerca del punto seguro estará vacía desde hace días, por lo que no debería de ser interesante para ellas. Yo creo que no debe de haber demasiados… O eso espero…- Me respondió ella en voz muy baja y arqueando mucho la ceja derecha.

Era una respuesta realmente inteligente, tenía que tener razón, por eso en mi barrio no había tantos no muertos como en la plaza de toros u otros lugares. Mi piso estaba en una zona de la ciudad muy silenciosa, con gran cantidad de casas deshabitadas, con muy poco tráfico, fruto directo de la vieja burbuja

inmobiliaria, por lo que a pesar de haber algunos zombis no debió de llegar a ser nunca una zona caliente.

-¡Joder! Entonces… Si lo que dices es correcto quizá están cometiendo un grave error, el afinar a todo el mundo en lugares multitudinarios con el fin de protegerlos es lo que puede que esté atrayendo a estas grandes cantidades de zombis. Los disparos, la artillería, los gritos en sí de las personas puede que sean como una gran llamada anunciando que la cena está lista para estas cosas, quizá sea peor el remedio que la enfermedad…- Reflexioné en voz alta.

Alba no me respondió, permaneció silenciosa y continuamos caminando durante un buen rato, pero tras subir por unas estrechas escalinatas de piedra que nos daban acceso a una parte más elevada y antigua del lugar se detuvo y se volvió hacia mí nuevamente.

-Entonces… Si estoy en lo cierto… Los puntos seguros son un peligro y no una salvación…Por eso a tus hermanos les emboscaron intentando llegar a uno, por eso calló el puesto armado, la vía de escape y si no me equivoco el mismísimo punto seguro puede que tenga las horas contadas. Cuando juntas a muchas personas atraes a estas cosas, si haces ruido les atraes en grandes cantidades… A miles de personas juntas se las debe oír desde kilómetros de distancia, además los zombis también hacen ruido, si hay muchos ya sabes lo escandalosos que son. Nosotros mismos estamos provocando que todo empeore…- comentó ella con voz pausada.

Yo la miré sin poder impedir que una profunda frustración se reflejara en mi rostro debido a que había

llegado a las mismas conclusiones que ella, despues sin poder evitar utilizar una voz muy grave le expuse mi análisis de la situación.

-Creo que desde que todo esto comenzó en Rusia, todos o casi todos los países han cometido los mismos errores lo cual les ha llevado a situaciones muy parecidas, como la que sufrimos ahora mismo en España. Primero las cuarentenas, el prohibir viajar fue un gran error, esto impidió a muchas personas poder escapar de las grandes ciudades cuando aún les era posible hacerlo, con lo que las condenaron a quedarse encerradas en lo que poco después se transformarían en verdaderas necrópolis, luego el pensar que las fuerzas del orden serian capaces de contener la infección con las armas, para ese entonces ya debían de saber que en otras naciones no habían funcionado esas medidas, pero aun así, imagino que por falta de ideas mejores, todo se esforzaron por intentarlo a su manera y con sus medios y con eso solo consiguieron hacer más fuerte al enemigo. Cada policía, cada soldado que caía, se levantaba después como uno de ellos y para terminar de crear la tormenta perfecta, una vez que ya todo estaba definitivamente fuera de control el alentar a la población que no estuviera infectada para que intentara llegar a los dichosos puntos seguros fue una locura. La gente al entender que no se les evacuaría salió desesperada a las calles y los zombis cayeron sobre ellos como las mujeres caéis sobre la ropa el primer día de rebajas. Hemos ido dando irremediablemente todos los pasos necesarios que nos han llevado a lo que ahora tenemos, el fin de la humanidad tal y como la conocemos...-

Alba me miró con el ceño fruncido en silencio durante un breve espacio de tiempo, tras analizar mis palabras

y sopesar en su mente los acontecimientos me replicó.

-Creo que nadie ha sabido cómo llevar esto desde el primer día. Tú te perdiste algunas cosas que sucedieron los días que estuviste enfermo. Te pongo el ejemplo de Estados Unidos, a ellos desde el primer día si se les permitió abandonar las grandes ciudades y como sabes, hay más armas de fuego que habitantes en ese país, pues ni las balas ni la libertad de movimientos les salvó, Los zombis les siguieron, quizá las caravanas de vehículos eran demasiado lentas, quizá el ruido les atrajo, no lo sé, pero lo único que consiguieron fue llevarse el virus con ellos a las zonas rurales y tranquilas del interior donde fue incontrolable. Las últimas noticias que vi de los Estados Unidos fueron desastrosas, más de un 85% de la población había sido infectada o había muerto, los que quedaban intentaban cruzar la frontera de Canadá, aun aguantaban algunas ciudades como New York y Washington que casi deshabitadas eran defendidas por el ejército, guardia nacional, policía y civiles armados, pero las previsiones no eran nada favorables ya que estaban sitiadas.

La otra cara de la moneda es Corea del Norte, el viernes atacó con armas nucleares a su vecina Corea del Sur para "según ellos" evitar que la infección cruzara las fronteras…-

-¿Nucleares? ¡No me jodas! Y yo alarmándome porque aquí estén lanzando Napalm…Que desastre…- La interrumpí.

-Si… Y lo gracioso es que el domingo millones de zombis provenientes de China y Rusia rebasaron sus fronteras sin que su poderoso ejército pudiera hacer absolutamente nada por contener su avance. Corea del

Sur hasta la fecha había mantenido la infección controlada hasta que fue atacada, desgraciadamente la situación cambió radicalmente tras el ataque atómico desencadenando que la pandemia se extendiera rápidamente y haciendo con ello perder a los norcoreanos su última posible vía de escape, posibilidad de refugio o apoyo por parte de sus antiguos hermanos. Quizá unidos podrían haber aguantado, pero sus viejas rencillas les han abocado al fin de su existencia.

En India más de lo mismo, misiles Nucleares en las grandes urbes, China Fulminó del mapa a la mismísima Hong Kong, creo que ahora una de las pocas diferencias que debe de haber entre ellos y nosotros, es que ahora unos cuantos millones de sus zombis brillarán en la oscuridad. Parece que ninguna medida, sea la que sea funciona contra estas cosas…- Alba suspiró.

-Sí, además también hay una grave cuestión más con la que por lo visto nadie había contado, se cometió un gran error al infravalorar a los zombis, el tomar a esas cosas como si fueran completamente estúpidas… ya que como has podido ver, en ocasiones se comportan y hacen cosas inteligentes y organizadas, aunque aún no se como lo hacen ni porque es un hecho, recuerda como derribaron las barricadas, utilizaron vehículos para asaltarlas, aparte de eso es muy difícil de asumir lo que sucede, nadie está preparado para algo como esto, ni siquiera el ejercito, no es fácil disparar contra mujeres y niños aunque estén muertos, es algo que la mente humana se resiste a asimilar y justamente eso es lo que hace que sea tan fácil que la pandemia, por llamarla de alguna manera nos supere en todos los sentidos, ¿Quien va a destrozar la cabeza a su propia esposa? ¿A su propio hijo…? Me ha llamado la atención

lo que me has comentado… Hasta que Corea del Norte atacó a sus vecinos no habían sido asediados de manera tan masiva por zombis Chinos. Si llamas la atención de estas cosas estas perdido y con esto regresamos al punto de partida. Ruido más zombis igual a peligro de muerte. Tenemos que ser silenciosos si queremos vivir, alejarnos de las grandes aglomeraciones de gente y solo disparar si es estrictamente necesario…- Le dije a Alba que me miraba muy atenta. Ella asintió con la cabeza y sin decir una sola palabra más reemprendimos la marcha.

Caminamos despacio y muy atentos el uno junto al otro con nuestros hombros unidos por las estrechas calles peatonales del antiguo barrio buscando siempre los caminos que nos llevaran hacia arriba. No era una zona que conociera muy bien, pero recordaba perfectamente como en una ocasión hacia algunos años había ascendido hasta el *parque de la Ereta* acompañado de mi ex novia Raquel, fue un día catorce de febrero, le tenía reservada una cena sorpresa en un restaurante bastante bueno que se encontraba ubicado en aquel hermoso entorno de privilegiadas vistas a casi toda la zona costera de la ciudad.

Intentando recordar el camino que seguí a través del *barrio de Santa Cruz* en aquella ocasión rememoré varias veces aquel agradable día que pasé junto a ella en aquel bonito lugar… Nos queríamos tanto en aquel entonces, me hacia tan feliz… Hacía muchos meses que ya no la veía, que no sabía nada de ella y sentí rabia por no haberla llamado, aunque fuera solo para haberle dicho un simple « Hola, ¿Qué tal estás? ». Sabía perfectamente que lo nuestro ya pertenecía al pasado, pero a pesar de ello su recuerdo regresó a mí como una explosión de sentimientos, su mirada de ojos color miel, los besos de sus carnosos y dulces labios, las caricias de sus dorados cabellos rizados al deslizarse sobre mi piel, sus promesas de amor eterno… ahora, probablemente sería una zombi más, ya jamás volvería a verla… No entendí como ni porque, pero en aquel instante volví a amarla y a añorarla de alguna manera, lloré por dentro por ella y me culpé por errores pasados que creía superados… Todo fue

muy confuso. Una profunda pena comenzó a apoderarse de mí así que me tuve que obligar a apartar su doloroso recuerdo de mi mente ya que cada recuerdo de Raquel era como un cuchillo afilado lanzado a toda velocidad clavándose en mi corazón, estaba empezando a angustiarme profundamente y tenía que centrarme. Me concentré en recordar simplemente el camino y todos los detalles que pudieran sernos de utilidad del lugar al que nos dirigíamos. El parque se encuentra en plena falda del castillo Santa Bárbara, desde él se tiene acceso a la fortaleza desde varios puntos, además si conseguíamos llegar a él podríamos ver perfectamente la zona del puerto deportivo, tendríamos la posibilidad de observar el estado de sus alrededores y de ser posible intentaríamos pedir ayuda o quizá de divisar un camino alternativo hasta el punto seguro podríamos intentar llegar por nuestros propios medios, aunque si nuestras deducciones eran correctas el peligro en aquel lugar seria mayor que en la fortaleza, por lo que tenía ese plan prácticamente descartado, aunque siempre era una alternativa si nos era imposible llegar al castillo…

Un sonido desagradablemente familiar me sacó de un plumazo de mi estado ausente y nos obligó a detenernos en seco forzándonos a mirarnos el uno al otro con ojos de horror. Los lastimeros gemidos de varios zombis llegaron rebotando en las viejas fachadas hasta nuestros oídos. A unos cien metros por delante nuestra comenzaba una bifurcación de la calle por la que caminábamos que se desviaba a la izquierda y desde ella descendían en nuestra dirección por lo menos dos de aquellas cosas. Teníamos tres opciones, regresar deshaciendo el camino avanzado para buscar un paso alternativo, continuar y entablar combate a disparo limpio con lo que seguramente atraeríamos la atención de todos los no muertos que pudieran quedar por el barrio o escondernos en alguna parte. En el momento lo vi claro, teníamos que refugiarnos en alguna casa hasta que el peligro pasara de largo.

Sin perder un segundo le dije a Alba que probara con las puertas de la derecha y yo hice lo mismo con las del lado opuesto de la estrecha callejuela, todas parecían estar cerradas a cal y canto con lo que comencé a frustrarme ya que cada vez se les escuchaba más cerca, miré a Alba que parecía tan agobiada como yo y decidí intentar forzar la que más débil considerara de un golpe con la pierna o el hombro, sabía que el ruido los atraería haciéndoles acelerar el paso, pero no tenía otra alternativa, así que tras intentar abrir sin éxito un portón antiguo fabricado en gruesa madera de pino tallada de una planta baja de fachada de color azul regresé frente a una de las puertas que no había podido abrir en mis intentos anteriores, esta no era tan antigua ni tan robusta como las demás y tampoco parecía tener cierres de seguridad demasiado sólidos ni blindajes por lo que de poder abrir por la fuerza una de las que estaban en mi campo visual esa era la que aparentemente me costaría menos. Di un par de pasos hacia atrás, apreté los puños y me dispuse a embestirla con el hombro lo que me trajo a la memoria al zombi que había tumbado horas antes en las cercanías de la plaza de toros, aparté su recuerdo de

mi mente y me lancé sin más miramientos contra la puerta, pero alguien me agarró justo en ese instante de la mochila de combate y tiró de mi hacia atrás con fuerza haciendo que me frenara en seco.

-¿Estás gilipollas o que te pasa? ¿Es quieres que nos encuentren?- Me preguntó en voz muy baja Alba que me miraba con cara de enfado mientras me soltaba. -Vamos, he encontrado una abierta, date prisa- Me ordenó ya casi susurrando.

Yo la seguí obediente unos metros hasta que llegamos frente a un gran portón entreabierto que permitía la entrada a una casa de tres plantas de altura, era una casa muy pero que muy antigua, en su planta más baja poseía una pequeña ventana de madera provista de gruesas rejas de hierro forjado y contraventanas de madera verdes que estaban cerradas, era un edificio de estrecha fachada y planta muy profunda, su viejo y destartalado techado entejado y su amarilla pintura exterior desconchada y descolorida dejaban de manifiesto que no se habían realizado reformas en la vivienda en muchos años, aunque aun se encontraba en un estado bastante aceptable . Abrimos de par en par la puerta con mucha precaución y la luz diurna arrojó claridad al angosto recibidor. Todo parecía estar en silencio en el interior de la casa, a primera vista no se apreciaban signos de violencia ni indicios de peligro, parecía estar desocupada tanto de vivos como de no muertos así que entramos, después empujamos la hoja poniendo especial cuidado en no dar un portazo cuando la puerta llegara al final del recorrido de las bisagras, para finalizar pasamos el gran cerrojo de acero clausurando con ello la entrada y nos quedamos el uno frente al otro mirándonos a los ojos envueltos en la penumbra y en un sepulcral silencio.

-¿Y ahora qué hacemos Jaime?- Me preguntó Alba que no se decidía a moverse y que miraba alrededor nuestra bastante nerviosa.

-Lo primero que vamos a hacer es tranquilizarnos, vamos a asegurarnos de que el lugar es completamente seguro y después vamos a descansar un poco. Aun estamos en ayunas y aunque el mundo se esté desmoronando tenemos que alimentarnos, así que vamos a buscar todo lo que pueda servirnos de provisiones. Debe de ser pasado el medio día, no quedan muchas horas para que nos atrape la oscuridad, estamos cansados, hambrientos y si te soy sincero me duele todo el cuerpo, si el lugar es seguro podemos hacer noche aquí y continuar mañana al despuntar el sol.- Le respondí a Alba mientras escrutaba la oscuridad con la mirada, ella asintió con la cabeza, levantó la pistola y comenzó a avanzar, pero yo la detuve y le indiqué que se mantuviera detrás mía.

Abrí con cautela una rendija en la puerta de madera y cristal de color miel que daba realmente acceso al interior del la vivienda e introduje el cañón de mi fusil, poco a poco fui abriéndola del todo. Las bisagras chirriaron lo que hizo que se me pusieran los pelos de la nuca como escarpias, una vez

estuvo abierta del todo nos quedamos nuevamente en silencio esperando alguna respuesta al chirriante sonido, pero no sucedió absolutamente nada. Un largo pasillo se abría por delante nuestra en el que al final podíamos ver unas angostas escaleras que permitían ascender a las plantas superiores, en el lado izquierdo habían dos puertas, la más cercana a nosotros estaba abierta de par en par y la que estaba más próxima a las escaleras cerrada. Avanzamos unos pasos hasta situarnos muy cerca del marco de la primera puerta y muy despacio asomé el hocico al interior de la estancia, se colaba una pizca de luz a través de las contraventanas entornadas por lo que tuve una visión más o menos clara del interior. Era un salón comedor de unos cuarenta metros cuadrados, estaba bastante vacío un viejo sillón de piel, una mesa de madera color caoba con cuatro sillas a juego, un mueble de comedor de esos que tienen cajones además de un hueco para la televisión en el que una diminuta pantalla LCD ocupaba el espacio y una pequeña puerta donde se suelen guardar las botellas de alcohol. Una lámpara de cuatro brazos brotaba solitaria del alto techo provisto de vigas de madera, la única decoración que colgaba de la pared que había tras el sofá era un viejo y gran tapiz en el que dos enamorados merendaban plácidamente en un frondoso jardín con la única compañía de dos enormes pavos reales de coloridas plumas. Estaba despejado así que continuamos avanzando con cautela por el pasillo hasta llegar a la estrecha puerta cerrada. Durante un rato escuché acercando mi oreja a la hoja, pero tras no oír absolutamente ningún sonido en el interior agarré el tirador lo giré y empujé con sumo cuidado la puerta, tras hacer esto pude ver que se trataba de una gran cocina, la cual estaba bastante iluminada por la luz que entraba por otra ventana enrejada que daba a la calle posterior, esta tenia las contraventanas abiertas por lo que todo estaba bastante iluminado, gracias a esto pudimos analizar con un rápido vistazo el contenido de la estancia, muebles de cocina muy antiguos, una vieja cocina con horno a gas, una lavadora y una nevera bastante modernas lo que las hacia desentonar con el mobiliario y que indicaban claramente que al menos hasta hacia poco tiempo la casa había estado ocupada por lo que era muy posible que encontráramos cosas de utilidad cuando comenzáramos a buscar. Tampoco había ningún peligro ahí, por lo que toda la planta baja era segura.

Me acerqué a la ventana y pegué un vistazo fugaz al exterior donde pude ver a unos veinte metros a un solitario podrido que caminaba tambaleante a lo suyo alejándose de la vivienda, tras asegurarme de que nada ni nadie me veía cerré las contraventanas y pasé el pestillo para evitar miradas curiosas no deseadas con lo que la cocina quedo en penumbra.

-Bueno… Toda esta planta es segura… Ahora tenemos que subir al piso superior.- Le dije a Alba que había permanecido en el umbral de la puerta observando atentamente todos mis movimientos. Ella asintió con la cabeza y seguidamente se pasó la mano por su frondoso cabello apartándolo a un lado y aliviando tensión con ello.

Las estrechas escaleras solo permitían subir de uno en uno, así que nuevamente fui yo a la vanguardia. Ascendí el primer tramo de escaleras cómodamente ya que un estrecho ventanuco permitía que se filtraran los rayos solares iluminando bastante la escalera lo que permitía que viéramos perfectamente los escalones que pisábamos, esto quitó bastante tensión a la exploración y permitió que nos relajáramos un poco.

Enseguida llegamos al rellano del primer piso, en esa planta había cuatro puertas, todas abiertas de par en par y con poco que ver en ellas, la primera daba acceso a un cuarto de baño en bastante buen estado y completamente equipado, la segunda pertenecía a un pequeño trastero lleno de cosas apiladas sin ningún orden aparente, una escalera de aluminio, libros, botes de pintura, cajas cerradas y demás cachivaches por lo que pasamos rápidamente de largo, las otras dos puertas pertenecían a dos dormitorios bastante espartanos aunque muy acogedores, uno con una cama de matrimonio provista de un mullido nórdico de plumas y el otro con dos camas individuales envueltas en unas elaboradas colchas de ganchillo, así que tras pegar una rápida ojeada en las habitaciones e imaginarme durante unos instantes durmiendo a pata suelta toda una noche tapado con el nórdico de la cama de matrimonio hasta las orejas no quedó nada por hacer en esa planta. Solo nos faltaba por visitar el último piso así que fuimos hasta el rellano y nos dispusimos a subir, pero justo cuando comenzábamos el ascenso por el nuevo tramo de escaleras un ruido sordo nos hizo detenernos en seco y permanecer en silencio.

-¿Qué ha sido eso?- Me preguntó entre susurros Alba tras posar su mano en mi hombro para llamar mi atención. Yo negué con la cabeza pero no respondí a su pregunta ya que no tenía ni idea, solo me giré hacia ella y puse mi dedo índice cerca de sus labios, ella entendió perfectamente que debía permanecer callada y me devolvió un gesto afirmativo.

Permanecimos varios minutos en silencio expectantes ante una posible repetición del escalofriante ruido, finalmente regresó sin previo aviso exactamente igual que la vez anterior. Un chasquido inidentificable seguido por unos sonidos similares al arrastrar de unos pies y lo que parecieron pasos llegó hasta nuestros tímpanos, esto nos obligó a mirarnos espantados. No estábamos solos en aquella antigua casa… la cuestión era que o quien estaba aguardándonos arriba…

Unas gotas de sudor empezaron a resbalar por mi frente cuando reemprendí el ascenso. La tensión había regresado a mí como una bofetada en plena cara, podía notar como la adrenalina fluía por mis venas haciendo que los latidos de mi corazón se aceleraran por momentos y agudizando mis sentidos, en ese estado alterado subí peldaño a peldaño con el rifle en posición de disparo hasta llegar a la planta superior. El entejado a dos aguas de la vivienda le daba a los techos un aspecto aguardillado, solo había una puerta en aquel pasillo y al final del mismo

una gran ventana de dos hojas iluminaba generosamente el lugar lo cual nos permitió ver perfectamente justo lo que menos desearíamos haber visto, la huella de una mano pintada con sangre reseca se arrastraba como una repugnante serpiente a lo largo de la blanca pared hasta llegar al pomo de la puerta cerrada donde se perdía tras ella.

Alba y yo observamos la desagradable mancha y después nos miramos estupefactos sin saber qué hacer.

Podíamos marcharnos por donde habíamos venido, seguramente los zombis de fuera se habrían ido ya, pero estábamos agotados y quizá esta sería la última ocasión en la que podríamos comer tranquilamente y descansar toda una noche como era debido hasta quien sabía cuando, así que le hice un gesto con la mano a Alba para que permaneciera quieta donde estaba, a continuación avancé lentamente hasta colocarme frente a la puerta, acerqué el oído a la madera y escuché atentamente pero parecía que nada se movía en el interior, así que tomé la iniciativa y apartándome al lado izquierdo de la puerta y pegando mi espalda a la pared extendí el brazo y golpeé tres veces con los nudillos, la respuesta no se hizo de esperar. Un lastimero gemido seguido de un ruido de arrastrar de pies resonó en el interior. Ya no había duda, teníamos compañía y de las peligrosas, ahora esa cosa sabía que estábamos ahí, teníamos que acabar con ella y a ser posible sin usar las armas de fuego.

El zombi del interior embistió bruscamente contra la madera de la puerta lo que hizo que retumbara toda la pared y después de este vino otro y otro a un ritmo bastante constante, estaba claro que el concepto de girar un tirador era algo que no le entraba en la sesera a aquella cosa, antes derribaría la puerta y teniendo en cuenta la fuerza de sus envites era algo que sin duda alguna conseguiría hacer aunque tardara algún tiempo. Tenía que tomar el control de la situación, debía pensar rápido.

Le hice señales a Alba para que entendiera que no debía disparar, ella me respondió levantando su dedo pulgar. Fui hasta el final del pasillo y abrí la ventana completamente con lo que el agradable aire fresco inundó toda la planta, seguidamente miré fuera, la calle estaba desierta, era perfecto. Regresé junto a la puerta y para no tocar el ensangrentado tirador acerqué la culata del fusil y presione este con ella hasta que se abrió con un leve “clic” pero el engendro la embistió cerrándola de nuevo.

-¡Su puta madre! Me va a costar sacar de ahí a este cabronazo, la puerta se abre hacia adentro y él la cierra de nuevo cuando yo la abro…- le grité muy frustrado a Alba que había reculado asustada por el sonido de los golpes y el cariz que estaba tomando el asunto hasta empotrar su espalda contra la pared de las escaleras. Ella no respondió, solo siguió observándome con ojos vidriosos mientras apretaba fuertemente su pistola entre las manos.

Solo podía volver a intentarlo, y esta vez tenía que ser rápido, esperé el siguiente impacto del zombi y justo este se produjo golpeé nuevamente el tirador y le di un fuerte culatazo a la hoja de la puerta la cual se abrió súbitamente de par en par, inmediatamente retrocedí hasta llegar casi hasta la ventana.

Fue inmediato, el engendro se lanzó por el umbral abierto saliendo como un rallo del interior de la estancia lo cual le llevó a estamparse contra la pared que tenía delante produciendo un sonido acuoso y desagradable, pareció quedar aturdido durante unos milisegundos pero inmediatamente se giró desafiante hacia mí, se trataba de un podrido, era el zombi de un hombre de unos cuarenta y cinco años, de pelo Castaño oscuro salpicado de algunas canas, delgado, de alrededor de metro setenta de estatura, vestía con ropa bastante elegante, traje gris oscuro, camisa blanca y corbata azul, además estaba embutido en un precioso abrigo negro que disimulaba casi todas las manchas de sangre de las heridas que le habían producido la muerte. No estaba muy deteriorado, pero sin duda le habían mordido en varios sitios, aunque debía de haber conseguido escapar con vida del ataque y refugiarse antes de fallecer ya que su mano derecha estaba vendada, deduje que debía de tener una profunda mordedura en ella ya que la sangre había empapado el vendaje casi por completo hasta formar un desagradable cuajarón de color oscuro, también observé que le habían o se había herido en la parte posterior del cuello ya que también tenía aplicado un vendaje improvisado en el. Al tipo le debió de llegar la muerte escondido en aquella solitaria estancia y ahí se quedó, encerrado en ella, sin ser lo bastante inteligente una vez reanimado como para abrir una simple puerta, se abría quedado encerrado en ella para siempre de no haber llegado nosotros a perturbar su encarcelamiento eterno, al menos hasta el momento no debía haber atacado a nadie, aunque sin duda eso estaba a punto de cambiar.

El zombi me miró atentamente con sus opacos ojos inyectados en sangre, me dio la sensación de que me analizaba, quizá estuviera decidiendo que parte de mi cuerpo se comería primero, despues los tendones de su cuello se tensaron como cables de acero y de su gran boca abierta salió un largo y desagradable chillido que me heló la sangre, seguidamente se lanzó con paso errático al ataque, comenzó a avanzar a desgarbadas zancadas mientras estiraba los brazos acabados en garras hacia mí anticipándose con ello al momento de ponerme los dedos encima. La idea era simple, aunque no exenta de un gran riesgo, sobre todo para mi, le intentaría tirar por la ventana, pero antes mi compañera tendría que llamar su atención para que se girara, si se quedaba bloqueada no tendría más remedio que abatirlo de un disparo y eso era algo que solo haría como último recurso. Cuando ya estaba a pocos pasos de la ventana le grité a Alba.

-¡Llámalo! ¡Llama su atención! ¡Que se gire!

Ella me miró un poco desconcertada pero enseguida me obedeció.

-¡Heeee! ¡Oye tú! ¡Aquiiiií! ¡El zombi del abrigo!- Le gritó ella mientras hacia algunos aspavientos con uno de sus brazos.

El zombi inmediatamente se detuvo y dio media vuelta curioso para observar la procedencia de los gritos, entonces no perdí un segundo. Me abalancé sobre él con mi rifle por delante el cual agarraba con mis dos manos y le sujeté con él por el cuello, le arrastré hasta la ventana y le coloqué mirando al exterior, él, sorprendido por mi ataque se intentó resistir desordenadamente, pataleó, gimió, mordió al aire, lanzó zarpazos a la nada, pero todo fue inútil, lo tenía contra las cuerdas, solté su cuello y sin perder un segundo le agarré de las piernas y tiré de ellas hacia arriba pero cuando estaba a punto de precipitarse al vacío se retorció inhumanamente zafándose de mi intento por tirarle y me dio un fuerte golpe con su mano abierta en el mentón obligándome a soltar el rifle que cayó pesadamente en el suelo, por unos segundos mi visión se nubló, pero enseguida reaccioné y me lancé contra él, le asesté una patada frontal en pleno tórax que le obligó a retroceder dos pasos colocándole nuevamente justo donde yo quería que estuviera, recogí velozmente el rifle y le propiné un culatazo directo a la cara, seguidamente otro y otro, la parte superior de su cuerpo comenzó a flexionarse hacia atrás y con cada impacto el ángulo aumentaba, hasta que de una vez por todas su punto de equilibrio se fue a pique haciéndole desplomarse de espaldas y caer de cabeza al vacío para finalmente estamparse contra el pavimento de la calle lo cual generó un desagradable crujido seco. Corrí hasta la ventana y observé el resultado del impacto. Su cabeza había reventado desparramando generosamente su contenido por los alrededores, su cuello retorcido en un antinatural ángulo aun se movía convulsivamente. El zombi tras unos cuantos espasmos por fin quedó estático, ya no representaba una amenaza para nosotros. Con el estomago descompuesto por la desagradable visión cerré la ventana entre alguna arcada que otra.

Me giré y vi a Alba que me miraba con ojos abiertos como platos, yo le hice el gesto con el dedo pulgar idéntico al que minutos antes ella me había hecho a mí y le guiñé un ojo, lo cual la obligó a sonreír fugazmente. Regresé junto a la puerta y pegué un vistazo al interior, era un gran dormitorio, debía de ser el principal ya que estaba equipado con otra cama de matrimonio y cuarto de baño, las abundantes manchas de sangre en las sabanas y en un sillón, además del contenido desperdigado por el suelo de un botiquín de primeros auxilios indicaban que como yo había deducido el tipo falleció en la estancia, no quise ver más y cerré nuevamente la puerta enganchando con la correa del fusil el tirador y atrayéndolo para no tocarlo con los dedos hasta que el dormitorio quedó cerrado, después regresé a la escalera junto a mi amiga.

-Ahora estamos seguros de que podemos pasar la noche en este lugar. Vamos a ponernos cómodos, ver si encontramos comida, e incluso quizá

hasta podamos ver la tele o escuchar la radio, puede que aun emita algún canal.- Le dije.

-Jaime… Creía que no lo contabas cuando te dio ese golpe y soltaste el arma…Casi le disparo, pero no lo hice por si te daba a ti…-Me dijo Alba con tono bastante angustiado, a continuación sin decir una palabra más se lanzó a mis brazos y me apretó fuertemente contra su pecho, yo le devolví el abrazo y después la aparté afectuosamente.

-Tranquila, ya ha pasado, lo has hecho muy, pero que muy bien, estoy muy orgulloso de ti, ahora estamos a salvo Alba- Le dije sonriéndole mientras la cogía de la barbilla para que me mirara a los ojos, después la acaricié en la mejilla, le aparté un mechón de pelo que descansaba en ella y lo coloqué tras una de sus pequeñas y perfectas orejas rosadas. Ella suspiró intentando con ello expulsar toda la tensión vivida de su interior, luego también sonrió y asintió con la cabeza

-Vale Jaime…Yo reviso la cocina, seguro que encuentro algo que podamos hacer de comer y algunas provisiones, tú mira el resto de la casa por si encuentras algo de utilidad.- Me respondió ella con tono algo más animado. Yo asentí con la cabeza y comenzamos a descender.

Me quedé en la primera planta mientras que Alba descendió al piso inferior. Tenía decidido que la primera parte de mi exploración seria el trastero, en una casa tan vieja quien sabía lo que podría encontrar entre los trastos. Me colgué el fusil a la espalda y me puse manos a la obra. Empecé abriendo cajas, muchas no contenían más que papeles, otras viejas vajillas o figurillas sin ningún valor, aparté la escalera de aluminio y quité varios cubos de pintura, utensilios de limpieza, una vieja aspiradora, un somier de muelles y entonces encontré algo que podía ser bastante útil, una hacha de larga empuñadura de madera, su pesada hoja no estaba muy afilada, pero debía de ser muy efectiva en una lucha cuerpo a cuerpo contra un zombi, la saqué al pasillo y continué buscando. Una tostadora, unas herrumbrosas cañas de pescar, una bicicleta oxidada, sillas de playa, juegos de cama, juguetes y entonces tras apartar un viejo cuadro me encontré de frente con algo que jamás me abría esperado, delante mía tenía dos relucientes espadas ornamentales que descansaban sujetas a un viejo expositor de madera. Toqué con las yemas de mis dedos el acero de sus hojas y lo analicé atentamente, a pesar de que en su día se usaran de adorno sin duda alguna eran espadas de estilo medieval de las de verdad de la buena, fabricadas en puro acero forjado seguramente en Toledo.

-Si esto no es suerte que baje dios y lo vea- Dije maravillado en voz alta mientras les retiraba los ganchos que las mantenían sujetas a la carcomida madera tapizada en terciopelo rojo.

Cuando conseguí desasirlas de su prisión salí al pasillo para verlas a la luz

del día, sin duda alguna eran bonitas como adorno, pero eso no me importaba en absoluto, a mí lo que me interesaba saber era si podrían usarse como armas sin correr el riesgo de quedarme con la empuñadura en la mano tras asestar un golpe o si la hoja se partiría en dos… Eran bastante pesadas y casi no tenían filo, eso era normal y tenia solución, después de revisarlas detenidamente y de hacer un poco el indio con una de ellas decidí que quizá sí que podrían valer como arma y las dejé junto al hacha. Continué buscando y encontré hilo de pescar, anzuelos, plomos y demás accesorios de pesca, aunque las cañas no valían ni podía cargar con ellas todo lo demás podía ser útil en un momento dado, también encontré un rollo de alambre, unos alicates, tenazas, varias radios todas sin pilas, algunas velas de cera y una vieja pero útil navaja suiza. Eso fue todo lo que encontré de utilidad en el trastero, dejé todas las cosas junto a las armas y también coloqué junto a ellas la mochila de combate ya que luego pensaba mirar su contenido y guardar dentro de esta todos mis hallazgos.

Después entre en la habitación de matrimonio donde en el interior del armario solo habían algunas pocas prendas de vestir, todas de mujer, estaban algo pasadas de moda, pero entre ellas una chaqueta larga de piel negra me pareció de la talla de alba, recordé como el cuero me había salvado de cabeza bola en el garaje así que la dejé sobre la cama para que alba se la probara, no había tenido tiempo de pensar en ello, pero la pobre vestía con muy poca ropa para las fechas en las que estábamos, la bata blanca que le avían prestado en el puesto armado solo cubría la sudadera que yo le había cedido en el 4x4 y sus piernas solo estaban resguardadas del frío por un fino pantalón de un uniforme color verde de los que usan las enfermeras, en sus pies las botas militares que calzaba desentonaban enormemente con el resto del conjunto, pero aun así, sin maquillaje, sin ropa elegante y con el atuendo ridículo que vestía me parecía preciosa.

Continué rebuscando entre las prendas y rescaté una camiseta gris de manga larga, un jersey negro, que aunque le quedaría algo grande la abrigaría y unos pantalones vaqueros azules, en la mesita de noche encontré varios pares de calcetines saqué todos y los coloqué sobre la cama.

Decidí entonces que tenía que hacer algo por ella, sin Alba, sin su compañía, sin la necesidad que sentía de cuidar de ella era posible que yo ya estuviera muerto, su presencia me hacia mantenerme cuerdo, estaba tan en deuda con esa mujer… lo había hecho tan bien todo desde que la encontré en el garaje días atrás, incluso me había salvado la vida, cualquier cosa que yo pudiera hacer porque se sintiera mejor sería poco, pero debía intentarlo. Entré en el cuarto de baño y comencé a llenarle la bañera, sería bueno para ella que pudiera asearse como era debido y vestirse de una manera más cómoda y apropiada. Cuando el agua comenzó a salir caliente puse el tapón y el nivel del agua empezó a

aumentar.

Mientras la bañera se llenaba coloqué cuidadosamente toda la ropa que le había preparado sobre una silla junto con dos toallas limpias y la acerqué junto a la bañera, despues le dejé una botella de champú y otra de gel al alcance de su mano. Todo estaba listo para que ella entrara así que la llamé sin levantar demasiado la voz.

-Alba, oye Alba, ¡sube un momento!-

Ella sin responder a mi llamada subió enseguida, cuando llegó al primer piso y me vio esperándola en el umbral del cuarto de baño de brazos cruzados y sonriéndole me miró un poco desconcertada.

-¿Qué pasa Jaime…? ¿Ocurre algo…? He encontrado pasta, tomate frito y hasta atún, ¡estoy haciendo macarrones!- Me explicó ella alegremente.

-¿Siii? ¡Qué bien! Porque estoy hambriento… pero yo me encargare de terminar la comida por ti.- Le dije mientras me acercaba a ella, Alba arqueo mucho las cejas sorprendida sin entender nada. Yo la cogí por los hombros y la empujé suavemente hacia el cuarto de baño- Por que mire lo que tiene preparado exclusivamente para usted señorita- Le dije al hacerla entrar en el vaporoso aseo.

Ella se quedó unos instantes en silencio observando lo que le había preparado, después se giró hacia mí y me dio tímidamente un largo beso en la mejilla.

-Gracias Jaime… ¿Puedes creerte que jamás nadie, aparte de mi madre, me había preparado nunca un baño? Y tú vas y lo haces en medio del fin del mundo…- Me dijo ella empleando una voz tan baja que me costó entender bien sus palabras.

-Bueno… te lo mereces… Entra, relájate y disfruta de tu baño que cuando bajes… ¡te estará esperando un buen plato de macarrones!- Le respondí sonriente mientras cerraba lentamente la puerta.

Bajé a la cocina y vi que en el fuego había una hoya con el agua ya hirviendo, eché dentro los macarrones de un paquete que descansaba sobre una encimera cercana y despues los dejé a fuego lento y le coloqué la tapa para que se fueran cocinando.

La curiosidad me picaba y me acerqué a la ventana y con mucho cuidado abrí una de las contraventanas de madera para pegar un fugaz vistazo fuera. Todo parecía despejado, pero cuando estaba a punto de cerrarla nuevamente un rápido movimiento en la distancia llamó mi atención. Pude ver a lo lejos algo que me heló la sangre, estaba a cuatro patas sobre el suelo y me daba la espalda, no era un zombi… no era un hombre ni

ningún animal que yo conociera, su tamaño era realmente grande, su cuerpo desnudo de color amoratado no me encajaba con nada que antes hubiera visto, pero a pesar de ser inverosímil e ilógico ahí estaba, a apenas cien metros de mi. En un momento dado dio un antinatural salto que le llevó sin ningún esfuerzo hasta el tejado de una casa de tres plantas. Las manos comenzaron a temblarme al ver la proeza que el ser acababa de realizar frente a mis ojos. Durante unos instantes se quedó inmóvil sobre el entejado, como una mantis religiosa antes de atacar a su presa y cuando empezaba a parecer que se quedaría ahí quieto eternamente se giró bruscamente en mi dirección lo cual me obligó a contener la respiración, entonces por fin pude verle el "rostro", el ser al que en secreto observaba poseía rasgos muy similares al engendro que vi palpando con sus zarpas la barricada, sus ojos negros como la noche incrustados en una enorme cabeza desprovista de pelo escudriñaban acechantes el horizonte, su gran boca entreabierta repleta de grandes dientes amenazaban con desgarros y desmembramientos y sus dos oquedades nasales parecían olfatear en busca de presas, durante unos segundos que se hicieron eternos observe la anatomía de el engendro que miraba en mi dirección, sus músculos se definían brutalmente en todos sus miembros lo que indicaba que la fuerza de aquel ser debía de ser prodigiosa, las vértebras de su columna asomaban a través de su inhumana piel creando extrañas protuberancias óseas, sus garras eran desproporcionalmente grandes, provistas de cinco dedos rematados en afiladas uñas casi del mismo tamaño que estos. Sentí que la mirada del engendro podía atravesar el cemento y que me estaba observando, mi imaginación comenzó a funcionar sin control, le veía lanzándose contra alguna de las ventanas del piso superior de la casa e irrumpiendo atropelladamente dentro, le vi sorprendiendo a Alba en el baño y terminando con ella entre gritos de terror, después bajando para dar conmigo, atrapándome y terminando de una vez por todas con mis sufrimientos… Pero gracias a dios nada de eso ocurrió, algo llamó su atención lo que le hizo mirar rabiosamente en otra dirección y tan rápidamente como había aparecido se esfumó tras los tejados haciendo que le perdiera definitivamente de vista. Mareado por la falta de aire en mis pulmones cerré la contraventana y me dejé caer de espaldas contra la pared, noté que un sudor helado empapaba todo mi cuerpo lo que me producía escalofríos, cientos de preguntas e ideas confusas se apelotonaban en mi mente, no encontraba respuesta a lo que había visto…

"¿Qué cojones podía ser esa maldita cosa? ¿Tendría este ser algo que ver con el que había visto en la plaza de toros? ¿Era ese monstruo fruto de la pandemia…? ¿Cuántas de esas cosas podía haber por ahí fuera…?."

Respiré rápida y profundamente lo que insufló oxigeno a mi torrente sanguíneo haciendo que los niveles de este regresaran a su estado apropiado, consiguiendo con esto que el mareo se me pasara un poco, después me dejé deslizar por la alicatada pared hasta quedar sentado en

el suelo. Había podido llegar a entender que los muertos se levantaran… pero aquel ser, aunque guardando ciertas similitudes con la anatomía humana era algo que escapaba a toda lógica, a toda comprensión.

Tenía que contarle a Alba lo que había visto, ella debía saber que ahí fuera aparte de los zombis estaban esas cosas y ocultarle la realidad solo la pondría en peligro…Quizá ese ser nos estuviera buscando… Debíamos de estar preparados para un posible encuentro cara a cara con una de esas cosas.

No recuerdo exactamente como lo hice pero tras ponerme nuevamente en pie terminé de preparar la comida y coloqué los platos, dos vasos y una jarra con agua del grifo sobre la mesa de la cocina, una vez estuvo todo listo me senté frente a mi cubierto, la verdad es que despues de ver aquella cosa mi apetito había menguado considerablemente así que no me importaba tener el sabroso "manjar" frente a mis ojos y no probar bocado. Coloqué mi mandíbula sobre los nudillos y apoyé los codos sobre la mesa, luego me quedé nuevamente absorto en mis oscuros pensamientos.

No me di cuenta de que Alba ya había bajado y abría la puerta entornada de la cocina. Cuando finalmente fui consciente de ello y la vi de pie frente a mi todas las preocupaciones parecieron desvanecerse ya que toda mi atención se centró en el torso de mi amiga el cual solo estaba cubierto por la no muy grande toalla que le había dejado en la silla, la otra la tenía colocada a modo de turbante envolviendo sus húmedos cabellos. Anonadado no pude evitar seguir sus interminables piernas de arriba abajo hasta llegar a sus desabrochadas botas militares. ¿Alba era capaz de hacerme olvidar la atroz visión del feroz monstruo solo con enseñarme los muslos? Pues por unos instantes puedo jurar que así fue.

-¡Qué bien! Ya está lista la comida… ¡Tengo un hambre que me muero!- Dijo ella mientras se sentaba delante mía, frente a su plato. -¿Qué te pasa Jaime? ¿No comes?- Me preguntó seguidamente mientras ya se disponía a pinchar el primer macarrón con su tenedor.

-¿Por qué no te has puesto la ropa que te he dejado en la silla? ¿No te venía?- Le pregunté yo con voz algo chillona.

-Creo que si me vale, pero antes de ponerme la ropa quería tener el pelo seco Jaime, cuando terminemos de comer subiré y me la pondré… ¿Es que te molesta verme con una toalla? ¡No se me ve nada! Además… Tú ya has visto algo de lo que hay aquí debajo…– Respondió ella un poco ruborizada aunque entre risas.

-¿Molestarme? No digas tonterías- Yo también reí.-Más bien seria todo lo contrario- susurré algo avergonzado. - No es eso mujer, vamos a comer, después tengo que contarte una cosa, ahora… ¡disfrutemos de la comida!- Le aclaré.

“Ya tendremos tiempo de pensar y preocuparnos por esa cosa que anda por ahí afuera…” Pensé.

-Oye Jaime… Esas viejas espadas que hay arriba y el hacha… ¿Crees que podemos usarlas como armas? ¿Tú sabes usar una espada?- Me preguntó Alba con tono dubitativo mientras hacia un esfuerzo por engullir un macarrón.

-Si por espadas quieres decir de juguete o madera, de las que usamos los chicos cuando somos críos… Pues sí, pero jamás he usado una de verdad y menos contra algo que se mueva…Pero es necesario que aprendamos a defendernos con ese tipo de armas, así no atraeremos la atención de todos los zombis de los alrededores.- Le respondí yo sin estar muy seguro aun de si seriamos capaces de llegar a poder emplearlas eficazmente contra los no muertos.

-Supongo que tienes razón, pero no me veo empuñando una espada la verdad…he cogido una y pesa un huevo…- respondió ella bastante desanimada con la idea. Yo no le dije nada, en vez de eso desvié la conversación hacia cosas menos desagradables. Charlamos sobre nosotros mismos, sobre nuestras vidas, gustos y costumbres. Yo le conté a que me dedicaba y nos quedamos muy sorprendidos cuando Alba comentó que en varias ocasiones había comprado alguna revista en mi kiosco. Ella se justificó innecesariamente diciéndome que es muy mala con las caras, yo le dije que a mí me pasaba igual, pero que de todas maneras las personas nos ignoramos por deporte…

-Yo opino que intentamos no fijarnos en nadie, por alguna razón todos lo hacemos, es parte de nuestra humanidad…- Apunté.

- Si… hasta que por alguna razón algo nos hace depositar toda nuestra atención en alguna persona en concreto haciendo que la diferencies del resto…- concluyo ella.

Hubo un corto silencio en el cual tuve tiempo de preguntarme como yo tampoco me había fijado en ella a pesar de lo atractiva que me había parecido desde el primer momento en que la vi, pero enseguida ella continuó hablando.

Alba me explicó que trabajaba como cajera en una sucursal del banco Sabadell desde hacía más de un año, vivía en un piso de alquiler en la avenida de la estación con una compañera que se llamaba Sandra. No tenía pareja estable desde hacía casi tres años y no guardaba muy buenos recuerdos de esta. Su ex era el típico chico malo que no es capaz de darle buena vida ni a una mascota, así que tras aguantar varias malas palabras y alguna infidelidad que otra por fin le dejó a pesar de que el tipo no se lo puso nada fácil, desde entonces había intentado evitar tener relaciones

estables hasta estar segura de haber encontrado a la persona adecuada., cosa que aun no había sucedido.

Me sentí feliz porque no estuviera comprometida con nadie… Aunque la verdad es que no pude evitar pensar que aunque lo hubiera estado seguramente el tipo habría pasado a mejor vida como probablemente le habría pasado al cabronazo de su ex.

Su forma de hablar, de expresarse sobre las cosas cotidianas de la vida me encantaba, además, me sentía muy identificado con ella en muchas cosas, como en su forma de pensar y en cómo veía y entendía el mundo, eso era algo que rara vez me había pasado con Raquel, con ella casi todo eran discrepancias y a pesar de que no podía negar que había estado muy enamorado de ella siempre, siempre faltó ese nexo de unión que crea la afinidad y la comprensión mutua entre dos personas… Aunque Alba lo desconociera, quizá ella era el tipo de mujer que yo había estado esperando durante mucho tiempo…

Yo no podía ser menos y también le hablé de mi vida, le resumí muy por encima los tormentosos últimos dos años de mi relación con Raquel, le describí con pelos y señales como todo se había deteriorado desde que comenzamos a vivir juntos, como tras siete años de relación ella me había abandonado cuando yo más la necesitaba para poder rehacer su vida junto a otra persona.

-¿Aun le guardas rencor…?- Me preguntó ella. Me dio la sensación de que no le había sido fácil hacer esa pregunta y de que tras hacerla se sentía un poco incomoda, yo le sonreí para quitarle importancia.

-No, que va, no le guardo ya rencor alguno, bueno…eso es ahora… no te voy a negar que durante una buena temporada me estuve acordando de todos sus antepasados, pero ahora ya cuando pienso en ella, intento solo recordar los buenos momentos y que en su día fuimos felices juntos. De hecho, alguna vez nos hemos visto y jamás le he reprochado nada, más bien todo lo contrario, en el fondo aun… o seguramente… le tenía cariño.- Le dije con tono un poco apagado ya que la imagen de Raquel siendo descuartizada por una jauría de zombis pasó fugazmente por mi mente.

Ella admiró mi forma de ser como hombre lo cual viniendo de una mujer siempre es agradable de escuchar, despues apuntó que aunque duele en el momento todos conseguimos pasar página.

-Lo que antes nos parecía un problema enorme, ahora con lo que tenemos encima lo ves como una gilipollez… Es sorprendente como un desastre como este puede hacer que cambie tanto la perspectiva de las cosas ¿verdad Jaime?- Me preguntó Alba con mirada algo ausente.

Yo asentí con la cabeza algo apesadumbrado por mis sombríos

pensamientos y por los recuerdos dolorosos, pero enseguida la conversación continuó, de alguna manera hacer eso, charlar de cosas triviales, de nuestras vidas nos permitía evadirnos un poco de lo que nos rodeaba y así los minutos pasaron, perdimos un poco la noción del tiempo, hablamos de nuestros padres, de nuestra familia, me explicó que su hermano David era realmente su hermanastro, fruto de una segunda relación de su padre. Yo a su vez, le conté el accidente de mis padres y le describí a mis queridos hermanos. Se podría decir que durante un par de horas abrimos nuestras almas y nuestras vivencias personales mutuamente y con cada palabra aumentaban las ganas de saber más el uno del otro lo que hizo que permaneciéramos absortos en aquella amena conversación que creaba un vínculo mucho más estrecho entre nosotros.

Ya hacía bastante que habíamos terminado de comer cuando Alba empezó a sentir frío lo cual interrumpió nuestra ausencia y nos trajo de vuelta, esa fue la señal que indicaba que llegaba el momento de pasar a la parte desagradable de nuestra charla, pero antes de eso dejé que ella subiera a ponerse la ropa que le había preparado. La acompañé hasta la escalera seguidamente me despedí de ella informándola de que la esperaría en el comedor ya que quería intentar hacer funcionar la televisión con la esperanza de que algún canal, aunque fuera internacional, aun siguiera emitiendo. Ella estuvo de acuerdo y me indicó que no tardaría mucho en reunirse conmigo de nuevo, después subió por la estrecha escalera poniendo mucho cuidado en que no se le escapara la toalla que ocultaba su hermosa desnudez. No pude evitar quedarme embobado viéndola ascender por aquellos viejos peldaños, quizá porque en el fondo de mi masculinidad deseaba que la tela se le escurriera o simplemente por el deleite que me producía el analizar milímetro a milímetro con la mirada sus sensuales y femeninas curvas, y así permanecí, inmóvil, hasta que la perdí de vista.